

Seis días para vernos a los ojos de Dios

Fray Juan José de León Lastra, O.P.



Seis días para vernos a los ojos de Dios

Fray Juan José de León Lastra O.P.

*“¿Qué es el hombre para que te fijes en él?
¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos”*

25-03-2024

ISBN: 978-84-09-60289-6

Este libro ha sido editado por fray Juan José de León Lastra O.P. y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/seis-dias-para-vernosa-los-ojos-de-dios/>

Foto de Portada de Mona Eendra:

https://unsplash.com/es/fotos/flowers-beside-yellow-wall-vC8wj_Kphak

Índice

INTRODUCCIÓN	8
1. Aproximarse a nuestro misterio	8
2. Lo que nos define más que lo que nos diferencia.....	9
3. Ser personas	10
4. También desde la fe.....	10
5. Y con nuestro esfuerzo. Sin desaliento ante el misterio.....	10
I. NECESIDAD DE CONOCERSE A SÍ MISMO A LOS OJOS DE DIOS	12
1. NECESARIO	12
1.1. Qué es lo necesario.....	12
1.2. Tenemos respuesta en nuestra fe o en nuestra manera de pensar, pero hemos de subjetivarla	12
1.3. Pero no somos aquello para lo que valemos.....	13
1.4. Síntesis entre el proyecto común de ser humano y nuestra propia realidad	13
1.5. El peligro de quedarse en el análisis psicológico	14
1.6. La circunstancia ha de ser procesada desde la categoría en busca de la unidad.....	14
1.7. También en lo religioso.....	14
1.8. Lo necesario y lo imprescindible.....	14
2. A LOS OJOS DE DIOS	15
2.1. Nuestro Dios tiene ojos y ve	15
2.2. Vernos a los ojos de Dios da verdad a nuestra vida	16
2.3. Valorando vernos a los ojos de los demás.....	16
2.4. Lo difícil de discernir cómo nos ve Dios y lo que quiere de nosotros	16
2.5. Purificar la mirada y el corazón	17
2.6. Los ojos de Dios son los de Jesús de Nazaret	17
II: NUESTRO PROYECTO DE VIDA ANTE LOS OJOS DE DIOS	18
1. La vida humana como proyecto	18
2. La opción fundamental.....	19
3. ¿Cuál es esa opción fundamental?	20
4. Precisión sobre la opción fundamental.....	20
5. La opción fundamental cristiana, vernos a los ojos de Jesús	21
6. Verse a los ojos de Jesús es verse a los ojos del Padre	21
7. Dimensión teologal de nuestros proyectos existenciales	21
7.1. Querer ser dioses	21
7.2. Al menos contar en la vida con ÉL, con su amor	22
7.3. La visión teologal en la práctica diaria.....	22

7.4. Fe que se convierte en esperanza	23
III. VERSE A LOS OJOS DE DIOS COMO IMAGEN Y SEMEJANZA SUYA.....	24
1. Polvo y aliento de vida.....	24
2. Imagen y semejanza de Dios.....	25
3. Otras interpretaciones de ser imagen y semejanza de Dios.....	26
4. Semejantes a Dios, pero limitados	27
5. ¿A qué Dios estamos hechos a imagen y semejanza?.....	27
6. Hagamos un leve repaso de las características de la imagen de Dios.	29
IV. VERNOS A NOSOTROS MISMOS A LO OJOS DE JESÚS DE NAZARET.....	31
1. Jesús se hizo hombre para ser nuestra referencia.....	31
2. Es la verdad.....	32
2.1. La verdad en el Evangelio.....	32
2.2. El Reino de Dios o de los cielos.....	33
2.3. Palabras de vida eterna.....	34
2.4. Nosotros ante Jesús, nuestra verdad.....	35
3. El camino	35
4. La vida.....	36
V. VERSE A SÍ MISMO BUSCANDO LA FELICIDAD.....	38
1. Ser felices.....	38
2. Felicidad en la tierra.....	39
3. Felicidad humana	39
4. ¿Somos felices?.....	39
5. La felicidad como conquista de cada día.....	40
6. Dimensión cristiana de la felicidad.....	41
VI. VERSE UNO ANTE SÍ MISMO A LOS OJOS DE DIOS.....	42
1. Autoestima y autosuficiencia	42
2. Humildad.....	43
2.1. Es un sentimiento	43
2.2. La humildad es la verdad	43
2.3. La humildad como fundamento.....	44
2.4. Humildad y humillación.....	45
3. La obediencia	45
4. Discípulos.....	46
4.1. Discípulos unos de otros	46
4.2. El diálogo	47
5. ¿Cómo nos vemos? ¿Cuál es nuestra actitud o nuestro sentir ante la vida?.....	47
5.1. Esperanzados en la lucha.....	48

5.2. Visión positiva de la vida	48
5.3. Más bien que mal	48
5.4. Lo positivo en el otro	49
5.5. Mirada serena y clara sobre nosotros y los demás	49
5.6. Dos momentos evangélicos.....	49
VII. VERSE COMO VEMOS AL PRÓJIMO A LOS OJOS DE DIOS.....	52
1. Tratar de ver a los demás a nuestros ojos y nosotros a los ojos de los demás puede entrañar engaño	52
2. Lo que ven de nosotros los otros y cómo los vemos puede ayudar a conocernos.....	53
3. El evangelio nos ilumina.....	53
4. También la Filosofía.....	54
5. Nuestra fe da plenitud a la idea del otro: visión religiosa del otro	54
6. Aunque la historia podría dar una visión distinta.....	54
7. El otro soy yo	55
8. Misericordia	56
8.1. ¿Qué es la misericordia?	56
8.2. Atributo de Dios y del ser humano.....	56
8.3. Sentirse necesitado de misericordia	57
8.4. ¿Cómo nos vemos ante el necesitado de misericordia?.....	57
8.5. La misericordia, camino para la felicidad	57
9. Comunión.....	58
9.1. Comunión universal y también del espacio reducido en el que nos movemos	58
9.2. Comunión de los cercanos. Enemigos de ella	58
9.3. Siempre es necesaria la comunión.....	59
9.4. La comunión se relaciona proporcionalmente con nuestra calidad de ser y con nuestra felicidad.....	59
9.5. Para llevarla a la práctica, un texto de Juan Pablo II.....	59
9.6. Institución y carisma	61
9.7. Comunión en la familia.....	62
9.8. Comunión en la vida religiosa.....	62
9.9. Examinémonos, pues, a la luz de la comunión.....	63
9.10. La comunión se forja y se realiza en la interioridad humana	63
9.11. La comunión es un proceso.....	63
VIII. VERNOS A NOSOTROS MISMOS ANTE NUESTRO PECADO... A LOS OJOS DE DIOS	65
1. El pecado.....	65
1.1. Dimensión humana.....	65
1.2. Dimensión religiosa del pecado	65

1.3. La ofensa a Dios, precisiones	66
2. Pecador y “justo”	67
3. Nuestros pecados.....	70
4. Valorar el pecado	72
a) El perdón donde existe conciencia de pecado y arrepentimiento.....	72
b) No sentirnos aplastados por el pecado	73
c) Propósito de enmienda	73
5. El sacramento de la reconciliación.....	73
6. Reconocer en común nuestro pecado	74
IX. VERNOS A LOS OJOS DE MARÍA	75
1. Aproximación a María	75
2. María ante los ojos de Dios.....	76
2.1. María discípula de Dios. Acoge su palabra. La pone en práctica.....	76
2.2. La fe de María	77
2.3. María feliz	78
3. Nosotros a los ojos de María.....	79
3.1. Nuestra fe	79
3.2. Nuestra alegría.....	80

INTRODUCCIÓN

Lo que pretende este libro es ofrecer seis días de reflexión serena y honda sobre uno mismo. Seis días en el retiro anual que no pocos cristianos realizan al cabo del año; o bien que dediquemos a repensar el propio ser concediéndonos tiempo para ello. Lo primero que he de decir es que seis días son muy insuficientes para conocerse a sí mismo. Pero, centrados en ello, se puede iniciar un proceso sereno y hondo para conocer y disfrutar del propio ser.

En la reunión del Celam en Bien Aparecida, los obispos debían votar si seguir utilizando el método de “ver, juzgar y actuar”. La mayoría se manifestó de acuerdo con él. Pero el cardenal Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, como el cardenal Ortega, arzobispo de La Habana no eran de los plenamente convencidos por ese método que tenía un análisis sociológico y quizás poco teológico. Fue Bergoglio quien presentó la alternativa o precisión de que estaba bien lo de ver, pero añadiendo “con la mirada de Dios” (Cf Card. Jaime Ortega, *Encuentro diálogo y acuerdo* Ediciones Paulinas, Madrid 2017, pgs. 41 y 42). Ver la realidad a la luz del Evangelio, que permitía superar un puro análisis científico. Vernos ante Dios implica preocuparnos de cómo es la mirada de Dios sobre nosotros, como nos vemos a la luz del Evangelio. Por ese camino quieren avanzar estas reflexiones.

1. *Aproximarse a nuestro misterio*

El ser humano, todo ser humano tiene una complejidad en su ser que es imposible llegar a conocerlo en todas sus dimensiones. Somos un misterio para nosotros mismos. Más misteriosos nos vemos cuanto más tiempo dediquemos a conocernos. Un misterio que no disuade de la búsqueda, sino que la estimula. Ahondar en el misterio es una peculiaridad de la grandeza singular de la condición humana.

Cierto que quizás no vivimos los tiempos de valorar y dedicar esfuerzo a ese ejercicio de hondura. Nuestros tiempos son los del relato, de la consideración empírica, superficial de la realidad y del ser humano. Lo más hondo que en ella buscamos es lo que nos permita el tan desarrollado conocimiento científico. No son tiempos de la metafísica de los filósofos clásicos o del pensamiento de la “modernidad”. Estamos en la postmodernidad. Describir y explicar desde lo experimental es lo que resume el ejercicio del pensamiento hoy. De misterios no sabe. Se queda en el pensamiento frágil, sin la solidez de las grandes construcciones del pensamiento de siglos anteriores. Es lo propio de la sociedad “líquida”, como se la ha apodado.

Si se habla de misterio se refiere a los misterios de la ciencia que hoy lo son y mañana con el avance de ella dejan de serlo. De misterios que lo son porque nunca el ser humano va a llegar a conocerlos de modo que dejasen de serlo, no se entiende. Y creo que esto es una pobreza. El misterio, saber de él, es una llamada a penetrarlos, sobre todo cuando el misterio se refiere a conocernos mejor. ¿Qué cosa más relevante nos puede preocupar que conocernos a nosotros mismos? Cuando se plantean las verdades de más calado que necesitamos conocer habría que volver a Kant, que las formulaba de manera insuperable: ¿qué podemos conocer?, ¿qué debemos hacer?, ¿qué nos cabe

esperar?, ¿qué o quién es Dios?, pero en definitiva la más relevante es ¿qué es el hombre?

Nada más ver el título del libro habrá venido a la mente del lector lo que aparecía en el templo de Delfos en griego “conócete a ti mismo”, que fue la inquietud esencial de Sócrates, la verdad que quiso extraer del seno del misterio con su proceso cognoscitivo y educador de dar a luz, -la mayéutica-.

2. Lo que nos define más que lo que nos diferencia

Lector, no te asustes porque percibas que me estoy introduciendo en temas metafísicos, esos que se juzgan hondos e inútiles; sobre todo en tiempos de superficie que no oculta nada debajo de ella, ella es lo único existente. Pretendo que te veas introducido en esa reflexión sobre lo que eres. Lo que eres como ser humano. Y ya desde el principio he de advertirte de lo siguiente: encontrarás bastante escrito sobre el proceso para conocerse uno como distinto de los demás, conocer la singularidad de cada uno. La psicología experimental se ha dedicado a ello. Lo ha hecho urgida sobre todo porque es necesario saber con quién nos las tenemos en la convivencia, en el ejercicio profesional, a quién se le puede dar una tarea concreta, cómo controlarlo, como valorarlo para una función específica—ser buen funcionario- ..., para ver cómo puede servirse de él, en definitiva.

Importa la singularidad de ese ser humano más que la identidad que le hace ser persona humana. Para poder conocer al ser humano y saber cómo utilizarlo no es necesario, se entiende, más que conocer sus habilidades, su carácter, sus diversas singularidades. Están de más preguntas sobre lo que es común a ser lo que somos, en lo que coincidimos todos. Y al no interesar, existe despreocupación científica por ello.

Sin embargo, lo que somos es más que aquello para lo que valemos. Y ese plus de más acaba haciéndose presente en la vida. No hay ciencia por muy avanzada que explique decisiones, reacciones, posturas ante la vida y la muerte de los seres humanos. No explica aquello que surge de la libertad, de los afectos hondos que se hacen presentes en la vida, de miradas del ser humano que trascienden lo inmediato y se elevan a realidades absolutas fuera del ámbito de lo que la ciencia puede percibir. Y esto es tan real como el mismo ser humano singular.

Tan real que existe sólo en seres humanos concretos y singulares. Por eso preocuparse de ello no es planear sobre las existencias singulares y volar fuera de lo que uno se encuentra en el vivir. Con esa preocupación sobre el ser humano chocamos en momentos cruciales de nuestro existir, cuando las explicaciones inmediatas, a la vista de lo que acontece no nos satisfacen. Repensar lo que somos no es un diletantismo intelectual, que corre por líneas que se cruzan con el existir concreto, van por otro nivel, no se encuentran. No, es repensar el ser de cada día, de cada circunstancia, de cada decisión, de cada acontecimiento. Y para que la circunstancia no sea la última palabra, sino que sea vista desde perspectivas más elevadas, que la procesen, y así la humanicen, hay que considerarla a la luz de lo que es el ser humano. De todo el ser humano y de cada uno de los que lo somos.

3. Ser personas

Repensamos nuestra condición de ser persona. La condición de persona es criterio para analizar la propia personalidad, es decir, lo singular de ser persona, lo que la objetiva en cada uno con sus propias singularidades. Pero siempre teniendo ante la vista lo nuclear de ser persona. No podemos olvidar lo que tan bien expresó Antonio Machado: “por mucho que valga un hombre nunca tendrá un valor más grande que el de ser hombre”. Ser persona es más importante y relevante que ser personaje, más definitorio que la peculiar personalidad, si bien la persona se realiza en ésta. Pero sigue siendo el hecho de ser persona lo que da criterio para analizar la personalidad, los modos peculiares de serlo.

4. También desde la fe

El repensar el propio yo tiene en cuenta en este trabajo nuestra condición de cristianos. Es cierto que la condición de ser humano se extiende a todo ser, más allá, por tanto, de aquellos que nos consideramos cristianos. Pero el cristiano entiende, cree, que Jesús de Nazaret, objeto y fundamento esencial de su fe, fue “el hombre perfecto y perfecto hombre”, la referencia de la condición humana, de toda condición humana. En él se desarrollaron de modo perfecto los aspectos esenciales que definen la verdad del ser humano: desde su amor hasta la muerte, hasta su unión con el Padre. Su evangelio, el evangelio del Reino, es la proclamación de cómo ha de ser el ser humano y la sociedad que él constituya. Nosotros los cristianos contamos con la revelación de Dios para saber cómo hemos de ser lo que somos, cómo hemos de ahondar en la verdad de nuestro ser y también...qué nos cabe esperar. Ello permite acelerar el proceso de buscarnos a nosotros mismos, de avanzar en el “conócete a ti mismo” que los griegos establecían como objeto de toda sabiduría. Y responder a la pregunta del salmo: “Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él; el ser humano para darle poder. Le hiciste poco inferior a los ángeles, le coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos. Todo lo sometiste bajo tus pies” (Sal 8, 5-7).

5. Y con nuestro esfuerzo. Sin desaliento ante el misterio

La Revelación no evita nuestro quehacer por repensar nuestra vida, nos lo orienta y nos ayuda en ese ejercicio. Por ello vamos a dedicar unos días –seis días es el tiempo que se reserva normalmente para retiros anuales-, para repensar nuestro yo a la luz de la Palabra de Dios: hemos titulado el libro “a los ojos de Dios”. Sí, nos permite tener en la base de saber de mi yo la dignidad que nos descubre nuestra fe. Tan digna nuestra condición humana que ha sido asumida por el mismo Dios, es naturaleza de Dios. Cómo respondo a esa dignidad, cómo la hago realidad en mi vivir, cómo soy ante mis propios ojos, ante mi fe, ante el Dios, referencia de mi ser, es lo que pretende iluminar estas letras. El Dios que nos ha mirado con amor, “tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo”, exige que nos preocupemos de cómo nos vemos nosotros ante sus ojos. No podríamos tener una referencia más exacta de lo que somos en realidad.

Por supuesto repensar mi yo no lo podemos reducir a una “examen de conciencia”, entendido como ejercicio de análisis de mis pecados; está lejos de ello, es decir: va más

allá, es vernos desde lo bueno que existe en cada uno, lo bueno, no sólo moral, sino ontológico, lo bueno de nuestro ser. Sí, eso que se llama nuestra dignidad. Por supuesto compartida. Por eso repensar mi yo es vernos ante la dignidad del otro.

Partimos del misterio. No hay que desalentarse. Lo hemos dicho: el misterio estimula. Lo magnífico es no llegar nunca a creer que nos conocemos plenamente, estar abiertos a la sorpresa que nos demos a nosotros. La Revelación que nos hace Dios, aun siendo de sí mismo, pretende sobre todo que nos conozcamos nosotros mismos a base de vernos como Él nos ve. Esa es la razón de la Palabra de Dios hecha carne.

En fin, *Nosce te ipsum*, es proyecto personal nunca acabado. Aventura entusiasmante. Mirando sobre todo hacia adentro nos conoceremos. En lo interior somos lo que somos. Pero el mundo nos constituye también. Somos según como acogemos y procesamos lo que de afuera nos viene y como actuamos fuera de nosotros.

I. NECESIDAD DE CONOCERSE A SÍ MISMO A LOS OJOS DE DIOS

1. NECESARIO

1.1. *Qué es lo necesario*

¿Qué es lo necesario? Lo solo necesario es una preocupación que surge del episodio del evangelio de Lucas en el que Jesús dice a Marta, solo una cosa es necesaria (Cf. Lc 10,42); pero no dice cuál, si bien alude a que no es el mucho hacer, incluso para servir; es más importante mantener la intimidad afectiva con él conversando, de él aprendiendo. La conversación con Jesús es más relevante que la merienda que Marta le pudiera ofrecer.

Lo necesario es el reino de Dios y su justicia, dice Jesús (Mt 6,33). Es necesario incorporar los valores del Reino de Dios en cada uno. El término “justicia” alude a las exigencias del Reino, la perfección humana: utopía a la que todo ser humano está llamado. En ese camino hacia la justicia se ha de contar con la ayuda de Dios y el buen hacer de cada uno. ¿Quién es el ser humano que se compromete con el Reino, con el proceso de su perfección como ser humano? Es el punto de partida, “necesario” es responder a esa pregunta.

“Necesito poco y lo que necesito lo necesito poco”. Ese podía ser lema de auténticos indignados con la multiplicación de necesidades que dejamos que se generen en nosotros. Pero como tanto eslogan es necesario interpretarlo. Se refiere a bienes materiales y también a alguno espiritual, como el halago, el aplauso social... No se puede menos que estar de acuerdo, en teoría. A la hora de fijar necesidades en la vida real no solemos movernos en esa dirección, la de lo sobrio.

No se puede, sin embargo, necesitar poco lo realmente necesario, lo único necesario. Y a ese único necesario pertenece vernos ante los ojos de Dios. Es necesario, no poco, muy necesario saber de cada uno. Sin aclarar lo que somos ni siquiera podemos decir que necesitamos poco o mucho.

1.2. *Tenemos respuesta en nuestra fe o en nuestra manera de pensar, pero hemos de subjetivarla*

¿Qué es lo necesario? Existe respuesta en la misma revelación de Dios referida a todo ser humano. Y esa respuesta es la principal y básica: la que alude a la dignidad de la condición humana y a lo que Dios espera del hombre, tras lo que por él ha hecho. Siempre se ha de tener presente tal respuesta. Pero es necesario subjetivarla. La realidad se cumple en el sujeto, no en las ideas. Y al tratar de subjetivarla uno tiene que verse tal como es, o mejor, como está siendo o ha venido a ser, y lo que desea ser. La reflexión sobre sí mismo incorpora su historia personal, su presente actual y sus proyectos para el día que sigue al de hoy. No hay proyecto social sin análisis de la realidad. No existe proyecto personal sin análisis de quien lo acomete. Prescindir de esto es engañarse. Es engañarse verse ante elevados proyectos o propósitos, tan propios de días que

asignamos a la reflexión, sin bajar a lo concreto del propio ser, a su historia, a su momento presente, y a cómo se ve uno ante el camino que ha de recorrer día a día.

1.3. Pero no somos aquello para lo que valemos

Si acudiéramos a esta dirección electrónica <http://www.mertxepasamontes.com/una-docena-de-razones-para-conocerse-a-uno-mismo.html> encontraríamos doce razones por las que es necesario conocerse a sí mismo. Se trata de descubrir la singularidad de cada uno. Es un válido ejercicio. Se trata de ver debilidades y fuerzas, habilidades, y la propia historia. Para nuestro objetivo es insuficiente si falta tener presente lo que se puede esperar de cada uno, lo que exigiría responder adecuadamente no sólo a nuestras habilidades, sino a nuestro ser humano. Existe la tentación de querer reconocerse y quedarse corto, porque no paso de considerar adonde me han llevado y me pueden llevar mis posibilidades y debilidades, el ambiente en que me muevo; y prescindir de la respuesta de mi proceso hacia ser lo que he de ser como ser humano, lo que podemos llamar nuestra realización personal, que no es sólo, por ejemplo, la profesional. Faltaría la consideración sobre si he avanzado en mi capacidad de buscar la verdad, de fortalecer y orientar bien mi vida afectiva, si hago presente en mi ser la búsqueda de lo absoluto y, como cristiano, sobre cuál es mi actitud ante la referencia de mi vida, Jesús de Nazaret. La respuesta a esa última cuestión comprende las anteriores. Pero si no soy cristiano las cuestiones anteriores tienen pleno vigor.

Es necesario plantearse esas cuestiones. El ser humano, en la medida en que lo es, y quiere vivir de acuerdo con su condición necesita planteárselas. Puede tener pleno éxito profesional, social, pasarlo bien en la vida...etc., pero si no se las plantea, ha reducido su condición de ser humano, se ha despreocupado de lo que le conforma como tal. Esa situación no puede durar. Verse contento a sí mismo implica más que el éxito profesional o el social o la buena vida debida a un aceptable *status* económico. No se puede prescindir durante toda la vida de algo que llevamos en nuestras entrañas, el deseo de más, hasta de lo pleno y lo absoluto. Y no sólo ante la decisiva situación que trae la muerte, sino para sentirse bien como ser humano en esta vida.

1.4. Síntesis entre el proyecto común de ser humano y nuestra propia realidad

Nos movemos, pues, entre tener siempre presente lo que como hombre o mujer se es, no perderlo de vista y tener conciencia de cuáles sean las circunstancias de mi singularidad humana, mi carácter, mi historia, mis pulsiones más significativas, mi propia historia, y qué es lo que me identifica nuclear, esencialmente. Si prescindimos de aquello que todo ser humano es y a qué está llamado, prescindiríamos del punto de partida y también del horizonte hacia el que nos movemos. Padeceríamos honda ceguera. Si pasamos por encima de los aspectos que me individualizan, nuestro momento histórico objetivo y subjetivo, confundiríamos la utopía con la ilusión: pretenderíamos caminar en el aire, ser nosotros mismos entelequias bien construidas al margen de la realidad, no pisar tierra. No avanzaríamos, perdidos en el laberinto de nuestras ilusiones, sería como querer andar en el aire.

1.5. El peligro de quedarse en el análisis psicológico

Dicho esto, conviene que estemos atentos a la tendencia de “psicologizar” nuestro ser, desde una psicología funcional, que reduzca la necesidad de conocerse a sí mismo a cómo resolver situaciones puntuales con estrategias, recetas, también puntuales: ver enfermedades sin saber quién es el enfermo, podíamos decir cuando pretendemos remediar situaciones que disgustan. En una línea positiva sería aplicar recetas para estimular la existencia, sin tener en cuenta a qué somos llamados, cuál es el horizonte de nuestro vivir, qué nos cabe esperar, que diría Kant.

1.6. La circunstancia ha de ser procesada desde la categoría en busca de la unidad.

Lo circunstancial puede interpretarse como la objetivación de lo que somos, pero con frecuencia es la tapadera de nuestro ser. Es necesario que nos preguntemos siempre por quién es el ser humano que se manifiesta en esos proyectos, en esos actos, en esos sentimientos concretos: los árboles no deben impedir ver el bosque, lo diferente la unidad. Sin unidad no existe el ser o existe como yuxtaposición de hechos, pensamientos, deseos distintos, que se amontonan sin razón de su existencia. Es necesario volver sobre uno mismo para dar unidad y, por lo tanto, sentido a los episodios del vivir.

1.7. También en lo religioso

Moviéndonos en el ámbito de lo religioso, se han ido desarrollando técnicas para hacer oración, para la meditación, para controlar nuestras pulsiones desde sexuales hasta de ansia de dominio, sin detenerse en ver qué es orar y por qué hacerlo, cómo integrar lo corporal en nuestro ser, y cómo valorarlo, qué concepto tenemos de la condición corporal y espiritual del ser humano, qué implica la dimensión social como realidad esencial de lo que somos.... O bien se dedica tiempo a hacer oraciones, se imponen ayunos, hacer limosnas sin dejar tiempo y espacio para ver quién es el que realiza todo eso, qué pretende, qué quiere conseguir con ello. Eso es moverse por el ámbito de lo religioso a base de actos dispersos sin buscar lo que los justifica, qué y cómo es la dimensión religiosa en nuestra vida, qué lugar ocupa la fe, incluso en las prácticas piadosas, y por supuesto en las decisiones de más relieve de la vida.

1.8. Lo necesario y lo imprescindible

Los escolásticos distinguían entre lo necesario *ad esse* y lo necesario *ad melius esse*. Es decir: lo necesario imprescindible para lo que se pretenda y lo que es necesario para que sea mejor lo que se pretende. Conocerse a sí mismo no es de necesidad absoluta, imprescindible, para existir ni tampoco para moverse con cierta soltura en la vida, ni incluso en una aparente vida cristiana. La apariencia puede suplir al ser, ser pura apariencia o ser pura rutina, vivir sin mayor reflexión sobre lo que se es y/o se pretende ser; vivir resolviendo las circunstancias puntuales de lo cotidiano, sin formularse mayores preguntas. Por ejemplo, ser cumplidor de lo mandado, pongamos, ir a misa los domingos, sin plantearse por qué se va, a qué se va, cómo estar en lo que se “celebra”.

Pero si se trata de tomarse en serio, de vivir con la hondura propia de la condición humana, formulándose las razones de lo que se es y se hace, tratando de hacer suya su

vida, siendo libre, situarse bien en ella con autonomía y libertad, con una manera de vivir cualificada, que responde al ser y vivir humano, es imprescindible tratar de conocerse y de reconocerse en las diversas circunstancias existenciales.

Quien decida reservar unos días al año para repensar la vida a los ojos de Dios, busca algo más que acomodar su vida a lo determinado por las normas sociales, a lo que exige el entorno social. No es que pretenda revolverse contra lo establecido, sino buscar la razón de lo que está establecido y de su aceptación. O lo que es lo mismo verse a sí mismo en lo que hace, en lo que vive, reconocerse en ello. Y es que quien toma la decisión de reservar días al año para verse ante Dios, no le interesa sólo vivir, ni siquiera vivir de acuerdo con lo establecido legalmente, sino que busca calidad en su vida, la razón de ella. En su dimensión religiosa, y, en general, humana.

2. A LOS OJOS DE DIOS

2.1. *Nuestro Dios tiene ojos y ve*

Nuestro Dios no es un ídolo “que tiene ojos y no ve...”, como dice el salmo (115, 5 y ss.). Dios no tiene ojos, pero ve. Fija su mirada en nosotros. El subtítulo del libro recoge la expresión del salmo 143, 3: “Señor qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos? A pesar de que el salmo continúa: “El hombre es igual que un soplo; sus días una sombra que pasa”. Sin necesidad de explicar esa consideración antropomórfica de Dios sabemos lo que se quiere decir con “vernos a los ojos de Dios”. Implica saber de Dios del Dios que se nos ha revelado, y desde nuestro saber de Dios y de su proyecto sobre todos y sobre cada uno de nosotros, tratar de vernos. Vernos con sus ojos y ante sus ojos. Vernos con sus ojos es saber la verdad de lo que somos. Vernos ante sus ojos implica un juicio, una valoración de lo que vemos en nosotros. Dios es el único juez, a su juicio nos hemos de referir cuando nos valoremos.

Desde el inicio de platearnos cómo somos a los ojos de Dios se ha de tomar cuenta de que vernos a los ojos de Dios no es renuncia a vernos ante nuestros ojos. Se trata de vernos siendo nuestros ojos los ojos de Dios. Esto sería una absurda pretensión si Dios no tuviera interés en que recapacitemos sobre nuestro ser, eso sí, teniendo como referencia valorativa su palabra o, de otro modo, el proyecto de Él hacia nosotros.

Cuando decimos en el salmo 50, “mira en la culpa nací...” estamos ante un Dios que nos mira, con ojos, con mirada propia, en modo alguno indiferente a lo que somos y hacemos. “Los ojos de Dios están puesto en sus fieles, en los que esperan en su misericordia” (Sal 32, 18).

El “sólo Dios basta” de santa Teresa señala como único necesario a Dios. Lo único necesario para el hombre. Para un hombre que ha de verse a los ojos de Dios. Son los ojos de Dios los que nos hacen vernos a nosotros tal como somos. En definitiva, lo que basta es vernos ante Dios. A Dios le gusta un corazón sincero, dice el salmo 50. Un corazón que se ve tal como es y se expresa como lo que ve y siente en el propio ser.

2.2. Vernos a los ojos de Dios da verdad a nuestra vida

Verse a sí mismo ante los ojos de Dios, es, necesario si queremos dar calidad a nuestra vida, darle sentido hondo. Pero no podemos ser ingenuos, ello supone esfuerzo continuado, paciente y asumir riesgos. Los riesgos de una mayor comprensión de sí mismo: riesgo de decepcionarse, riesgo de no acabar de reconocerse, de sorprenderse a sí mismo, riesgo de esfuerzo no logrado. Pero merece la pena. Siempre será una actividad que mejora nuestro modo de vivir y ser. Y de ser lo que somos de acuerdo con nuestra vocación o nuestra opción fundamental, con lo que da sentido al vivir de cada uno.

2.3. Valorando vernos a los ojos de los demás

No se puede sustituir los ojos de Dios por los demás. Tampoco enfrentarlos. La mirada del otro puede ayudar. También engañar. “Cómo nos ven” ha sido y es una preocupación de diversos colectivos sociales y religiosos. Cómo nos ven a los religiosos a los sacerdotes es pregunta inteligente. Pero que nos hemos de formular con cuidado. Preocuparse por la imagen es peligroso. Peligroso en cuanto nos quedamos en ella, que no siempre responde a la realidad o la expresa superficialmente. Sería, por tanto, por una parte, rebajar la inquietud por nuestro ser y por otra correr el peligro del engaño. No podemos escandalizar, como diría san Pablo, a los que se quedan en la superficie y no van más allá. ¡Son tantos! O a aquellos que no están en situación de entender algo distinto de lo que ven. Pero tampoco vamos a falsear lo que somos. Dios quiere un corazón sincero, decíamos aludiendo al salmo 50. La sinceridad conlleva ante todo no engañarnos a nosotros mismos. Y no nos engañamos cuando nuestros ojos son los de Dios. En cualquier caso, no está de más el consejo, “Si quieres conocerte, observa la conducta de los demás; si quieres conocer a los demás, mira en tu propio corazón. (Friedrich Schiller, “Conócete a ti mismo” <http://www.interrogantes.net/Conocerse-a-uno-mismo/menu-id-22.html>).

2.4. Lo difícil de discernir cómo nos ve Dios y lo que quiere de nosotros

No es fácil vernos a los ojos de Dios. Con la mejor voluntad no pocas veces dudamos de qué quiere Dios de nosotros, cuál es su voluntad. Por eso en el Padre nuestro pedimos desde una actitud de entera confianza que se haga su voluntad. En san Pablo encontramos unos textos en los que se expresa la dialéctica de vernos ante Dios desde el conocimiento de su voluntad y la dificultad de saber cuál es el plan de Dios, cuál es su voluntad: En Ro 11, 33-34 leemos: “¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento es el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! En efecto ¿quién conoció la mente del Señor? O ¿quién fue su consejero?” En el capítulo siguiente en el segundo versículo el Apóstol pide a los fieles de Roma, “No os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”. Dentro, pues, de lo insondables que pueden ser las decisiones de Dios, existe espacio para que discernamos su voluntad.

Valga esta aparente o más que aparente contradicción entre esos textos redactados con la energía, a veces hiperbólica, propia del carácter del converso Pablo, para ser serios en nuestro discernimiento de la voluntad de Dios, para que no nos dejemos arrastrar por

intereses no confesados, ni nos precipitemos en el discernimiento. Aceptemos que la voluntad de Dios se va manifestando según actúe el tantas veces imprevisible Espíritu Santo, y de acuerdo con nuestra lucidez para ir penetrando en los acontecimientos y en nuestro propio ser.

Sirva también para no vivir en la seguridad de conocer con certeza esa voluntad en cada circunstancia concreta de cada vida, de modo que no hayamos de repensarlas y orarlas para que junto a nuestro esfuerzo de discernimiento se junte la sabiduría “que viene de lo alto” (Sant 3,17). Leemos en Jeremías 24.7 “les daré un corazón capaz de conocerme, sabrá que yo soy el Señor”. Nos encontramos con la necesidad de tener experiencia del Dios verdadero, e incluso de cierta familiaridad con él. Familiaridad que puede ser atrevida, peligrosa, que haga considerar nuestros ojos como si fueran los de Dios, nuestros deseos como los suyos, nuestra entender el divino. Experiencia necesaria, inteligencia bien iluminada necesitamos para descubrir la mirada de Dios.

2.5. Purificar la mirada y el corazón

No olvidemos lo dicho sobre que todo lo de Dios, no sólo de él, también nuestro ser se mueve en el misterio. Quede claro, en todo caso, que sin referencia a Dios nosotros no acertamos en nuestro mirar, necesitamos sus ojos para conocer lo que somos, lo que debemos ser, lo que nos espera. Mas eso exige limpieza de corazón, “bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”. He ahí nuestra tarea previa, purificar nuestro corazón “para conocerme”, que dice Jeremías.

2.6. Los ojos de Dios son los de Jesús de Nazaret

Pero Jeremías pudo anunciar, pero no conocer la revelación humana de Dios. La presencia de un Dios en Jesús de Nazaret que pensó como hombre, que amó como hombre, tuvo inteligencia y corazón de hombre y que nos aseguró que a través de él conoceríamos al Padre. Vernos bajo los ojos de Dios es sentir sobre nosotros la mirada de Jesús de Nazaret, y vernos ante su mirada. Nos conoceremos cuando nos sintamos como aquellos que siguen a Jesús, aquellos que le siguen y se convierten en sus amigos y sienten sobre ellos los ojos de Jesús. Con los ojos sus palabras. La mirada y la palabra de Jesús. Más aún sus gestos. Mirada, palabra, gesto de Jesús es la referencia para conocernos.

Cuando reservamos tiempo para vernos ante los ojos de Dios no se puede olvidar que nuestro Dios asumió nuestra naturaleza humana, ojos humanos en Jesús, para descifrar mejor la mirada del Padre, que es la suya. No podemos saber de nosotros si no nos familiarizamos con el Evangelio. No hay ejercicio espiritual en cristiano que no se centre en los textos evangélicos y en general los Neotestamentarios. Ello nos permite conocer cómo se vieron ante él los cristianos próximos a Jesús, con honda y auténtica experiencia del Maestro.

Textos para ampliar la reflexión

Salmo 34:15 “Los ojos del señor están sobre los justos, y ...

1 Pedro 3:12 “Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos”

Deuteronomio 11:12.” Es una tierra que el Señor tu Dios cuida; los ojos del Señor tu Dios están siempre sobre ella, desde el principio hasta el fin del año”.

Proverbios 15:3 “en todo lugar están los ojos del Señor...”

II: NUESTRO PROYECTO DE VIDA ANTE LOS OJOS DE DIOS

1. *La vida humana como proyecto*

El ser humano es proyecto que busca plenitud en un horizonte que le desborda.

(Consideraciones básicas):

- Concepción dinámica del ser humano. Seguir a Cristo. Vender bienes para seguirle, no sólo vender bienes.
- La ética de la opción fundamental, no del ajuste a prescripciones
- La plenitud de ser, no el simple cumplimiento de normas, o adquisición de ciertos hábitos buenos, como objetivo. Se puede llamar perfección, santidad, realización plena.
- Pero “cuando en la vida humana predomina el ascetismo o moralismo, se pone toda la fuerza en el hablar y el hacer, lanzarse a programar, es pura precipitación, aunque se vista de amor y de servicio” (Federico Ruiz).
- De ahí las “mediaciones” de la experiencia de Dios.

La sociedad en el ámbito económico, en el político, también en el docente funciona a base de proyectos. En la sencilla vida también el proyecto se hace presente: proyectos económicos, de trabajo, de vacaciones, de diversos acontecimientos. Ello muestra el carácter dinámico del existir humano. Y el deseo de que cada uno vaya organizando su vida, no dejándose arrastrar por los que otros piensan y deciden o por lo que otros entienden la fatalidad del existir. El proyecto expresa nuestra capacidad de ser libres y organizar la existencia de acuerdo con proyectos que uno se forma.

Lo contrario, dejarse llevar por los acontecimientos, y acomodarse a ellos como se pueda, no deja de ser un proyecto, el de no hacerse proyectos. Así se excluye el mañana, se vive al día, el *carpe diem* de los clásicos que gusta al modo de ser postmoderno. Los proyectos pierden fuerza en la medida que se va prescindiendo de valores permanentes, y de construir la vida según ellos.

Una manifestación de la falta de objetivos, de horizonte hacia dónde caminar es sentirse fijado por el presente: por la tarea que se desarrolla, en lugar en que se vive, las personas con las que convive, lo gustos del hoy y entender el futuro como una simple continuación del presente. También es un engaño forjarse proyectos y no contar con los medios para realizarlos. Así como no planificar los pasos a dar, no asumir la paciencia como espera atenta, serena y tranquila, en el proceso necesario para conseguir lo que se desea: En fin, querer llegar sin pasar por el camino que nos lleva y el tiempo que para eso se necesita.

Hablando de proyectos es necesario distinguir entre los que son a largo plazo, a plazo inmediato o a medio plazo. Me estoy refiriendo a proyectos a largo plazo, al plazo de una vida. Sin duda el amplio plazo cuenta con proyectos entendidos como medios para alcanzar lo que llamaríamos el gran proyecto existencial. No contar con los proyectos a

corto o medio plazo bien ordenados al proyecto existencial, sería proyectar en el vacío. Es propio de mentalidad infantil querer el fin sin fijarse en los medios: querer ser ingeniero sin estudiar o gran deportista sin espíritu de sacrificio para entrenarse; o querer ser santo sin repensar el día a día.

La fe cristiana se entiende como proyecto. Jesús al joven que buscaba el Reino de Dios y cumplía día a día los mandamientos, le presenta un proyecto. Vende tus bienes, dáselos a los pobres y sígueme. Se trata no sólo de una acción generosa, desprenderse de sus bienes a favor de los pobres, sino de seguir a Jesús: iniciar un proceso nuevo en su vida, un proyecto existencial.

Que también podemos plantear desde el ineludible deseo de ser felices. Las preguntas serían: ¿cómo, de qué manera quiero sentirme contento en la vida?, ¿qué quiero hacer de ella o de mí en ella?, ¿cuál es mi objetivo, mi proyecto existencial? ¿A qué me siento capaz de aspirar?

No podemos vernos ni a nuestros ojos ni a los ojos de Dios simplemente tal como somos hoy, si no lo entendemos en función de lo que nosotros queremos de nosotros mismos y lo que Dios quiere. Sin pensar en el fin que hemos de buscar no podemos valorar los medios. Conocernos no es ser conscientes del relato de lo que aquí y ahora nos pasa, nos inquieta, sino valorarlo en la medida que coopera al proyecto de mi vida. De lo contrario sería un análisis insuficiente, impropio de quien vive en función de algo o de alguien. Es tentación, sin embargo, frecuente, en los “exámenes de conciencia” que podemos realizar: analizar el presente sin tener a la vista el futuro al que somos llamados, la vocación a que hemos sido llamados, que diría san Pablo.

Considerar nuestro proyecto de vida no es sólo cuestión moral, sobre ello volveremos, sino existencial en todas sus dimensiones –siendo la moral la más importante-. Es postura ante la vida, es introducir un elemento dinámico en ella, es actitud de no acomodarse “al mundo presente”, que diría también el Apóstol, es mantener una actitud esperanzada, joven, en cuanto la juventud es proceso a la madurez, y optimista ante la vida. Es verse en camino y sabiendo hacia dónde vamos. Es no estar de vuelta de no sabe a dónde se ha llegado. Ni quedarse a disfrutar del descanso del guerrero sin que previamente hubiera lucha. Es saber mirar hacia adelante. Desde la propia fragilidad y los “golpes que da la vida”.

2. La opción fundamental

Esto en moral se llama opción fundamental y en espiritualidad tener una visión teológica de la vida.

La opción fundamental permite superar una ética del cumplimiento de la norma, con tendencias farisaicas fundadas en el valor absoluto que se da a cualquier ley. Es una ética que surge del propio sujeto, que va construyendo su jerarquía de valores o sus modelos de comportamiento. Es propia del que construye su vida a base de saber qué quiere hacer de ella, adueñarse de su vivir en plena conciencia de lo que hace y/o deja de hacer. Es ética con dosis alta de autonomía. No tanto porque se imponga a sí mismo la ley, o elija las que le interesan, sino porque hace suyas, tras reflexión sensata, las leyes con las que se encuentra. De ese modo no sólo cumple lo que la ley le dicta, se somete a ella, en el mejor de los casos, con consciente aceptación, sino que ama las

leyes que responden a su modo de ser humano, de ciudadano, de cristiano; las propias de su vocación, profesión o estado. Es la ética del que ha optado, en la línea que hemos hecho por un modo de ser y actuar. Esa opción está impregnada de libertad. Es decir, sabe lo que la ley le pide, lo acepta, hasta lo ama y se ajusta a ella.

Es ética que se apoya en valores previos a cualquier ley. Es ética de principios antes de ser ética de normas. Éstas ayudan a conseguir aquellos. Ética que se refiere a la dimensión social del ser humano. Algo irrenunciable. Por ello los valores o principios en los que se funda tienen esa dimensión social. Las leyes son leyes que en gran modo se establecen para ayudar a convivir humanamente. Las leyes están en función del ser humano, es el sábado para el hombre, mas este hombre vive en convivencia con los demás, se realiza como persona humana en la medida que construye comunidad.

3. ¿Cuál es esa opción fundamental?

Cuando nos queremos ver como proyecto hacia el ser humano que responda a la mente de Dios, hemos de examinar cuál es nuestra opción fundamental desde el punto de vista ético. Al decir ético se dice desde el punto de vista de nuestra plenitud humana –nunca conseguida-. Dicho de manera más sencilla, ¿en qué fundamentamos nosotros ser buena persona? A ser buena persona nadie renuncia, pertenece a nuestra autoestima, con las excusas que siempre ofrecemos: “somos humanos, y ya se sabe de vez en cuando...”. ¿Fundamentamos esa bondad en ser respetuosos y cumplidores de las leyes establecidas? ¿Lo fundamentamos en entender la vida como servicio? ¿Queremos sobre todo desarrollar nuestra capacidad afectiva, y desde el afecto servir? Son proyectos nobles que buscan la perfección humana. Y tienen su secuenciación: el posterior implica al anterior, le da sentido y plenitud humana.

4. Precisión sobre la opción fundamental

Al querer ver el proyecto de nuestra vida ante Dios sería lo más fácil examinar simplemente cuál es el nivel de nuestro cumplimiento de las diversas normas, pero esto no reflejaría en verdad lo que somos si prescindimos de las actitudes desde las que cumplimos lo mandado. Le faltaría esa plenitud que Jesús vino a dar a la ley. Y es que le faltaría la dimensión humana más definitoria de lo que somos: nuestra actitud interior, nuestros sentimientos, nuestros más hondo deseos. Esta es la dimensión que nos constituye y sobre la que recae la mirada de Dios. Decía Legaut: “Dios no va preguntar por lo que hicimos, sino por lo que somos”.

Establecer una distancia entre el ser y el hacer no tiene que ser siempre real. El hacer puede reflejar el ser: sería lo lógico. No siempre es así. Incluso en el hacer del que nos juzgarán según el capítulo 25 de san Mateo: dar de comer al hambriento, de beber al sediento...etc., hemos de verlo desde lo que Jesús advertía sobre la limosna, el ayuno y la oración, las actividades nobles del buen judío, y del ser humano en general, en Mateo 6,1- 6.16,18. Esos buenos actos tan significativos hay que realizarlos desde actitudes que respondan a lo que se hace, que es lo que Dios ve y juzga; porque pueden tener un carácter hipócrita de pura apariencia para quedar bien ante los hombres. Nuestro ser lo

construimos sobre todo en nuestro interior, en lo que sólo ve Dios. Ese ha de ser nuestra opción fundamental. Todo ello merece un continuado y honrado análisis.

5. La opción fundamental cristiana, vernos a los ojos de Jesús

La opción fundamental cristiana tiene una característica ineludible y propia: no podemos tener otra opción que la de asemejarnos a Jesús, seguirle, imitarle. Nuestra ética es paradigmática, se basa en acomodarse a un modelo, consiste, no en cumplir leyes, tampoco en simple actuar de acuerdo con las virtudes o valores, sino en seguir a Jesús, imitarle. La ética cristiana es la del Reino de los cielos. Jesús de Nazaret es el Reino: es quien, en su ser y vida, en su palabra y obra, en sus afectos y sentimientos resume los valores del Reino. Nuestro proyecto de vida consiste en acercarnos al de él: luchar por su causa, asumir su destino, desde las actitudes interiores que le movieron. Los textos neotestamentarios en los que Jesús pide seguirle, sinópticos, o imitarle según san Juan y Pablo, no es necesario explicitarlos: los conocemos bien y en cualquier caso nos encontramos con ellos cada vez que nos acercamos a la lectura de los libros sagrados.

6. Verse a los ojos de Jesús es verse a los ojos del Padre

Jesús insiste, sobre todo según el evangelio de Juan en que verle a él es ver al Padre; vernos ante sus ojos, que los tuvo como los nuestros, pisó nuestra tierra, tuvo nuestros sentimientos, padeció nuestros dolores, es vernos a los ojos de Dios. Por eso decimos que el proyecto de nuestra vida más que ajustarse a leyes, incluir diversos valores –que sí es necesario- es impregnarnos de la persona de Jesús de Nazaret tal como lo presentan los textos evangélicos, y tratar de seguirle. Esto lo desarrollaremos posteriormente, valga por ahora tomar conciencia de que el hecho de la Encarnación abajó a Dios a nuestro nivel humano para que cuando nos preguntemos cómo nos vemos nosotros a los ojos de Dios entendamos que esos ojos son los de Jesús de Nazaret, los que vieron cómo respondieron ante él personas muy distintas que encontró en su vida o invitó a seguirle.

7. Dimensión teológica de nuestros proyectos existenciales

7.1. Querer ser dioses

Aunque lo que decimos en las últimas líneas nos pone ya en contacto con Dios, puede ser interesante, que, sin decir más, aunque de otro modo entendamos la dimensión teológica que hemos de considerar en nuestro proyecto de vida.

Es evidente que no podemos ser más que lo que somos, sí mejores. Es cierto que en la consideración cristiana del ser humano interviene la gracia, que añade una dimensión divina a nuestra naturaleza humana. Como es cierto que casi todas las culturas y religiones se ven en la obligación a responder a ese deseo del ser humano de querer trascenderse a sí mismo, y ser más que hombre, aproximarse a la divinidad. Algunos han considerado al ser humano como un dios fracasado, pero otros como un dios en la tierra. Mitologías próximas al judaísmo señalaban que el ser humano tenía sangre de

dios. Prometeo no alcanzó la divinidad. Se lo impidieron los dioses y le castigaron a una vida humana miserable. El pecado de Adán y Eva fue querer ser como Dios. Y trajo consecuencias trágicas –no irremediables, eso es su originalidad –para el hombre. Pero en la fe cristiana Dios es el que se abaja a nuestro nivel, como señalaban tantos textos litúrgicos, para acercarnos a la divinidad.

De acuerdo con esto el ser humano en sus proyectos de vida incluye la tensión a lo pleno y perfecto que no existe en su ámbito, sino sólo en el divino, quiere verse dios. Es su pecado, pero también su grandeza. No tiene límites en su ser, el infinito, lo absoluto, lo eterno le atraen. Ese es el origen de la religión como sentimiento presente en la condición humana.

7.2. Al menos contar en la vida con Él, con su amor

El hecho de querer vernos ante Dios, como evaluador de nuestras vidas implica el deseo de, si no ser como él, sí tenerle presente en nuestro ser y actuar. Y no tenemos que rebajar esas pretensiones. Nuestra fe las estimula, el mismo Dios nos las exige. Jesús vino a hacernos uno con él para ser unos con el Padre. Si no la identidad, sí la íntima compañía con Dios hemos de buscar.

Este discurso es interesante y da mucho para escribir; pero sólo lo insinúo en orden al objetivo de lo que nos proponemos: ver nuestro proyecto de vida a los ojos de Dios. Desde el momento que hablamos de dimensión teologal, se habla de un proyecto de caminar hacia Dios, y de caminar bajo los ojos de Dios, que busca nuestra aproximación a Él. Esto, aplicado a la vida cotidiana implica que se ha de superar el moralismo, que se preocupa de valoración de hechos concretos perdiendo de vista cómo los hechos contribuyen a caminar o entorpecer el camino hacia la plenitud, lo absoluto, hacia Dios. Siempre siguiendo los pasos de Jesús de Nazaret en los cristianos.

La dimensión teologal parte de que Dios nos hizo a su imagen y semejanza, más aún, la creación, toda la creación es, un acto de amor, una participación de su bondad, dice Santo Tomás, “Dios nos amó primero”, nos enseña san Juan (1Jn 4,19). Y ese amor es el origen de nuestra fe: “Sólo el amor puede ser objeto de fe”, dice Von Balthasar. Y la fe es el principio de la dimensión teologal de nuestra vida, es lo que hace presente a Dios en nuestras vidas.

A partir de ese amor de Dios nuestro proyecto de vida no puede ser otro que responder a ese amor con amor: con fidelidad a acercarnos, a ser semejantes a Él, que es amor, como lo define san Juan. La dimensión teologal exige, pues, una dimensión, esencial a la condición humana, el amor. A la luz de ese amor hemos de vernos para saber de nuestro ser. Ahondar en ello es imprescindible como paso previo para llegar a cabo nuestros proyectos existenciales.

7.3. La visión teologal en la práctica diaria

No nos podemos quedar en ese planteamiento general, tan necesario por otra parte para saber de nosotros. Pisamos tierra, y, por decirlo de alguna manera, Dios lo sabe. Responder al amor de Dios, es mantenerlo aun cuando choca ante todo con nuestras limitaciones. Limitaciones cognoscitivas ante lo que existe en el ámbito del misterio, de ahí la necesidad de fe. Además, no siempre experimentamos realmente ese amor de

Dios. Y sí que oímos otras voces, nos cercan otras instancias más evidentes, perceptibles y por lo tanto más fuertes, que pueden arrastrar nuestra opción fundamental a quedarnos en lo más contundente, en la fuerza de lo real experimentado, sentido, y no siempre en dirección hacia ese proyecto de vida, y, en el caso que caminen hacia cierta perfección humana, lo hagan prescindiendo de Dios. Son situaciones que se repiten a diario y que impiden o dificultan elevar nuestra vista a Dios, y vernos ante sus ojos.

Si recapacitamos, como lo hizo el hijo pródigo ante su lastimosa situación, puede que pensemos en la casa del Padre, en Dios. Cabe entonces que la veamos demasiado lejos, Dios ha pasado al olvido, dedicados nosotros a tareas más placenteras y urgentes. Si nos hemos olvidado de Dios Él no se ha olvidado de nosotros. La visión teologal de nuestra vida en este caso se llama esperanza. ¿Qué madre olvida al hijo de sus entrañas? En este caso nuestra madre es Dios, el de “la entrañable misericordia de nuestro Dios”, que proclamaba Zacarías. Porque vernos ante los ojos de Dios no es vernos sin más ante el juez que va a evaluar nuestra vida, es vernos ante quien, por encima de todo nos quiere. Ante Aquel con quien podemos contar en cualquier situación.

7.4. Fe que se convierte en esperanza

La esperanza es dimensión teologal de nuestra vida. Es esperanza en el inagotable amor del Dios de nuestra fe. En el Dios que tanto amó al mundo que le entregó a su hijo, como dice el evangelio de Juan (3,16). Examinar ante Dios el nivel de nuestra esperanza es imprescindible si queremos que nuestro proyecto existencial tenga sentido. Todo proyecto se formula con la esperanza de llevarlo a cabo. Casi todos los proyectos se encuentran con dificultades, si son proyectos vitales mucho más. Si la esperanza falta surge la decepción, la desesperanza y el proyecto se abandona. Es necesario cultivar la esperanza.

Desde esa perspectiva se puede realizar un examen de lo que somos a los ojos de Dios: ¿cuál es el nivel de nuestra esperanza cuando las cosas no van bien? ¿Dónde ponemos nuestra esperanza?: ¿solo en nuestras fuerzas, contamos con Dios? ¿Contamos con las mediaciones que tenemos para mantener nuestra esperanza, que surgen de la vida y la palabra de Jesús de Nazaret, quien prometió estar con nosotros hasta el final?

Para finalizar: tener presente un proyecto de vida permite que no caigamos en lo ya apuntado que expresa un conocido tratadista de Teología espiritual, Federico Ruiz, de esta manera: “cuando en la vida humana predomina el ascetismo o moralismo, se pone toda la fuerza en el hablar y el hacer, lanzarse a programar, es pura precipitación, aunque se vista de amor y de servicio”, y sí tener elevada la vista en lo que hoy no es, pero es camino para que mañana lo sea, y la plenitud de nuestra condición, que se encuentra en la cercanía de nuestro Dios, en el seguimiento de Jesús de Nazaret. Conscientes de que la iniciativa la ha tomado él, nos amó primero y nos hizo a su imagen y semejanza, y envió a su Hijo.

III. VERSE A LOS OJOS DE DIOS COMO IMAGEN Y SEMEJANZA SUYA

En esta reflexión vamos a profundizar en lo que insinuamos en la anterior. No deja de ser inquietante tener que compararse con Dios. A fuer de pretencioso llevamos las de perder. La verdad es que, si se puede hablar así, es impensable que, desde nuestra miseria, en concreto desde la condición de limitados, cuya expresión más evidente es lo efímero de la existencia, tengamos que compararnos con lo absoluto y eterno.

Una advertencia: Al plantearnos el vernos como imagen de Dios surge una cuestión epistemológica complicada: ¿cómo podemos tratar del hombre como imagen de Dios, si lo más oscuro para nosotros es precisamente qué es Dios? Lo normal es ir desde el hombre a Dios. Y en efecto: en el hombre Dios ha dejado sus huellas, a través de ellas podemos descubrir quién es Dios. Esa es la vía epistemológica apropiada.

Ahora bien, desde nuestra fe entendemos que Dios se ha manifestado, revelado, tomado la iniciativa en nuestro saber. Pero Dios se manifiesta para que descubramos no tanto su ser sino el de cada uno de nosotros. Y nos revela que quiere que sea semejante a cómo él mismo se nos manifiesta. Dios se manifiesta por lo que ha hecho (Ro 1,20); según esto, primero descubriríamos a Dios en lo creado y luego nos veríamos a imagen y semejanza de su ser creador. Es buen camino de acercarse a Dios y al ser humano “creado y creador”¹ por esa semejanza a Dios. Los cristianos disponemos de un “atajo”, que nos acerca de modo más rápido y preciso a Dios a través de Jesús de Nazaret, “imagen de Dios invisible” dice S. Pablo, (Col 1,15), que nosotros podemos captar. No hay antropología cristiana al margen de la cristología: la cristología es una antropología –excepto en el pecado, pero sí en la actitud ante el pecado-.

1. Polvo y aliento de vida

“Entonces formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente” (Gen.2, 7). (“Hombre” en el texto hebreo se dice “adam”, si bien sólo en 4,25 cuando establece la genealogía, ese término pasa a ser nombre propio del primer hombre).

Es el relato llamado “yavista” el que precisa esa doble acción creadora. Mejor: una acción será moldeadora, a partir de una materia inicial; la otra será más creadora, darle aliento de vida. Si nos atenemos al texto, el hombre en su constitución no será más que barro vivo. No dice que le concediera inteligencia, sino sólo vida. Pero, sin embargo, el mismo texto indica que hay en él algo que no es pura materia, puro polvo. Lo que hay es un soplo divino. De alguna manera se ve insinuada la realidad que luego se expresará en la forma de compuesto de alma y cuerpo. No cabe duda que la diferencia entre polvo y aliento divino fundamentaría la contradictoria composición del hombre, y plantearía problemas de cómo unir en un único ser realidades tan dispares. De todos modos, en el texto bíblico la unidad, aunque parezca difícil está perfectamente entendida. No se puede

¹ “Creado y creador” es el título de un libro mío, sobre bases antropológicas del ser humano desde la perspectiva de la Creación que publicó la Editorial San Esteban.

decir que, por ejemplo, la muerte, que viene por el castigo, no afectara a todo su ser, de modo que algo humano fuera incorruptible.

2. Imagen y semejanza de Dios

“Y dijo Dios: hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra y mande en...” la creación entera. (Gen.1, 26). *Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó*” (Gen.1, 27).

El texto es del relato “sacerdotal”. No se habla en este relato de la composición peculiar del hombre, del aliento divino que en él existe, pero se dice lo que no se dice de criatura alguna: está hecho a imagen y semejanza de Dios.

En una religión como la judía tan reacia a representaciones de Dios, a construir imágenes suyas no deja de ser importante esa frase reiterada: el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios. Se trata de una semejanza entre Dios y el hombre en la integridad de su ser, no en algo parcial como es su dimensión espiritual, tener alma. Única al compararla con las demás criaturas que pisan la tierra: Dios le confía por esa aproximación a Él el dominio –y el cuidado- de la creación.

Entre las muchas y variadas interpretaciones que se dan, una señala que, al ser imagen y semejanza de Dios, Dios tiene un tú en el ser humano con quien dialogar, es el único tú de Dios en su revelación, el único a quien dirigir su palabra. Ahora bien, sólo se puede dialogar con alguien con quien se coincide en algo, ha de existir semejanza entre los dialogantes. El ser humano no dialoga con las piedras, las plantas, puede establecer reducido diálogo con animales. Dios dialoga sólo con el ser humano. Esa semejanza permite poder mirarse a los ojos de Dios. Él nos mira primero, y se nos revela. A nosotros nos toca acoger la Palabra que viene de Él, elevar a Él nuestra plegaria, nuestra queja, o nuestra acción de gracias. Por esa semejanza entendemos, pues, la revelación de Dios a lo largo de la historia de la salvación y la posibilidad de comunicarnos con Él.

Vernos ante Dios como hechos a su semejanza nos suscita la pregunta sobre nuestra relación con él: ¿dialogamos con él, es decir acogemos su palabra, tenemos en cuenta su palabra cuando proyectamos nuestra vida, nuestros compromisos más determinantes de nuestro vivir hacia él? De ahí que la oración pertenezca a nuestro vivir. ¿Qué tipo de oración?: ¿oración sólo de palabra nuestra que se dirige a él, u oración también y, sobre todo, de escucha? ¿Dialogamos con Dios?

Esa realidad querida por Dios de ser su imagen y semejanza implica algo más, y aún más comprometedor. En dos sentidos: por una parte, nosotros hemos de parecernos a aquello a semejanza del cual hemos sido hechos, hemos de cuidar ser lo más parecidos a ese Dios. Y llegados aquí, nosotros, tras la revelación de Cristo que manifiesta la condición comunitaria –trinitaria- de Dios, como un Dios que es diálogo amoroso, comunidad de verdad y amor, somos semejantes a Dios en la medida que nuestra vida es comunitaria, en comunidad fundada en la verdad y el amor. Eso no pudo entenderlo el autor del Génesis, que ni de lejos pensaba en un Dios trinitario, a pesar de que el uso del plural en el verbo, “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, dio pie a que autores cristianos lo explicaran diciendo que se refería la pluralidad de personas en Dios.

El otro sentido implica nuestra responsabilidad de proclamar con nuestra vida la verdad de nuestro Dios. Seremos semejantes a Él cuando vivimos de modo que desde nuestra vida se pueda elevar la mirada a Dios, en la medida que manifiesta la verdad de nuestro Dios a los demás. Son sentidos que se complementan: construir nuestra vida como comunidad de amor, invita a quien nos ve a creer en un Dios que es amor, amor participado. Fácil es, pues, cuando queremos vernos a los ojos de Dios como semejantes a él, plantearnos si en verdad vivimos conviviendo en el amor y la verdad, y si quienes nos conocen ven en nosotros la imagen del Dios en quien creemos.

3. Otras interpretaciones de ser imagen y semejanza de Dios

Otras interpretaciones de autores consagrados y clásicos de la expresión “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” nos permiten precisar cómo hemos de vernos como semejantes a él ante sus ojos.

San Agustín dice: *“el alma al ser hecha a semejanza de Dios es capaz de Dios por la gracia”*, citado por santo Tomás en I-II 113, 10. Expresión sin duda atrevida la de *“capax Dei”*, que se aplica al ser humano. En ella se funda el deseo natural del hombre de ver a Dios, de entrar en su comunión: *“La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento”*. (GetS 19). Para el Vaticano II al hablar de esta comunión no se refiere a la gracia como causa de ella, sino al hecho de ser el hombre creado por amor, conservado por amor, que exige que libremente reconozca ese amor para vivir su propia verdad. San Agustín sí funda esa capacidad del hombre para ser lo que es ante Dios y en comunión con El en la gracia. O como señala san Ireneo cuando el Espíritu Santo habita en él: *“El hombre, hecho a imagen de Dios, sólo alcanza la semejanza cuando el Espíritu habita en él”*. Sabemos que la gracia no suple la naturaleza, cuenta con ella y la perfecciona y eleva.

Esa “semejanza” ontológica, desde el nacimiento, hemos de ir perfeccionándola con nuestra vida convirtiéndola en “imagen”: según algunos autores de los primeros siglos de la fe cristiana: “nosotros somos una “imagen” de Dios, ...perfeccionable por reforma para ser próxima también por “semejanza”, dice san Agustín, (La Ciudad de Dios, XI, 26). Aplicado a nuestra relación con Cristo: “Desde el comienzo eres “imagen” suya...si obedeces sus órdenes y te haces buen imitador de este buen maestro (Cristo), llegarás a ser “semejante” a él y recompensado por él”, dice San Ireneo (Cf Santo Tomás, III, 6,2).

Sin darle mayor relieve a esa distinción entre “semejanza” e “imagen”, sí es necesario tener presente que desde la base ontológica –desde el nacimiento, como dice GetS- de ser imagen de Dios, hemos de avanzar, antes lo indicamos, en la línea de perfeccionar la imagen, de modo que nuestra vida se parezca más, sea más semejante, a la de Dios, el Dios del diálogo amoroso en sí mismo, que además se nos manifiesta como Dios amor: nosotros somos producto de ese amor.

4. *Semejantes a Dios, pero limitados*

Vernos semejantes a Dios nos engrandece, pero no nos hace olvidar nuestras limitaciones. El hombre *capax Dei*, es capaz de lo más inhumano, de lo más innoble a los ojos de Dios y del propio ser humano. La semejanza a Dios permite ser plataforma para valorar actos nuestros que no responden a la condición humana, si no es teniendo en cuenta nuestra capacidad para rebajarnos. Actos que nos apartan por lo mismo de Dios. Ser imagen y semejanza de Dios no eleva tanto nuestra mirada que perdamos de vista el barro del que estamos hecho, como hemos indicado: lodo y aliento divino nos constituye. Esa es la humildad que camina por la vía de la verdad.

Tampoco puede llevarnos a ser tan pretenciosos como Prometeo de querer apoderarnos de la divinidad, secuestrando a Dios y ocupando nosotros su puesto. Queriendo tener la omnipotencia divina, por ejemplo, sustituyendo el proyecto de Dios sobre el ser humano, por nuestros propios proyectos, o pasando de la semejanza con Dios a hacer a Él semejante a nosotros, de modo que Él ame lo que nosotros amamos, como nosotros amamos, y en general nos fabriquemos un Dios de acuerdo con nuestros intereses. Invirtiendo el rezo del Padrenuestro “hágase tu voluntad por ‘haz mi voluntad. ¡Cuánta oración, Jesús ya lo denunció, pretende cambiar la voluntad de Dios para que sea semejante a la nuestra! En vez de vernos semejantes a Dios ante sus ojos, ¡pretender que Dios sea semejante a nosotros ante nuestros ojos, esté de nuestra parte!

Dicho así, con toda nitidez, puede parecer que no es posible caer en ese radical error, nadie quiere hacerse Dios, desposeerlo de su ser, pero si nos examinamos, y estos días son días para hacerlo, veremos que en el fondo y con frecuencia en la superficie lo pretendemos. Nos quejamos porque Dios no hace que las cosas salgan como queremos, sin dedicar mayor tiempo a ver cómo las quiere Dios. Cambiamos la referencia a Dios por la nuestra, incluyendo en esa referencia a nosotros a Dios, de modo que Dios existe y nos interesa en cuanto vale para resolver nuestros asuntos. Esta es reiterada actitud entre los creyentes.

5. *¿A qué Dios estamos hechos a imagen y semejanza?*

¿Qué Dios es al que nos asemejamos, del que somos imagen? ¿Cuál es la imagen que de él hemos de tener y la que somos?

Suele decirse que abundan muchos más los idólatras, los que adoran a un dios falso, que los ateos, los que no creen en su existencia. Ser idólatra no es difícil. Todos puede que en parte lo seamos, pues ¿quién conoce en plenitud al Dios verdadero?, ¿cuál es la verdad de Dios? No podemos presumir de conocer perfectamente a lo que anida en el misterio. Ahora bien, Dios ha hablado, se ha revelado, más aún su Palabra ha compartido nuestro ser y nuestra vida, y nos ha mostrado quien es el Padre. Amparado por ello, y sin salirme del Evangelio repaso unas líneas generales del Dios del evangelio, de Jesús de Nazaret.

a) Es necesario al iniciar la reflexión de Dios situarnos psicológicamente, cuál ha de ser nuestra actitud para ahondar en la verdad de Dios:

- Pobreza, sencillez, "infancia", ("te doy gracias Padre porque revelaste esto a los sencillos..... Mt, 11,25). Entramos en el misterio, hemos de descalzarnos de nuestro deseo de verlo todo claro desde nuestra capacidad de entender, de razonar, de analizar y sintetizar. No nos movemos en el ámbito de la matemática ni el de las ciencias experimentales. Actitud de escucha, de acogida
- Sinceridad: desde la conciencia de lo que somos, no de lo que nos gustaría ser, y a partir de ahí buscar al Dios que nos interesa. Dios se manifiesta en la realidad, no en las construcciones artificiales. Sin juicios previos.
- Constancia en el silencio, la escucha, la oración. La experiencia de Dios en el desierto, en éxodo y dura peregrinación. Dios es gratuito. No está a final de un esfuerzo titánico nuestro. Paciencia ante el ¿silencio? de Dios quizás ante la dureza de nuestros oídos.

b) Vamos a formularnos estas preguntas: ¿Quién es Dios para mí?; ¿Quién soy yo ante Dios?

- La primera es muy manipulable. Podemos convertirla en qué es Dios para mí. Cómo me interesa que sea Dios. Los fariseos, escribas, letrados, sacerdotes del tiempo de Jesús se habían apoderado de Dios. Lo hicieron, como hemos advertido antes, a su imagen y semejanza. En realidad, ellos se creían dioses, eran omniscientes, tan omniscientes que sabían sin asomo de duda quién era Dios; y le decían a Dios cómo tenía que ser.
- La segunda, desde la fe sabemos que nunca es un qué: somos semejantes a él, su imagen. Antes de creer el hombre en Él, Él ha creído en el hombre. Y sigue creyendo. Cualquier ser humano es alguien para Él. Ante esto se vuelve a la primera pregunta: ¿Quién, cómo es ese Dios para cada ser humano tan importante?

Ante esas preguntas guardaríamos silencio si no fuera que el mismo Dios se nos ha revelado y sigue revelándose. Se revela en su obra creadora que vio buena y, como tantas veces nos señala la Sagrada Escritura, manifiesta su ser, su poder, su amor. Se revela, lo venimos diciendo, en el hombre y la mujer creándolos semejantes a Él, imágenes suyas. Se reveló de manera inaudita por encima de toda revelación en Jesús de Nazaret: "el Padre y yo somos uno" (Jn 10,30). Y Jesús nos dice que se revela en cada hombre, en especial en aquel del que sólo percibimos su condición humana porque no tiene bienes, ni prestigio social, ni poder alguno, ni salud, ni libertad...en el empobrecido, excluido... Dios lo ha dicho todo sobre sí mismo. No son necesarias más revelaciones. Lo que hace falta es que captemos lo que ya ha dicho. Dios inspira en la medida que nos aproximemos a lo que ya ha inspirado y atendamos a esa inspiración².

² Esto lo recordaba Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* citando a San Juan de la Cruz: "El que nos ha revelado a Dios (cf. Jn 1,18) es la Palabra única y definitiva entregada a la humanidad. San Juan de la Cruz ha expresado admirablemente esta verdad: <Porque en darnos como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esa palabra y no tiene más que hablar. Que Dios ha quedado ya como mudo. Porque lo que ha hablado antes en partes a los profetas, ya lo ha hablado a Él todo, dándonos el todo que es su Hijo. Por lo cual EL que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa o novedad> (Subida al Monte Carmelo, II,22)" (n. 14).

6. Hagamos un leve repaso de las características de la imagen de Dios.

Es misteriosa. Es necesario punto de partida que lo venimos teniendo en cuenta y reiterado, por ello no insistimos en esa característica. Sin humildad ante él, sin la conciencia de nuestras limitaciones cognitivas falsearemos la imagen de Dios. Ya decía Santo Tomás que es mucho más lo que ignoramos de Él que lo que sabemos: es un abismo profundo, con caminos irrastreables como dice el Apóstol. Nuestro conocimiento se llama fe. Lo que no evita que le veamos cercano como confiesa el pueblo de Israel, que “habita en medio de vosotros” y “que en Él vivimos, somos y existimos” como dice Pablo (Hech 17, 28). Y por supuesto lo que ignoramos de él es lo que nos impulsa a buscarle: “mi alma tiene ansia de Ti como tierra reseca, agostada, sin agua” (sal 62,2); tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro” (Sal 27, 8-9). Fe y gratitud de Dios que permite ir descubriendo su ser.

Es unificadora. Nuestra vida es muy dispersa, muchas y distintas sensaciones, actividades, experiencias, Dios proporciona una experiencia desde una perspectiva más alta, *sub specie aeternitatis*, desde la perspectiva de lo eterno. Lo que asciende converge. Como una pirámide que va congregando aristas en el vértice. Pero con vértice apoyado en la base, no algo etéreo, angelical. Al dar unidad da vida, ofrece sentido al vivir. En él como horizonte y meta converge el proyecto vital al que hemos aludido. Esa unidad ofrece vida con sentido, la disgregación es la manifestación de la muerte. Desde esa perspectiva elevada hay que valorar los acontecimientos de cada día, que a veces los vivimos, para nuestro dolor, como absolutos y definitivos.

Es liberadora. Desear a Dios es vaciarse, relativizar pequeños deseos que nos atan. “Sólo Dios basta”. Dios no sólo no nos aliena, esclaviza, somete, sino que nos libera. Por el hecho de que decidimos desde una perspectiva más elevada superamos lo circunstancial de modo que no nos esclavice, nos rebaje a vivir en la anécdota sin considerarla desde la perspectiva de la categoría. Cuando perdemos la perspectiva de Dios, Él, como dice el salmo 80,13, nos castiga dejándonos arrastrar por nuestros caprichos.

Es imagen plena de humanidad, por eso somos imagen de Él. Ser experto en humanidad nos aproxima a la experiencia de Dios. La mística, experiencia de Dios, contar con Él, sentirle cerca, no nos aleja del hombre. No sería mística cristiana. Desde la perspectiva de la experiencia de Dios, entendemos y amamos mejor al hombre. Nadie sabe más del hombre y le ama más que Dios. Nadie sabe más del hombre que quien se ha acercado al Dios a cuya semejanza hemos sido creados. Por eso no podemos separar nuestro encuentro con Dios y con el hombre. Más aún, en la línea de la frase terminante de Juan no digáis que amáis a Dios al que no veis, si no amáis al hombre al que veis, (Cf 1Jn 4,20) podemos decir, no digas que dialogas con Dios, que acoges la palabra de Dios al que no ves ni escuchas, si no estás atento a acoger la palabra del hermano, entrar en diálogo con él; no digas que te interesas por Dios si el hermano no te interesa...

Es comprometedora. No se puede ser indiferente al tratar de ser imagen de Dios y para ello ver qué imagen Él nos ofrece de sí mismo. Para Moisés ver el rostro de Dios implicaba morir. La mística como acercamiento contemplativo a Dios es mística de

acción, de compromiso; pues es contemplación de un Dios comprometido con la historia humana. Nada en la imagen de Dios tiene que ver con intimismo, y evasión de nuestra historia concreta compartida con los otros. Si la imagen que tenemos de Dios, no condiciona nuestra vida y nuestro quehacer, es imagen de un Dios distinto del que nos hizo a su imagen y semejanza.

Es gozosa. Ser imagen de Dios ofrece el gozo de sentirse globalmente realizado por vivir en el ámbito de lo divino-humano. Es decir, de saber de un Dios que nos ama hasta asemejarnos a él, hasta hacerse en Jesús de Nazaret uno de nosotros: nuestro vivir tiene sentido, camina en Dios hacia la plenitud que Él ofrece. El dolor no tiene la última palabra. A pesar de nuestras limitaciones, de nuestro pecado, incluso aunque nos hayamos separado de Él, la imagen de Dios es la del padre de la parábola del hijo pródigo, que recuperado, le invita a la fiesta, a la fiesta de la vida en su casa.

Es trinitaria. Ya hemos indicado que esta imagen del Dios Trinidad se origina en Jesús de Nazaret, no lo preveía el autor del Génesis. Entonces recordamos las implicaciones claras que tiene para nuestra vida. Sólo desde nuestro sentir y vivir comunitario en diálogo y afecto mutuo podemos ser imagen de Dios. Referido a la vida consagrada, pero que se puede extender a todo tipo de vida comunitaria como es la familia, Juan Pablo II decía: “De este modo la vida consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina” (*Vita consecrata*, 25). La belleza y bondad que Dios vio en lo que había salido de sus manos tiene su momento cumbre en la belleza del hombre y la mujer que fueron hechos a su imagen y semejanza. Debemos ser y actuar de modo que no deterioremos esa obra de Dios, que a sus ojos nos reconozca como hechura de sus manos, no deteriorada por las nuestras.

IV. VERNOS A NOSOTROS MISMOS A LO OJOS DE JESÚS DE NAZARET.

Este será el capítulo nuclear de nuestra reflexión a lo largo de los seis días. No puede ser de otra manera porque Jesús de Nazaret es la “imagen visible de Dios invisible” (Col 1,15). Nosotros para ser imagen de Dios hemos de ser imagen de Cristo: imagen de la imagen visible del Dios invisible. Jesús, que fue enviado al mundo por el amor del Padre a nosotros, nos ayuda a entender lo que somos y debemos ser a los ojos de Dios. Lo hace no sólo con su palabra, sino con toda su vida y muerte. La fidelidad al amor del Padre, a hombres y mujeres, del que él estaba impregnado – es amor trinitario – le exigió un modo de vivir que molestó a las autoridades religiosas y determinaron hacerle desaparecer.

1. Jesús se hizo hombre para ser nuestra referencia

El Vaticano II indica lo imprescindible que es vernos a la luz de la existencia, de la vida de Cristo para saber de nosotros: “realmente el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado...él es el hombre perfecto... En él la naturaleza humana ha sido asumida...ha sido elevada a una condición sublime. El mismo Hijo de Dios, en su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre... Trabajó como hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros menos en el pecado... El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito de muchos hermanos recibe “las primicias del Espíritu” (Ro 8,23) que le capacitan para cumplir la nueva ley del amor” (GetS 22). “Esto vale no sólo para los cristianos, sino para los hombres de buena voluntad en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible... Este es el misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece para los creyentes” (id).

Somos, pues lo que somos, siendo misterio, a la luz del misterio de Cristo. No sólo los creyentes, todos los seres humanos. El misterio de Cristo es el misterio de ser hombre y Dios, que se manifiesta no haciendo “alarde de su categoría de Dios, sino que asumió nuestra condición humana siendo uno de tantos”, o “un hombre cualquiera” como dice Pablo escribiendo a los filipenses (Cf. Fil 2, 6 y ss.). Alguien que estuvo sujeto a sus padres, como dice Lucas; (2,51), que “aprendió sufriendo a obedecer, como dice el autor de la carta a los Hebreros, (5,8), alguien que “fue creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”, sigue diciendo Lucas (2,51).

Es pues ese rebajarse a ser uno de tantos lo que nos permite interpretar su palabra y su vida, referir la nuestra a ella, contar con su mensaje para ser lo que tenemos que ser, y discernir cómo respondemos a lo que hemos de ser a los ojos de Dios, viendo como nos asemejamos a él, y a lo que él nos pide con su mensaje.

San Juan resume esa referencia necesaria a Jesús mostrando que el mismo Jesús se señala a sí mismo como camino, verdad y vida, además de pastor, puerta del redil y cordero humilde zarandeado por los hombres. Y también el pan de vida eterna.

Es la verdad, él tiene palabras recibidas del Padre que son de vida eterna. Ese es su mensaje. Es el camino que se ha de seguir para llegar al Padre. Camino y acompañante en nuestro caminar. Es el pan, alimento para el camino. Como resumen, es la vida, la savia que tienen los sarmientos cuando están unidos a la cepa, que nos permite a nosotros vivir y fructificar.

2. *Es la verdad.*

2.1. *La verdad en el Evangelio*

La verdad de Jesús está recogida en los textos neotestamentarios. Nuestro Jesús, el que reconocemos presente en nuestra historia gracias a su resurrección, con un estilo de vida distinto al de su tiempo de pisar nuestra tierra, es el de los evangelios, el que proponen los apóstoles. No necesitamos otras revelaciones o manifestaciones distintas. El mismo Jesús lo dice cuando propone como respuesta a su presencia convertirse y creer en el Evangelio.

Los evangelios no pueden ser sustituidos por los dogmas posteriormente formulados. Éstos son textos académicos, que constituyen serie de creencias, necesarias para fijar lo que profesamos, pero que han de ser vitalizadas desde los textos evangélicos. El *credo* en sus dos versiones litúrgicas, Símbolo de los apóstoles y Nicenoconstantinopolitano, pasa del nacimiento de Jesús a la muerte, se saltan la vida, la predicación de Jesús, el Evangelio. Nuestra fe no puede prescindir del Evangelio. Por el contrario, es el evangelio lo que hemos de creer. El mismo Jesús lo dijo “convertiros y creed en el evangelio” (Mc.1,15). Para vernos ante Jesús tenemos que estar familiarizados con los textos evangélicos, con el Nuevo Testamento en general.

Jesús da importancia a la verdad. Ella nos hará libres. Vivir en la verdad es lo que quiere de nosotros. Vivir en la verdad exige discernir, pues es fácil que se cuele como verdad lo que no es más que estilos de vida o creencias que derivan por caminos torcidos de la verdad. Con esas verdades que no lo eran, o que no constituían la verdad: con estilos de vida religiosa distorsionados, se encontró Jesús. Fueron motivo de innumerables discusiones con los fariseos, escribas, ancianos, el cuerpo más representativo de la religión judía de entonces. Como, por ejemplo: valorar más el sábado que a la persona, en sábado ni curar ni tomar espigas, querer lapidar a la pecadora porque estaba escrito en la Ley. A ellas se refiere de modo terminante en el Sermón de la Montaña con la expresión “antes se os dijo, pero yo os digo”. La verdad de Jesús revoluciona el complejo de verdades de la religión judía tal como la entendían los especialistas. Verdad la suya no difícil de aceptar, que compromete la vida, a la que es fiel porque la recibe del Padre. Él la transmite especialmente a sus discípulos, después de proclamarla a la multitud, cuando ve próxima su partida. Se la confiere porque son sus amigos. Le merecen confianza y con ellos tiene confidencias.

La verdad de Jesús se resume sobre todo en su predicación del Reino de Dios, en las bienaventuranzas y en las últimas palabras que, según san Juan, expone a sus discípulos en el cenáculo. Pero emerge su verdad en cualquier episodio del evangelio.

2.2. El Reino de Dios o de los cielos

En la predicación sobre el Reino de Dios Jesús expone su tesis sobre cómo ha de ser renovado, restaurado, el ser humano, “el nuevo Adán”, que diría San Pablo, y cómo la comunidad que constituya. Son valores con los que nos encontramos en cada momento de nuestro vivir. No sólo los creyentes, sino cualquier persona humana. Jesús no se inventa un ser humano distinto: su verdad es la verdad que define al hombre y la mujer, es una antropología, y por ello una moral, un modo de ser y actuar como seres humanos.

a) Jesús es el Reino

Lo primero que hay que decir es que Jesús es el mensaje, mensaje no sólo su palabra, sino su vida. De ahí que el cristiano, el ser humano, al recibir su palabra ha de ver cómo vivía la palabra que decía. Él podía decir de los fariseos, “haced lo que os digan, pero no hagáis lo que hacen (Mt 23, 3). Pero de sí mismo no lo dice: al contrario invita a seguirle, a imitarle. Es ésta una primera reflexión. No son pocos los que quedan encandilados por su mensaje, pero entienden que exige demasiado a la vida, basta con que quede como bella teoría, que se mueve en el ámbito de lo irrealizable. Así con frecuencia se valora el Sermón del Monte y más en concreto las bienaventuranzas.

Jesús no dice qué es el Reino de los cielos, sólo dice a qué se parece. A través de la pedagogía de las parábolas y del conocimiento de su vida lo hemos de averiguar. Insiste en el valor absoluto de ese Reino – o sea: del modo de ser persona humana y construir comunidad humana-, por eso dice “buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6, 33).

La justicia del Reino es la integridad de sus exigencias, lo que nos hace ser lo que debemos ser. “Justo” llaman los textos evangélicos a personajes relevantes en la vida de Jesús: José, Zacarías, Simeón, Juan Bautista... Es necesario “tener hambre y sed” de esa justicia, que es también de la verdad de lo que somos, sin hipocresías propias de los fariseos, “porque si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 5,20).

b) Exige conversión interior

Con Jesús el Reino de los cielos está cerca, con él “el tiempo se ha cumplido está cerca el Reino de los cielos, convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1,15). Lucas (17,21) insiste en que el reino está entre nosotros, no son necesarias manifestaciones apocalípticas, pertenece a nuestro vivir cotidiano. Donde está Jesús, ya está el Reino. Más aún lo debemos interiorizar –algunos traducen el texto anterior diciendo el reino de Dios está dentro de vosotros -. Está dentro de nosotros, en la medida que respiremos, sintamos de acuerdo con lo que implica ese Reino. Tiene una dimensión externa, pero es en nuestro interior donde lo realizamos. Somos lo que interiormente sentimos, nuestros afectos, nuestra jerarquía de valores. Vivimos lo que somos cuando lo vivimos desde dentro. Algo que pertenece también al mensaje de Jesús: es en el interior donde nos hacemos adúlteros u homicidas..., nos define lo que surge desde nuestro interior. Sin vida interior, sin interiorizar lo que nos interesa, lo que buscamos, en el sentido de buscar el Reino de Dios y su justicia, no ajustamos la vida a la verdad. Las verdades tienen su dimensión objetiva, pero son nuestras verdades cuando las interiorizamos y conforman nuestro pensar y nuestro querer.

c) Es el Reino de Dios

Jesús es Emmanuel, que significa “Dios con nosotros”, lo recoge Mateo (1,23) como profecía de Isaías. Es Reino de Dios porque resume lo que somos y hemos de ser a los ojos de Dios. Es el Reino de la verdad de Dios, que no son nuestras verdades, como sus caminos no son nuestros caminos, ni sus pensamientos los nuestros. La dimensión teologal del Reino de Dios que aparece en la manera de llamarle Lucas y Marcos – Mateo dice Reino de los cielos- nos ha de acercar a ese Dios que se manifiesta en Cristo. Es un Dios cristiano. El mismo Jesús es la humanización de Dios. El Dios encarnado ha de conjugar la transcendencia de quien desborda todo posible conocimiento con la inmanencia de sentirlo entre nosotros, más aún dentro de nosotros. Hemos de convertirnos a ese Dios. Tratar de experimentar su amor por cada uno de nosotros. Tener conciencia de que somos lo que somos ante sus ojos. Sólo Él juzga. Desde su palabra hemos de juzgarnos a nosotros. No a los demás.

d) El Reino de Dios descrito en el Sermón de la Montaña

Al mensaje del Reino pertenece el Sermón de la Montaña. De él lo más emblemático más cargado de sentido y compromiso son las bienaventuranzas. La radicalidad y singularidad comienza en ser un programa de felicidad. El reino de Dios es de verdad de Dios en la medida que nos comprometemos en ser felices en la línea del lo que Jesús propone para serlo: las bienaventuranzas. Las bienaventuranzas formuladas con diferencias entre Lucas y Mateo, de acuerdo con el estilo de sus textos evangélicos: más directo, social en Lucas, más catequético, buscando el interior del hombre en Mateo, han de ser asumidas como medio para ser felices por el seguidor de Cristo. Jesús es el primer bienaventurado: la pobreza; la mansedumbre – “manso y humilde corazón” (Mt 11,29)-; la misericordia; el hambre y la sed del Reino de Dios y su justicia; el asumir el dolor propio y volcarse en el ajeno –lloró por Lázaro, por Jerusalén-; la limpieza, transparencia de su corazón que permite ver a Dios a través de él; la paz en el esfuerzo que concede –“la paz os doy” (Jn 14,27) – y que vive en medio de las turbulencias que le imponen las circunstancias; el comprometerse hasta el final por la causa suya, la que Dios le pidió defender, la causa del ser humano, jugándose la vida y perdiéndola. Las bienaventuranzas son la descripción de Jesús. ¿Cómo convencernos de que son un programa para ser felices? ¿Cómo convencer a los demás? Viviéndolas. Se ha de estar atentos a estos mensajes de documentos conciliares: uno para los religiosos: “los religiosos en virtud de su estado proclaman un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado y ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas (LG 31); otro para los laicos: “el amor a Dios <que se ha derramado en nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado>(Ro 5,5) hace a los laicos capaces de encarnar realmente en sus vida el espíritu de las bienaventuranzas” (A.A. 4). ¿Cómo nos vemos ante las bienaventuranzas? ¿Se cuenta con ellas cuando queremos organizar nuestra vida? Vernos ante ellas es vernos a los ojos de Jesús.

2.3. Palabras de vida eterna

Juan no habla del Reino de Dios. En los discursos de Jesús que nos transmite, para él el Reino es la “vida eterna”: él tiene palabras de vida eterna. No se trata de hablar de la vida eterna, sino de lo eterno que existe en nuestra vida, lo que es más fuerte que la muerte. Lo vemos cuando Jesús dice “quien coma su carne y beba su sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54). Son palabras que pertenecen al

discurso del Pan de vida. No se refieren a la eucaristía, sino a su palabra que es la que ofrece vida eterna, a la fe en esa palabra.

Las “palabras de vida eterna” resumen su mensaje en el evangelio de Juan. El mensaje se funda en acogerle a él. Él se ofrece: su persona, no sólo sus palabras. Él es la Palabra eterna. Se ofrece como alimento, pan de vida eterna, y bebida, sangre y agua, para saciar la sed: quien lo coma y beba no volverá a tener sed, lo proclama en el citado Sermón del pan vivo y recuerda en el diálogo con la samaritana. “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre; y el que cree en mí no tendrá sed jamás” (Jn 6,35; cf. Jn 4,14).

Cuáles son esas palabras de vida eterna: podíamos resumirlas en éstas: el amor, la relación con el Padre, la verdad. Esas realidades pueden sobre la muerte: el amor es más fuerte que la muerte; la verdad que ahora buscamos encontrará su plenitud tras la muerte; y también nuestra relación con Dios, ahora es, como diría Pablo, en imagen, luego cara a cara, se vivirá en la intimidad del Padre. Son “los bienes de arriba” que Pablo dice que busquemos, no los de la tierra, si hemos resucitado con Cristo (cf. Col 3, 1,3). Es decir: si estamos ya resucitados a la vida, a la vida definitiva que ahora se nos da sin aún superar el poder sobre la muerte, pero anunciándolo. Vernos ante esas palabras de vida eterna, es vernos ante Jesús, pero a la vez ante lo que nos define como personas humanas: el amor, la búsqueda de la verdad, el conectar con Dios, con lo que nos trasciende. Podíamos añadir, todo eso vivido en comunidad. También la vida en común adquiere su plenitud en el más allá, la comunión de los bienaventurados.

2.4. Nosotros ante Jesús, nuestra verdad

La verdad de Jesús chocaba con la verdad oficial de los ambientes religiosos y también del pueblo: el que anuncia no era el esperado. Por eso exigía conversión. Ante todo, cambiar las expectativas. Jesús había renunciado al poder político y a hacer consistir su misión en cuestiones económicas, convertir las piedras en pan, cuando los cuarenta días de oración y reflexión en el desierto. Y sin embargo el pueblo judío y sus dirigentes era lo que ansiaban, esperaban y exigían al Mesías. Esa conversión sigue siendo necesaria: ¿qué esperamos nosotros de Jesús? ¿Qué problemas son los que queremos que nos solucione? ¿Cómo quiero verme a mí mismo en los tiempos y ambientes en que vivo? La conversión es necesaria. Es conversión a impregnarnos de su evangelio —“convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1,15) hemos recordado. Convertirnos a estar a la escucha de la Palabra y acomodar nuestra vida a esa Palabra. De ese modo avanzaremos en el proyecto de ser humano, de comunidad humana que expresan los valores del Reino: el amor, el perdón, la atención al necesitado, el confiar en el Dios Padre; entender la vida como la de Jesús: como don, ofrenda a Dios en los demás desde el amor.

3. El camino

Si san Juan presenta a Jesús como el camino, los sinópticos insistirán en el deseo de Jesús de que le sigan, son discípulos suyos los que sigan sus pasos. Jesús no es sólo la señal del camino que nos indica por dónde tenemos que dirigir nuestros pasos. Juan Bautista lo fue, indicó por dónde dirigir nuestros pasos, y preparó los caminos para llegar a Jesús, como proféticamente proclama su padre Zacarías. Jesús es, “el Sol que viene de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1 78-79). Jesús, el anunciado, los

dirigirá caminando con nosotros. El camino a recorrer es la propia historia de Jesús. Empapados de su historia de su caminar por este mundo, de lo que sintió en su interior –sus sentimientos-, de lo que proclamó con su palabra y de los gestos que realizó, nosotros hemos de seguir sus mismos pasos. También asumiendo las consecuencias. No hay otro modo de ser lo que hemos de ser.

Nuestra moral es esencialmente paradigmática, se basa en imitar al modelo que es Jesús. Qué haría Jesús de Nazaret ante las situaciones concretas de nuestra vida, qué sentimientos le moverían, qué determinaciones tomaría, que gestos haría, he ahí la referencia para ser lo que hemos de ser. No podemos seguir otro camino en nuestra condición humana que la del hombre perfecto y el perfecto hombre.

Ese proyecto nos rebasa. En nosotros existe pecado, en Jesús no. Si bien Jesús fue tentado como nosotros y nos enseñó a superar la tentación. El venció desde su fidelidad al proyecto del Padre, discernido bajo el Espíritu en el desierto, nosotros contamos con su ayuda, pues sigue presente en nuestra historia. Jesús es viático, alimento –pan y agua- para el camino. Lo es con el Evangelio, que ha llegado hasta nosotros, con su verdad. Lo es sacramentalmente, al interiorizar su presencia de la manera más íntima, comiéndolo, bebiéndolo, que es lo que significa la eucaristía. Lo es con su presencia en nuestra historia en cada uno de nosotros, con su fuerza, estímulo, ayuda, en definitiva.

4. *La vida*

La resurrección de Jesús es fundamental para poder contar con él. Bien está recordar sus palabras, conocer su vida, como camino que hemos de recorrer, pero si no hubiera resurrección, ese Jesús de Nazaret, modelo nuestro, nuestra referencia existencial, sería alguien que pasó por la vida –haciendo el bien, sin duda- fundando un grupo de los suyos – la Iglesia-, a quienes les transfirió los medios para ser fieles a él, sentirse librados del mal, del último enemigo, la muerte-; pero sólo quedaría en nosotros como grandioso recuerdo.

Mas no fue así, la resurrección nos dice que ese Jesús no hay que buscarlo entre los muertos –tampoco entre los ilustres muertos –, vive. Podemos pues unir nuestra vida a su vida misteriosa, pero real; él está vivo en nuestra historia. Es el mismo Jesús histórico que nació, vivió en nuestro mundo y de él salió violentamente, echado por la maldad o ignorancia de los hombres. Al estar vivo, está su historia en nuestra tierra: aunque pertenece a otro modo de vivir, sigue presente en nuestro acontecer.

Tenemos signos de su presencia real entre nosotros. El documento conciliar *Sacrosanctum Concilium* (n.7) habla de distintas presencias. “...Cristo está siempre presente en su Iglesia, principalmente en los actos litúrgicos. Está presente en el sacrificio de la misa, no sólo en la persona del ministro...sino también, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente en los sacramentos...está presente en su palabra, pues es él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura. Está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: <Donde dos o tres están congregados en mi nombre, estoy yo en medio de ellos> (Mt18, 20)”. Sabemos que está presente en el pobre, el necesitado, lo que a ellos hagamos a él se lo hacemos.

Tenemos su promesa “no os dejaré desamparados. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo” (Jn 14, 18,19). Vernos a los ojos de Cristo implica plantearnos cómo le vemos,” vosotros me veréis”. Descubrir a Cristo en la vida es el primer paso para vernos a sus ojos. Verle es ya orientar la vida, darle sentido y energía, “me veréis y viviréis” (id.).

San Pablo decía que la vida del cristiano “está escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3). Cristo desde el interior se hacía presente en su vida, de modo que no era él, sino Cristo quien vive en él (cf. Gal 2,20). El proyecto de Jesús era el de ser unos con él, en el Padre. Se trata, pues, de que corra la misma savia vital que pasa de la cepa a los sarmientos. Estar unidos así es necesario para tener vida cada ser humano. Jesús no sólo nos indica la verdad, no sólo camina con nosotros, su vida ha de ser revivida en nosotros y para eso se nos hace presente vivo en nuestro vivir

Quizá la expresión que nos habla de estar unidos a Cristo, tiene tal fuerza que puede obviar la necesidad de repensarla para ver qué manifestaciones concretas tiene en la vida: cómo realmente modifica nuestro vivir para que se asemeje al vivir de Cristo. ¿Cómo damos a la vida concreta, inmersa en tantos pequeños y necesarios asuntos y preocupaciones, que exigen dedicación entera y la dedicación que exige la lucha por vivir, cómo, digo, sentimos en ese vivir cotidiano la vida de Jesús de Nazaret, sus inquietudes, sus afectos, su proximidad a la gente, desde la experiencia del Dios Padre, de estar en sus manos, de que sea su voluntad lo que le alimenta?

Jesús es vida en la medida que vivir es desvivirse por quienes se quiere. Y nadie queda excluido de su amor, en especial se hace más próximo a los que otros excluyen. Ésa es la vida plena, “he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud”³. Nosotros que recibimos vida hemos de preguntarnos hasta qué punto la transmitimos: en nuestra familia, en nuestra vida comunitaria, social. Nada mejor podemos ofrecer que la vida. Esa vida que es más fuerte que la muerte, la vida de lo eterno: el reino del amor, de la búsqueda de la verdad, de la intimidad con Dios. San Pablo decía que le costaba dolores de parto dar a luz nuevos cristianos, también a nosotros nos toca gestar nuevos y, con más frecuencia, que los que ya tienen vida nazcan como decía Jesús a Nicodemo a la vida eterna, a la vida propia de nuestra condición humana. Es lo mismo que comprometernos en construir el Reino de Dios, el reino de la justicia del amor y la paz, el reino de la comunidad humana construida en el amor y por ello generadora de vida.

³ Textos para reflexionar:

Para que tengamos vida: Jn 10,10; 3,17; 6,33; 12,46-50; Lc 19,10.

Cristo es la Vida, en sí mismo y para el hombre: Jn 1,4.9; 6, 68; 10,28; 14,6; 1Jn 1, 2-3.

El hombre obtiene la vida nueva y eterna mediante la adhesión al Hijo: Jn 1,12; 3,14-16; 5,24; 6,40.

El Señor nos vivifica por su Espíritu: Jn 4, 14; 7, 38-39; Rom 8, 10-11

V. VERSE A SÍ MISMO BUSCANDO LA FELICIDAD

1. *Ser felices*

Las palabras decían los clásicos son la expresión de las ideas. Hoy la palabra tiene más autonomía, pensamos con palabras, no necesariamente manejando ideas. Esto dificulta saber qué quiero decir cuando digo, en el caso que nos atiene en este capítulo, “felicidad”. Sabemos, sin matizar mucho, qué quiero decir cuando digo que soy feliz o infeliz. Más complejo es saber en qué se pone la felicidad. Y esto es esencial para poder hablar de felicidad y entendernos.

Que cada ser humano busca la felicidad es una afirmación, que llamarían los filósofos de la ciencia, protocolaria. Se parte de ella. No admite demostración. Pertenece a lo indudable, a las certezas primeras y permanentes del ser humano. El catecismo de la Iglesia nos dice que ese deseo lo ha puesto Dios en nuestro corazón⁴.

Los creyentes en otro mundo sean cristianos, musulmanes o de tantas religiones creyentes en algo que nos trasciende y que será el ámbito donde se encontrará el ser humano tras la muerte –y son casi todas las religiones y culturas -, conscientes de las limitaciones para ser felices en este mundo la remiten a ese otro mundo del más allá de este nuestro. Con todas las consecuencias que han derivado de esas creencias: motivo para poder superar el dolor en este mundo; saber que la muerte no nos destruye; relativizar este mundo porque el nuestro, la patria, decían los clásicos, está en el otro; saber morir por una causa noble que permitirá la felicidad en el otro mundo, ...

Plantear pasarlo mal en esta vida para conseguir la felicidad en la otra es bastante común en espiritualidades clásicas. Ha existido una deriva en el cristianismo desde sus inicios en valorar el dolor por su eficacia salvadora. Comenzando por el dolor de Cristo, su pasión y muerte. Dejando a un lado que es el amor, la fidelidad a un proyecto que viene de Dios lo que realmente tiene valor y valor redentor. El dolor sirve para medir la dimensión del amor. Reiteramos en la Salve que vivimos en un valle de lágrimas, lo que podía llevar a desechar la búsqueda de felicidad en este mundo. La felicidad se dice y siente es cuestión del más allá. De los santos se ha exaltado el don de lágrimas, menos, su capacidad de risa, de sentido alegre del vivir. La felicidad ha llegado a ser expresión peligrosa para la espiritualidad si se pretende buscarla. Es, se enseñaba, el espíritu de sacrificio, de dolor lo que da valor a nuestro existir.

Frente a todo esto tenemos el proyecto de felicidad que presenta Jesús en el sermón programático de su predicación, el de la Montaña⁵. Si en el Sinaí se promulgaron unas leyes, en la montaña de Galilea Cristo presentó un plan para ser feliz. La ley se cumple en plenitud con el proyecto de felicidad de Cristo. El cristiano ha de aceptar ese

⁴ Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia él, el único que lo puede satisfacer” (Catecismo de la Iglesia, n.1718).

⁵ En mi libro *Seis días en busca de la felicidad evangélica* se puede encontrar un desarrollo más explícito de lo que aquí expongo

programa de felicidad, que aporta felicidad en la medida que va perfeccionado su ser humano.

2. Felicidad en la tierra

Habrá que matizar, aunque es bastante obvio que cuando hablamos de felicidad en este mundo no se habla de plena felicidad, sino de felicidad que emerge de realidades de dolor con las que se ha de convivir. La plenitud no es de este mundo: ni la de la verdad, ni la de la virtud, ni la de la perfecci3n. Somos ontol3gicamente imperfectos, moralmente pecadores, existencialmente abiertos al dolor. La verdad plena, el bien pleno, la plenitud en general, y por ende la felicidad plena son del más allá.

Ahora bien, ya santo Tomás enseñaba que deber nuestro es anticipar aquí, en este mundo esa plenitud de bien, de verdad, esa plenitud de ser y, por lo mismo de felicidad que se da en el más allá. Nuestro proyecto de vida no es pasarlo mal en la tierra para alcanzar la felicidad del cielo, sino tratar de que nuestro vivir sea lo más pr3ximo al cielo, a plenitud

3. Felicidad humana

De lo dicho ya se desprende que la felicidad que es plenitud ha de ser de todo, de la verdad, del bien, del ser y eso llevará a plena felicidad. Mientras que caminamos hacia la plenitud caminamos hacia la felicidad. Ésta ha de ser felicidad humana, que consista en aproximarse a la verdad, al bien, a nuestra perfecci3n humana. No podemos pensar en una felicidad de animal salvaje que disfruta s3lo en devorar a sus víctimas o en imponerse sobre los de su especie en la lucha por la subsistencia, o por ser el dueño de su espacio vital que deja marcado, o por conseguir la hembra con la que reproducirse... La vida humana no consiste en eso, aunque algunas veces pueda rebajarse a vivir s3lo en funci3n de esos triunfos propios de la irracionalidad. Y por ello tampoco se puede reducir la felicidad a esas "conquistas".

4.  Somos felices?

Es bastante frecuente la pregunta a religiosos y religiosas sobre por qué han seguido esa vocaci3n, tan sorprendente y excepcional, sobre todo en nuestra sociedad postmoderna. Con la misma frecuencia se ofrecen diversas respuestas que aluden a su necesidad de encontrarse con Dios, de seguir de ese modo más peculiar a Jesús, o las respuestas que se refieren a las diversas misiones: ser misionero o misionera, comprometerse con los necesitados... No se suele responder "porque me gusta". O sea, porque encuentro en esa vocaci3n un modo de ser feliz en esta vida. Es más fácil encontrar esta respuesta en matrimonios: se han casado, porque se gustaban, les gusta construir una familia entre ellos dos, creen que en ello encontrarán la felicidad. Esta respuesta todos la comprenderán, sería menos comprensible que el gusto, la búsqueda de la felicidad fuera raz3n para sentirse llamados por Dios a la vida consagrada. Y sin embargo hay que pensar que Dios no nos llama a ser infelices, sino a ser felices, ya que él es el

responsable de esa tendencia a la felicidad que ha insertado en el corazón humano, como motor de sus opciones más fundamentales, en concreto de la que lleva a Él, como hemos visto en el texto del Catecismo de la Iglesia.

Reiteramos, pues la pregunta, ¿somos felices? Mirémonos hacia adentro y tratemos de responder. La pregunta merece tiempo para la reflexión. No precipitarse en la respuesta. Puede que alguno ni se la proponga, convencido de que la felicidad no les pertenece en este mundo. Es una tentación que es necesario superar. Otros puede que duden sobre en qué consiste la felicidad. Lo pasan bien en ciertos momentos, mal en otros, hay tiempo para la lágrima y para la risa. ¿Ser felices será lo mismo que pasarlo bien? La expresión pasarlo bien ya indica transitoriedad, experiencia de un momento que no tiene por qué durar, sino pasar. La felicidad, sin embargo, se vive en el poso que pervive en distintas circunstancias. La vida pasará por momentos de debilidad, pero la felicidad sin espavientos se mantiene como sustrato permanente. No es simple pasarlo bien. Además, pasarlo bien puede tener causas que no se llevan bien con la dignidad humana. Por ejemplo, el pasarlo bien tras la droga, el pasarlo bien al margen de la decencia, el respeto al otro, la exaltación de la efusión que no está sostenida por razones, sino por agentes externos, pasarlo bien en pura excitación transitoria que deja vacío, si no dolor y vergüenza; pasarlo bien cuando se refiere a aspectos parciales de la condición humana.

¿Soy feliz? ¿Estoy contento de cómo se desarrolla mi vida? Estar contento puede ser ya una actitud permanente que no anulan circunstancias dolorosas. Supone una distensión de ánimo, encontrarse a gusto en el vivir, que se aproxima a ser feliz. Quizás puede diferenciarse de ser feliz, porque la felicidad está más en lo hondo del ser que el simple estar contento, como si tuviera una realidad ontológica, que en el estar contento es más funcional. La felicidad no entiende que todo sea digno de alegrías, de satisfacción de vivir contentos. La felicidad coexiste con la conciencia de aspectos existenciales propios y ajenos que nos disgustan, nos duelen. No podemos pretender ser felices porque no haya pecado en nuestra vida, ni en la de los demás. O porque, lo que no está ya en nuestras manos, la Naturaleza, por ejemplo, no se ponga siempre a favor de nuestros deseos: la enfermedad se nos acerca a nosotros y a los allegados, como se producen fenómenos naturales que arrebatan vidas, causan dolor...

5. La felicidad como conquista de cada día

Por eso la felicidad es una conquista de cada día en lucha con realidades que la combaten. La felicidad es estado de ánimo del que no vive de ilusiones, pero cree en la utopía de que todo puede ir hacia mejor. La felicidad exige resignarnos a que no nos encontramos en paraíso alguno, pero sí en la lucha por hacer la vida más semejante a él. Resignación inteligente, que brota de situarse bien en la realidad de uno y del ámbito social y natural en el que nos movemos. La felicidad implica no desear lo imposible, lo que no es propio de nuestro mundo ni de lo que somos. Es la felicidad del esfuerzo por serlo, porque siempre tenemos ante nosotros la dimensión positiva de nuestro vivir. Un vivir que desde nuestra fe está bajo los ojos de Dios, que derrama gracia sobre gracia en nuestra vida. Entramos así en la dimensión de fe de nuestra felicidad, que ha de ser objeto de nuestra reflexión.

6. Dimensión cristiana de la felicidad

La dimensión cristiana está unida a ser testigos de lo que somos. Nadie puede, como cristiano, dejar de “dar razón de su esperanza”, como hacían los primeros cristianos. La fe cristiana en la medida que se vive, va configurando nuestra existencia humana, va cooperando a una familia, a una sociedad en la que emergen los valores evangélicos. Nada mejor podemos hacer por nosotros y por los demás. Pues bien, ese testimonio carece de valor si hacemos de nuestra fe un sacrificio doloroso que nos impide ser felices, y más bien amargados por las exigencias de esa fe, aunque aceptemos la amargura, como ofrenda generosa a Dios. Nuestro testimonio ha de ser de estar alegres, incluso cuando somos perseguidos por nuestra condición cristiana: veamos la octava bienaventuranza, repasemos lo que decían Pedro y Juan de estar alegres por haber sido perseguidos (Hec 5,41), leamos el capítulo cuarto de la carta de Pedro. Con más razón cuando esa persecución no existe, aunque sí incompreensión, presentarse como lo que se es, aunque llamemos la atención porque se sale de normal lo que nos queremos, el servicio que se presta, por no buscar el poder, el placer, el tener..., con toda sencillez, sin tratar de demostrar nada, es mantener la felicidad de las bienaventuranzas. Es necesario que vean en los cristianos que esas renunciaciones a lo que impera en la sociedad no les entristece, las viven con alegría. Eso sin duda da qué pensar y atrae. Sólo la alegría atrae. ¡Cuántas veces personas que se han acercado a monasterios contemplativos, con la inquietud de cómo pueden vivir de ese modo hombres o mujeres de nuestro tiempo, salen sin comprender bien cuál es la opción que define al monje o a la monja, pero sorprendidos positivamente porque los ven felices! Ese es el mejor testimonio del valor de su vida.

En la reflexión sobre cómo nos vemos ante los ojos de Dios, hemos, pues, de preguntarnos si somos felices en el estilo de vida que hemos elegido y en cómo lo vamos llevando a cabo. No nos quedemos en nuestra capacidad de sacrificio, ¿quién no ha de hacer sacrificios en la vida? Comencemos midiendo nuestra felicidad, lo contentos que estamos con lo que somos y con tal como somos. E insistamos en buscar lo que de verdad nos trae felicidad duradera y honda.

VI. VERSE UNO ANTE SÍ MISMO A LOS OJOS DE DIOS

No quisiera que esta reflexión se entendiera como un autoanálisis psicológico y se quedará ahí. Lo que se pretende es valorar el propio ser desde la perspectiva de Dios o mejor ante Dios. Pero de un Dios cristiano, por lo tanto encarnado, que obliga que al mirarnos lo que somos ante sus ojos consideremos también cómo nos vemos ante los demás. Es una reflexión transversal, de algún modo está presente en el resto de las reflexiones. Su peculiaridad es que carga el acento en mirarse a sí mismo y situarse en la vida.

1. Autoestima y autosuficiencia

Mantener la autoestima es imprescindible para encontrar un sitio en el mundo, entre los demás. Si falta, se produce la desubicación social, existencial. La autoestima se basa en aceptar nuestra condición humana. Lo que somos y lo que podemos esperar positivo de nosotros mismos. También la necesidad de corresponder con nuestra vida a esa dignidad. A la vez no dejarnos aplastar por los fallos que tengamos. En la fe cristiana tenemos bases impensables para mantener la autoestima: nuestra naturaleza ha sido asumida por Dios en Jesús de Nazaret, ha “merecido” su vida y muerte; ha sido exaltada en su resurrección: en ella todos hemos resucitado. San Pablo nos advierte de que no nos estimemos más que a los otros. La autoestima no mira a compararse con los otros, sino a valorar su propio ser.

La parábola de la oración del fariseo y del publicano nos puede iluminar para distinguir la autoestima de la autosuficiencia... El fariseo se ve a sí mismo como distinto y superior a los demás y en especial al publicano que ora. Necesita esa comparación para su autoestima. La parábola, dice el texto, Jesús la proclama “por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”. La autoestima se concilia con saberse pecador. Creerse justo genera autosuficiencia: no necesita de nadie, ni de Dios que le perdone. Los demás son los inferiores. No los necesita para nada, nada pueden ofrecerle, en nada ayudarle. Todo ello sintiéndose “seguro de sí mismo”. El principio de incertidumbre tan propio de nuestro vivir ni le roza. Su “justicia” le permite despreciar a los demás, dice el texto evangélico. Los otros son la “masa”, la “escoria”, como Mounier decía que entendían a los otros los que se cerraban en el egoísmo del individuo. Autoestimarse es necesario. Creerse autosuficiente es destruirse. Nos estimamos sólo cuando invitamos a la autoestima de los demás. Por ello en esta reflexión vamos a tener presente para entender mejor la autoestima, nuestra condición social, nuestra vida en común.

Vivir en verdad es estar atento a lo que somos, ahondar en nuestras fuerzas y tener en cuenta nuestras debilidades, evitar la búsqueda de ser más que el otro, y a la vez no considerarse capaz, autosuficiente para responder a lo que nos exige el proyecto humano, cristiano, de vida y para responder a lo que los demás esperan de uno. Solos no alcanzaremos los niveles de humanidad que quisiéramos.

2. *Humildad*

Desde esta consideración entiendo que lo que nos coloca bien ante nosotros mismos –y ante Dios- es la virtud de la humildad. Dediquemos un tiempo a reflexionar sobre ella. Quiero empezar con un texto iluminador de san Pablo escribiendo a los cristianos de Filipos que reiteradamente aparece en la liturgia. Es un himno, quizás litúrgico, que recoge san Pablo. Un himno cristológico que resume el proyecto salvífico de Dios realizado en Cristo, pero que describe la grandeza de Cristo en su humildad.

“Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien a pesar de su condición divina no hizo alarde de su condición de Dios, al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse a la muerte y una muerte de cruz” (Filipenses, 2, 5-8).

San Pablo acude a este texto para ayudar y fundamentar el esfuerzo de los cristianos de Filipos para constituir una auténtica comunidad: en ella nada ha de hacerse por rivalidad, sino por servicio mutuo. En concreto pretende que sea la humildad la que establezca el tipo de relaciones comunitarias, la que permita no juzgarse superiores y la que invite a buscar el bien común, más allá de los intereses individuales.

El texto precisa en qué consiste, cómo se ha vivir la humildad:

1. Es un sentimiento. Por lo tanto, imitable. No es humildad protocolaria. Se basa en una actitud íntima.
2. No se trata de ser menos, sino de ser lo que somos, uno de tantos, ser humano. No es rebajarse, sino situarse donde debemos estar.
3. En actitud de servir: humildad activa.
4. En obediencia: es decir al servicio a la comunidad.
5. Hasta la cruz, hasta el final.

2.1. *Es un sentimiento*

Es decir, no son gestos de humildad los que se piden. En el interior de uno es donde existe la humildad. No nos ponemos los últimos para que nos sitúen en los primeros puestos. Eso sólo es un consejo evangélico de cortesía (Cf Lc 14,10). Es sentimiento, la humildad tampoco es una imposición moral, es una experiencia interior que se deduce de un conocimiento de nosotros mismos. Nosotros hemos de vernos, como se viene indicando, a la luz de Jesús, el hombre perfecto, para tener conocimiento auténtico de nosotros mismos. Pues bien, al ser un sentimiento de Jesús es imitable por nosotros. En otras cosas no podemos imitar a Jesús, por ejemplo en su poder taumatúrgico, en su integridad moral absoluta, en sus sentimientos sí. De ahí la invitación de Pablo a tener los sentimientos de Jesús. Y nada nos une más a las personas que coincidir en los sentimientos. Somos humildes ante todo porque lo fue Cristo. La humildad nos une a él. Y en él a los demás.

2.2. *La humildad es la verdad*

La humildad se fundamenta en ser conscientes de lo que somos. Cristo se humilló hasta ser un hombre cualquiera, uno de tantos, simplemente un hombre. Ni más ni menos.

“Por mucho que valga un hombre nunca tendrá un valor más alto que el de ser hombre”, hemos recordado que decía A. Machado. Sobre la verdad de lo que somos, que es la verdad nuestra a los ojos de Dios versan nuestras reflexiones. Pues bien, tengamos presente algo que ya se ha venido insinuando:

- Sabemos que el hombre y la mujer son una contradicción en sí mismos: salmo 8, “¿Qué es el hombre para te acuerdes de él? Le hiciste poco inferior a los ángeles, le coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos...” Pero que también es polvo que se convierte en polvo. “*Polvo eres y en polvo te convertirás*” ... Si no polvo, que alude a inutilidad, o ceniza en otras traducciones que alude a los restos de lo que calentó y brilló, es humus que acoge la semilla, que cae en buena tierra y la hace germinar, fructificar. *Humus-homo-humilitas*, percibimos que no es irrelevante esa similitud de los términos. Es humus expuesto, eso sí, a diversas erosiones que produzcan el viento o el agua. La humildad supone aceptar esa grandeza y esa pequeñez.
- Que es de todos los seres humanos, todos participamos de esa realidad contradictoria. No se puede atribuir a uno la grandeza y a los otros la pequeñez. Somos ante Dios algo muy valioso, lo somos en Cristo que, por nosotros, siendo Dios, asumió nuestra miseria, pero lo somos todos. De ahí la falsedad de buscar ser más o querer ser más considerado, querer ser superior, obrar para ser más que el otro, para ser reconocido como superior, en inteligencia, en moralidad, en dignidad o autoridad... etc.
- Sin olvidar que lo bueno que hay en nosotros se debe sí, en parte, a nuestro esfuerzo, pero también al de otras personas, padres, educadores, personas que nos han ayudado y, en definitiva, a Dios. Humildes nos hemos de ver ante Dios. En el salmo 50 leemos refiriéndose a Dios: “un corazón contrito y humillado tú no lo desprecias”. Dios es el que “dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc.1,51,52).
- Humildes ante los demás. Es el modo de invitar a convivir con ellos, de manifestarse dispuesto desde la humildad a acogerles. Jesús dijo: “venid a mí los que estáis tristes y agobiados y yo os acogeré, porque soy manso y humilde corazón”. Y ante los demás, no creerse superiores, ni buscar primeros puestos... Sin paternalismos presuntuosos, sin actitudes de superioridad del que es al que es menos, del que sabe al ignorante, del que tiene al que no tiene...
- Qué bien resumía santa Teresa la humildad como andar en verdad, en la verdad de lo que somos. Aunque en el texto de Las Moradas, exagera llevada por la experiencia de la grandeza de Dios a decir que somos miseria y nada. Que ciertamente no responde a la realidad, como ella bien sabe y enseña, pues hemos merecido el compromiso del mismo Dios con nosotros, que no tendría sentido si fuéramos sólo miseria y nada.

2.3. La humildad como fundamento

Conocida tesis de la espiritualidad. La humildad es roca sobre la que se construye lo que somos y debemos ser. Parece contradecir lo anterior cuando la veíamos reflejada en el humus, suave y lábil, pero acogedor de la semilla. Sin embargo, es la verdad. La humildad tiene esa dimensión sólida, que permite construir sobre roca, a lo que nos invitaba Jesús. Tiene la solidez de la verdad. Distantes de la humildad, cuando nos preocupamos de aparentar queremos construir sobre arenas movedizas. Sólo la

humildad permite superar vendavales. Porque la humildad asienta y construye una vida interior densa, bien apuntalada.

Es fundamento específico además de la comunión, de la vida en común. Por lo que tiene de verdad, la vida común, fundada en ella, se fundaría en la verdad. Ser vanidoso y no digamos orgulloso, es indisponer para convivir. Reduce convivir a rivalizar. No existen primeros puestos para todos. “El primero sea vuestro servidor” (Mt 20,26), dice Jesús a sus discípulos. Por el contrario, la humildad en comunidad genera el gozo de saber que dependemos unos de otros. El orgulloso-vanidoso es un solipsista, padece una cierta debilidad psíquica. Nadie es el peor, el más pecador, el siervo más inútil, nadie es un simple jornalero en la casa del padre: la bondad y la maldad, la sabiduría y la ignorancia, están ampliamente repartidas. La comunidad es de seres humanos, cuanto más anclados estén a lo noble de su condición, el amor, el servicio, el sentir a Dios, más real será la comunidad.

2.4. Humildad y humillación

La humildad a veces conlleva humillaciones, consecuencia de la dimensión de pecado que existe en todos, o de la ignorancia... Pero no es lo que se ha de buscar. La humildad no es humillación, pero se curte con ellas. La humildad ayuda a no sentirnos ofendidos por cualquier situación, palabra, gesto que nos rebaja. La humildad casi ni perdona, simplemente porque no acepta la ofensa. Tiende a comprender antes que condenar y sentirse ofendido. Es la actitud de Cristo en la cruz: “perdónales porque no saben lo que hace” (Lc 23,34). Es atentado contra la humildad ir por la vida como víctima. Es un truco para atraer la mirada compasiva de los demás. Manifiesta la falta de solidez que da la humildad, porque necesita las miradas compasivas de los otros para sentirse alguien. No quiere ser uno de tantos.

El texto con el que iniciamos esta reflexión da lugar a que pensemos en cómo saber vivir en el anonimato, “ser uno de tantos”, “actuando como un hombre cualquiera”, que se aplica a Cristo. En el inicio de nuestras reflexiones ya apuntamos que nuestra sociedad parece exigir el destacar, el no perderse en el anonimato, llámese la necesidad de figurar, de aparecer en la fotografía, de que aireen las supuestas virtudes. Es el vicio de reducir el ser al aparentar. La humildad busca el ser, el ser ante Dios, y por lo tanto ante uno mismo. Ese anonimato que parece que nos rebaja, por el contrario, nos engrandece, pues manifiesta que nuestras inquietudes esenciales no son esclavas de que se reconozca lo bueno que tenemos, sino de que realmente seamos buenos.

3. La obediencia

“Se humilló hecho obediente”. La obediencia tiene sentido donde existe comunidad, donde existe un bien común, porque la obediencia es siempre a una persona –no a una idea o a un proyecto–, no porque sea mejor, más dotada esa persona, sino por la responsabilidad que se le ha encomendado de llevar a cabo un proyecto común de vida. Hay una obediencia a Dios en todo, pero nuestra obediencia no es sólo, aunque sí fundamentalmente ante Dios, sino a los demás. Con los demás y por los demás existimos y vivimos en verdad, para buscar un proyecto común a todos, el bien común: “no atendiendo cada uno a su propio interés, sino al de los otros” dice Pablo en el verso 4 de ese capítulo de la carta a los Filipenses.

Esta búsqueda del bien común, este compromiso obediente a la búsqueda de ese bien no se apoya en el simple interés común, como sucede en la sociedad civil, sino que se ha de apoyar fundamentalmente en lo que también precisa san Pablo, “*en tener un mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir*” (Fil 2,2). Se obedece como se obedece a quien se quiere para buscar lo que a todos interesa

Esta obediencia supone quebrar la cerrazón de quien no quiere salir de sus ideas, sus intereses, porque cree que son los mejores, los más perfectos, incluso los más cristianos, los más religiosos. Tampoco es obediencia la actitud resignada de quien entiende que no hay más remedio que someterse a las leyes del juego, para evitar mayores males. La obediencia supone aceptar al superior, como quien está embarcado en el mismo barco, con las responsabilidades del timonel.

Sólo con densa vida interior se es obediente. Densidad que supere los continuos deseos que están a flor de piel, caprichos que merecen el castigo de Dios, al que hemos aludido de dejarnos llevar por ellos, de creer que uno es lo que es cuando se imponen sus ideas, proyectos, porque sólo así se cree libre. Por el contrario, la obediencia es un ejercicio de libertad. La libertad existe y se ejerce en el momento de los sólidos compromisos, que implican vida en común y, por lo tanto, autoridad. El ejercicio de la autoridad no anula ni rebaja la libertad, sino que la encauza, en la medida que es un servicio a la comunidad. Nadie se rebaja, ni pone en peligro su condición de libre por obedecer a lo que la autoridad establezca desde su responsabilidad de servir al interés común. Cuando se ve a sí mismo renuente a aceptar la autoridad, ha de considerar que se ve tan poco denso, débilmente conformado que cree que obedecer le va anular, que le falta esqueleto interior, y necesita el caparazón de sus intereses individuales –caprichos- satisfechos para ser alguien.

4. Discípulos

La etimología de *obedire* permite ver la relación entre “obediencia” y “discípulos” *discere*, aprender, porque está abierto a lo dicho ante él, *ob illum dictum*.

4.1. Discípulos unos de otros

La conciencia de ser discípulos es exigida por el evangelio; nunca maestros. Algo que tendemos a olvidar comprometidos con tantas acciones magisteriales, en la enseñanza, en la predicación, en la respuesta a los consejos que nos piden como “a quien sabe” o “está más cerca de Dios”.

Olvidar que siempre se está en actitud de aprender, y entender que “de esto ya sé bastante”, es abandonar procesos de aprendizaje, entender que “nadie tiene nada que decirme en esto”, pues bastan sus conocimientos o su experiencia. Eso empobrece nuestra vida. El otro tiene siempre un mensaje, lo es, decía Lacan, y vivir es aprender. Nuestra fe, que se refiere al misterio, exige que estemos atentos a seguir escuchando la Palabra de Dios y lo que nos dicen las circunstancias concretas que vivimos. Y si tenemos que enseñar, que no sea sin estar atentos a lo que los discípulos nos enseñan. Enseñar, como educar son acciones recíprocas. Somos todos discípulos unos de otros. Cada uno muestra aspectos distintos de la vida que no deben pasar inadvertidos. Es la

grandeza de la comunión. También respecto a esto se puede decir: si eres incapaz de escuchar atentamente a tu hermano al que ves, no atenderás tampoco lo que Dios, al que no ves, te dice. Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* advertía que nadie se decida a evangelizar si previamente no se siente evangelizado por aquellos mismos a los que pretende evangelizar.

4.2. El diálogo

Por eso para vernos a nosotros mismos tal como somos hemos de considerar la capacidad que tenemos para el diálogo. El diálogo implica a otro con el que entablo relación. Hemos de preguntarnos si esa relación es sólo para comunicarle lo que quiero decirle o también para ser oído atento a lo que me dice. Si no tenemos los oídos de Dios, no tenemos derecho a pronunciar la palabra de Dios, decía Bonhoeffer.

El diálogo es ante todo acogida atenta, respetuosa, y llena de afecto al otro, a su palabra, y a la vez confianza en el oído de quien me escucha, saber que valora lo que voy a decir. Es relación entre discípulos, que desde esa actitud propia de quien quiere saber acogen lo que escuchan, y tratan de procesarlo en su interior. La evangelización, se dice en las instancias superiores de la Iglesia, es diálogo con el mundo, es decir con los hombres y mujeres de hoy. La Iglesia, que conoce la Palabra de Dios ha de escuchar la palabra de los hombres y mujeres, para tomar conciencia de cuál es la palabra más apropiada que necesitan, y la que ellos le comunican, porque también por ellos habla Dios.

Nuestra autoestima se concilia con nuestra actitud humilde, no sólo ante Dios, el fariseo de la parábola no la tiene, sino también ante los demás, -sobre ellos con desprecio se sitúa el fariseo -. La autoestima no necesita estimarse por encima de los demás, eso sería un modo de ignorarse; sino, por el contrario, verse reflejado en la convivencia con los otros. La autoestima debe percibir como valor la capacidad para aprender de los demás, basada en la capacidad de estima de los otros.

5. ¿Cómo nos vemos? ¿Cuál es nuestra actitud o nuestro sentir ante la vida?

Quiero ofrecer en respuesta a esas preguntas una reflexión sobre lo que de manera sencilla podíamos formular: ¿cómo es nuestra mirada, hacia uno mismo y hacia los demás, también hacia Dios: positiva, sintiendo más lo bueno que ofrece la vida y de lo que somos capaces, o negativa sintiendo el peso de nuestra propia debilidad –miseria, que diría San Teresa- ¿; ¿que percibimos también en los demás?

La vida ofrece oportunidades para considerarla de manera diversa: en la vida humana, en toda vida humana se intercalan luces y sombras, gozos y esperanzas, angustias, como indican las primeras palabras del documento conciliar del Vaticano II *Gaudium et spes*. Sobre esa diversidad la mirada puede quedarse más en lo positivo o bien en lo negativo, tener una postura ante la vida más esperanzada o más tendiendo al temor. ¿Cuál es nuestra mirada?, ¿cómo nos vemos a nosotros?; ¿qué es más fuerte la esperanza o el miedo?

De esas actitudes se derivan otras: ¿nos vemos ante todo como seres necesitados, a quienes les falta mucho de lo que quisieran disponer o gozar, o más bien como agradecidos por la vida y por Dios, también por los demás? ¿Qué vemos en nosotros con más frecuencia: lo que tenemos o lo que nos falta? Conscientes siempre de que somos imperfectos, con carencias. Nos podemos mover, por ejemplo, entre el pelagiano que lo confía en el esfuerzo propio y se encuentra con fuerzas suficientes para alcanzar lo que desea sin los demás, sin Dios, o del que dice que de él nada bueno puede salir, y dice abandonarse en manos de Dios y de los demás. Un síntoma puede ser nuestra oración: ¿es oración siempre de petición, porque somos seres llenos de carencias, o nuestra oración es también y sobre todo de acción de gracias, porque nos sentimos agradecidos? ¿Pedigüeños o agradecidos?

5.1. Esperanzados en la lucha

Es manifiesto que no podemos renunciar a la esperanza. Por ello siempre hemos de contar con que podemos ir a mejor. Renunciar a la esperanza es renunciar a dar a la vida un sentido, una razón para la lucha diaria –“milicia es la vida del hombre sobre la tierra”- dice Job (7,1). Y en esa lucha ni estamos desarmados, ni estamos solos. Contar con nuestras fuerzas es necesario. Esconderse en las debilidades es renunciar a la lucha: cobardía o comodidad. Nuestra fe nos dice que, dado lo que Dios ha hecho por nosotros, merece la pena que cooperemos a la acción de Dios valorando nuestras posibilidades, y teniendo presentes los aspectos positivos de la vida. Hemos de vernos comprometidos en luchar por la causa del Jesús. Y su causa es nuestra salvación, liberarnos de lo que nos rebaja. En ello ciframos nuestra felicidad. Es la causa de Dios que quiere que todos se salven y alcancen la verdad (Cf. 1Ti 2,4). ¿Cómo vamos a tener menos fe en nosotros que la que Dios tiene? Jesús anuncia que no nos va a dejar solos, “huérfanos (Jn 14,18).

5.2. Visión positiva de la vida

El cristiano es un pecador colmado de esperanza, porque cuando reza el Padrenuestro y pide que se haga la voluntad de Dios, sabe que esa voluntad es nuestra salvación. Hemos de estimarnos como consecuencia inmediata de la estima que Dios nos tiene. Desde la conciencia de nuestras fuerzas, a las que se unen la de Dios, hemos de tener una visión positiva de la vida. Visión positiva que desemboca en una muerte, triste en sí, pero que nos abre un nuevo modo de vivir. Y en cualquier caso esa actitud positiva ante la vida permite decir que se ha vivido vivo, y que la muerte, ni el temor a ella rebaja esa actitud, y su presencia ha de ser el morir de quien vivió hasta el último momento la vida que Dios le dio, no anticipó el morir.

5.3. Más bien que mal

Ha abundado una espiritualidad del mal, del pecado con cierta infravaloración de la gracia y de las posibilidades humanas. No habría pecado si nosotros no pudiéramos luchar contra él. El pecado considerado como fatalidad y solo así, conllevaría la no necesidad de arrepentimiento, a que la lucha contra el pecado fuera una lucha absurda de quien ya está condenado a pecar. No nos podemos refugiar en ser unos grandes pecadores para decir, “nada hay que hacer”. Ser lo que somos no es ser grandes, ni siquiera grandes pecadores, sino ser esa mezcla de grandeza y bajeza para el bien y el

mal. “Grande es Dios”, como suele repetirse en ciertos lugares cuando se superan situaciones difíciles.

Nada de esto es ingenuidad interesada. Saber a qué a somos llamados y cuántas posibilidades tenemos para ser mejores, felices y construir un mundo mejor y más habitable es la exigencia esencial de vivir humanamente. Todos y cada uno somos una gracia de Dios para los demás y los otros para nosotros. Es cierto que podemos cambiar la gracia en desgracia, la gracia de ser hermano en homicida como sucedió con Caín. Pero, aunque no sea infrecuente no siempre es así ni tiene por qué serlo.

5.4. Lo positivo en el otro

Esto introduce otra reflexión. En el documento *Novo millenio ineunte* Juan Pablo II decía que propio de la espiritualidad de comunión era fijarse en lo positivo del otro. No es lo más corriente, por las pulsiones internas, en gran parte de autodefensa, de ver en el otro lo que le degrada y así se le sitúa inferior a uno. Existe en nosotros la tendencia a hablar de la “gente” como lo ajeno a nosotros y no sólo ajeno, sino inferior. Es un modo de singularizarse como persona de más relieve, social, intelectual, moral..., vernos distintos y mejores, por el contrario, considerar bien al otro nos rebaja... Lo que responde a una consideración débil de nuestro ser, que impide que aceptemos sin rebajarnos ni entristecernos que los demás sean tan buenos o mejores que nosotros en aspectos diversos de la vida. Es la tristeza de la envidia, en la que interviene la poca estima de sí mismo, de reconocer los bienes propios. Si tuviéramos ojos perspicaces para ver lo positivo del otro y alegrarnos de ello nosotros gozaríamos más de la vida, los sentiríamos a los demás más hermanos, los veríamos como regalo de Dios a uno mismo. Dios nos valora y nos quiere al confiarnos a los demás.

5.5. Mirada serena y clara sobre nosotros y los demás

En fin, hemos de tratar de que nuestros ojos mantengan una mirada serena y clara de nosotros y de los demás. Son los ojos de Dios y su mirada. No es mirada que se quede sólo en lo positivo, pero lo conoce, lo aprecia, lo agradece, se goza de ello. Ve lo negativo, pero entiende que abunda más la gracia que el pecado, el bien que el mal. Que el mal no es capaz de aplastar las esperanzas ni enturbiar la vista. Aunque en la vida haya que atravesar la oscuridad y el dolor, que aparecerá como lo más evidente, siempre se ha de encontrar razones para esperar: en uno mismo, en los demás. Porque Dios así lo quiere y en ello se ha comprometido.

Si nosotros, sin autosuficiencias, nos sabemos estimar, valoramos la vida, descubrimos lo mucho bueno que nos ofrece, encontraremos razones para acudir a los aplastados por el desamor, la soledad sin sentido y sin camino (Cf Sal 106, 40), el dolor, la pérdida de esperanza, los ahogados en las dificultades del vivir. Seremos luz que estimula y no plañideras; seremos razón para la lucha y no profetas de desgracias, daremos razón de nuestra esperanza.

5.6. Dos momentos evangélicos

En el Nuevo Testamento encontramos dos momentos que nos pueden ayudar a revisar nuestra mirada sobre lo que nos rodea y sobre nosotros mismos.

El momento de la última cena es el momento de más hondura de la convivencia de Jesús con los suyos. Los sentimientos están a flor de piel. Y a la vez alcanzan la mayor profundidad. Son sentimientos contradictorios: por una parte, están celebrando una cena pascual, que Jesús ardientemente deseaba compartirla con los apóstoles. Pero los acontecimientos se han apresurado: las autoridades judías están empeñadas en acabar con Jesús. Al menos Jesús lo intuye. La cena es de despedida. Y, por lo mismo, de dolor. Jesús tiene gestos, palabras que marcan lo que quiere dejarles a sus apóstoles: lavarse los pies como servicio humilde, la eucaristía como entrega, el mandamiento del amor como resumen de su palabra, su unión con el Padre, el envío del Espíritu Santo... Él quiere prepararlos para cuando falte: se va, aunque sea por poco tiempo.

Tiene máximo empeño en que no se entristezcan. ¿Cómo no van a entristecerse si se les va el Maestro y amigo, si ven fracasado su proyecto? En el texto del evangelio de san Juan, el más explícito para describirnos esos momentos, en su “discurso de despedida” la palabra “alegría” aparece con frecuencia. Jesús se empeña en que en medio de las circunstancias trágicas mantengan la alegría: “Si me amarais os alegraríais de que yo vaya al Padre (Jn. 14,28). “Os he hablado esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud” (Jn 15,11). “También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría” (Jn 16, 22).

Por más que lo diga el Maestro no es fácil que ante la falta de él, los discípulos mantengan la alegría. Y por lo que los textos evangélicos nos transmiten no lograron mantenerla cuando los hechos se desarrollaron tan trágicamente. Con la venida del Espíritu Santo y con la experiencia de la resurrección el discurso de Jesús fue comprensible. Y como dicen textos que se refieren a los primeros cristianos: Juan y Pedro se alegraron de sufrir por su Maestro. Y en la carta de Pedro se insistirá en mantener a alegría en medio de las persecuciones. Entendieron y sintieron lo que Jesús les había dicho “nadie os quitará vuestra alegría”. No creo que sea fácil pasar por situaciones tan dolorosas como las que pasó Jesús, ni sus discípulos con su decepción radical, sin embargo, insistió en la alegría. El relato de ese momento crucial en la vida de Jesús y sus apóstoles no puede menos de ser una llamada a que nadie ni nada nos quite, aún en medio del dolor, la alegría, y que ésta se imponga a la tristeza, que nos veamos a nosotros mismos como capaces de esa alegría y tratemos de conferirla a los demás.

El otro episodio es muy distinto, sin duda: en él todo es alegría rebosante. Me refiero a la vista de María a su pariente Isabel. Isabel se ve exultante de gozo por la llegada de María y lo proclama con satisfacción; hasta Juan, su hijo salta de gozo en su seno. El exultante gozo de Isabel desencadena la alegría de María que prorrumpe en el canto del Magnificat: “se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador porque ha mirado la humillación de su esclava” ...; me felicitarán todas las generaciones porque el Señor ha hecho grandes cosas en mí...” (Lc 1,46-55). Ha lugar a la alegría del encuentro con quien se quiere, con quien vive de la fe y experimenta el gozo de la maternidad. Siempre podemos estar alegres, exigirnos la alegría, porque en cada uno de nosotros Dios ha hecho “cosas grandes”. Desde el hecho de vivir a sentir su cercanía, la cercanía de los demás o simplemente sentirse en el ámbito de amor de Dios, del que nadie puede separarnos, que diría Pablo (Cf. Ro 8,35-39). “Nadie os quitará vuestra alegría”.

En resumen, por nosotros, por los demás sentimos que, en el difícil, a veces muy difícil discurrir de nuestro vivir, existen constantes razones para mantener la alegría. Eso sí, siempre que pongamos la alegría en lo que realmente nos hace ser lo que somos a los ojos de Dios. No olvidemos que el programa de Jesús es un programa de bienaventuranza, de felicidad. Nos lo ofreció en el sermón más emblemático de su predicación del Reino, el de la Montaña.

VII. VERSE COMO VEMOS AL PRÓJIMO A LOS OJOS DE DIOS

1. Tratar de ver a los demás a nuestros ojos y nosotros a los ojos de los demás puede entrañar engaño

Este capítulo no lo podemos titular verse a sí mismo a los ojos del prójimo. El prójimo sólo puede ver lo que hacemos o decimos o lo que dejamos de hacer y decir, las manifestaciones exteriores de lo que somos. Cabe, por eso, la posibilidad de engañarle o simplemente de dar una visión falsa de lo que somos, o que los ojos del otro no sean limpios y falsifiquen lo que somos. Jesús ya lo denunció cuando habla de no falsear las acciones más significativas del buen judío: la oración, el ayuno y la limosna. Sólo Dios, que “ve en lo escondido” sabe lo que somos. Al que ve lo claro, lo que parece evidente, se le puede engañar, porque es en lo escondido donde está la verdad de lo que somos. Por eso sólo Dios puede juzgar al ser humano. Dios juzga lo que somos. Y sólo Dios. “No juzguéis y no se seréis juzgados” (Lc 6,37), dice Jesús.

Además, lo hemos apuntado, estamos en una sociedad que dedica mucho más esfuerzo a la apariencia que al ser. Nuestra cultura es en gran parte la cultura de la imagen. La apariencia que se muestre es el gran criterio para valorar tanto cosas como personas. Los medios de comunicación en toda su variedad, escritos, de imagen fija o móvil..., se mueven en el aspecto, en lo que es evidente a los ojos. La imagen es lo que aparece en ellos. Y fuera de ellos, al margen de ellos, nada existe. Al menos en las relaciones sociales. En concreto en las relaciones del mercado de bienes, de ideas y, a veces, de personas. El buen paño no se vende en el arca. Quien no aparece en la fotografía no existe. Incluso actividades que intentan cambiar el mundo, y la “conversión” de las personas en el ámbito hondo de lo religioso han de servirse de las apariencias. La pastoral necesita publicidad. Bien la imagen, pero pasar de ella a la verdad a la realidad que no se ve, pero existe, rebasa nuestra capacidad.

No se trata de criticar el esfuerzo por una buena imagen, por darse a conocer, o exaltar lo positivo que atrae en el mercado o en las relaciones sociales, por ejemplo, en la presentación de proyectos para mejorar la condición humana, también al ofrecer el valor de lo religioso. Siempre es necesario utilizar los medios que ofrece nuestra sociedad para proyectos nobles y para resaltar lo mejor de las personas. Es verdad que “la mujer del César no solo debe ser buena, sino parecerlo”. Generar escándalo, aunque sea por la debilidad intelectual de quien se escandaliza hay que tenerlo en cuenta. San Pablo lo indica para que no se coman en público carnes prohibidas a la religión judía, aunque para la fe cristiana eso es irrelevante. La imagen hay que cuidarla, no para engañar, sino para ofrecer más que la imagen, la realidad que la imagen ha de transparentar. Lo no aceptable es absolutizar la imagen de modo que sea lo único que se busca, porque sólo existe lo que se ve. Entonces el dicho al que hemos aludido sobre la mujer del César se cambia en este otro: “la mujer de César debe parecer buena, sea buena o mala”.

2. Lo que ven de nosotros los otros y cómo los vemos puede ayudar a conocernos

Los ojos de otros hombres y mujeres no pueden ser el criterio para saber lo que somos. Existe, sin embargo, una relación entre conocernos y conocer a los demás. El otro nos interpela con su manera de actuar, nos llama la atención, nos dice o advierte sobre el ser y vivir. Es espejo donde mirarnos. Nos reconocemos en el otro al conocerle. Y a la vez veo al otro desde lo que creo ser y cómo soy: proyecto mi ser en el otro. Con la tendencia a proyectar lo negativo que me oculto a mí mismo y sin embargo existe en mí.

Esto entendido, podría ayudarnos a conocernos de modo que con lo que veo del otro puedo estar ya valorando mi propio modo de ser. No siempre es así. Mantenemos nuestros intereses, puntos de vista verdades interesadas y desde esa actitud juzgamos. Un ejemplo: Jesús pasó por la vida haciendo el bien; pero no pocos creyeron que pasó por la vida haciendo el mal. Hasta los milagros, decían éstos, los hacía con el poder de Belcebú. Alguien que no respetaba el sábado, aunque fuera para curar a un enfermo no podía tener a su Dios de su parte. Más bien a Belcebú. Esto determina lo falible que son nuestros juicios respecto a los demás. En los textos sagrados se advierte de la distinción de lo que es bueno ante los hombres y bueno ante Dios. No coinciden necesariamente, por el contrario, en no pocas veces las valoraciones son dispares y enfrentadas. De ahí que la labilidad de nuestro juicio del otro y por lo tanto su falta de fiabilidad. Hemos de recurrir a los ojos de Dios, aunque eso sea introducirnos en el ámbito de lo no claro, terminante y cierto, y sí en la ambigüedad de lo que rebasa las posibilidades de nuestro conocer, el misterio. Porque Dios es siempre misterio, aunque misterio que se ha revelado. Lo que nuestros actos indican de lo que somos no es totalmente fiable. Dejan espacio a puntos de vista que maticen cómo y qué reflejan de nuestro ser.

3. El evangelio nos ilumina

Sí es evidente que Dios ha tenido palabras concretas sobre quién es el prójimo para nosotros. Jesús lo ha tomado como núcleo de su predicación: la que se refiere a Dios, todos somos hijos de Él, para todos sale el sol y llueve; y la que se refiere a la condición humana: somos en la medida que amamos al otro, en la medida que servimos al otro, en la medida que hacemos de nuestra vida un servicio a quien es hermano; el otro pertenece a la vida de cada uno. Desde su diferencia y autonomía propia. No se puede ser persona humana sin serlo con otras personas. San Juan precisa que Dios no puede ser la disculpa para vivir de espaldas al otro: "... quien no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios quien no ve" (1Jn 4,20). El otro es hijo de Dios, lo que por él se haga se hace por el mismo Dios. Dios no atrae de manera exclusiva nuestro amor y nuestro servicio, sino que exige que para llegar a Él ese amor, ese servicio pase por el prójimo.

La manifestación no oral, real es la persona de Jesús de Nazaret, expresión del compromiso de Dios con los seres humanos, compromiso hasta la muerte: por nosotros vivió, murió y para nosotros resucitó. Ese es nuestro Dios el Dios humano que apuesta por todos y cada uno de los seres humanos. El lugar que ocupa el ser humano en el "hombre perfecto y perfecto" es el que debe ocupar en nosotros para avanzar hacia la perfección humana. Si, como decía Rahner, somos Cristos deficientes, la superación de

las deficiencias nunca se logrará plenamente, nuestra vida consiste en hacer de ella don a los demás, como fue la vida de Jesús de Nazaret.

4. También la Filosofía

Metiéndonos en el ámbito de las honduras filosóficas, de lo dicho se desprende que el otro en nuestra vida no sólo sea una preocupación ética, el “¿qué debemos hacer?” que Kant fijaba como preocupación del hombre, es cuestión más básica, ontológica. No somos lo que somos sino en relación con el otro. Lo expresó bien Mounier: lo que distingue ser persona de ser un individuo de la raza humana es la relación al otro: somos personas en la medida que el otro está en nuestra vida. De esa apreciación ontológica deriva la honda preocupación ética, ¿qué hago yo por los demás? Convencidos de que sobre eso vamos a ser juzgados y debemos juzgarnos a nosotros mismos cada día⁶.

5. Nuestra fe da plenitud a la idea del otro: visión religiosa del otro

Esa dimensión ontológica tiene su versión religiosa: el otro tiene una dimensión teologal. No es Dios, pero Dios se ve en él: lo que hagáis por el más pequeño por mi lo hacéis⁷. Lo que tiene su lógica desde el momento que Dios ha asumido nuestra propia naturaleza en Cristo. Con esto manifestamos que el yo humano no es un yo cerrado como puede pensarse que fuera el yo cartesiano, pura idea, sin dimensión afectiva que es la que nos lanza hacia los demás, los hace presentes en nuestra vida. Es un yo abierto a la Naturaleza, hacia los demás y hacia Dios como explicación última. No sólo como explicación, es decir, consideración intelectual, sino como ser que ama, por amor crea y quiere que el ser humano sea semejante a Él en el amor para ser lo que salió de sus manos. Él es amor y en el amor nosotros vivimos, somos lo que somos, si no, estaremos muertos (Cf. I de san Juan).

6. Aunque la historia podría dar una visión distinta

Nada de, lo dicho pretende ocultar que la realidad humana a lo largo de la historia, y la interpretación que de Dios se ha hecho en las diversas religiones y también en el hoy de esa historia haya circulado por caminos muy diversos. También entre los que creen en ese Dios amor. Tanto es así que podríamos decir con cierto fundamento que nuestra historia es la historia de un fracaso del proyecto de Dios. No es así, sin que pasen a los

⁶ Levinas venía expresar algo semejante cuando decía, sin que sean palabras literales: Lo humano se realiza, existe, cuando el otro humano me preocupa, me inquieta porque es algo mío, le quiero, le quiero humano con su dignidad. Fue lo “lo humano” de Dios lo que se encarnó en Jesús. Jesús es la personalización de esa inquietud, de ese afecto. Lo humano en Dios es, claro, divino. A Dios no le podemos marcar exigencias. Pero su amor no tiene límites. Dentro de ellos está el ser humano. En Jesús, nuestro Dios, es humanidad plena, por ser entrega plena.

<http://www.filosofia.net/materiales/num/num22/levinas.htm>

⁷ Desde esta perspectiva no tiene demasiado sentido que, de algún filósofo, como Levinas, se diga que abandona la dimensión ontológica de sus maestros Heidegger y Husserl para fijarse en la ética y situar al otro en el centro de su preocupación filosófica. La formación aristotélica nos lleva más bien a identificar el *ens* y el *bonum*, que implica que avanzar en el ser que somos, es cuestión a la vez ontológica y ética.

textos de historia, sin que aparezcan en los medios que nos informan de la actualidad, no son pocos los seres humanos, hombres y mujeres de distintas culturas y religiones, incluso sin que ese Dios amor pertenezca a sus convicciones, que han hecho de su vida, de su ser, un don de amor a los demás. Con las imperfecciones propias de nuestra condición. Por ejemplo, cuántos hombres y mujeres, más hombres, han entendido que para defender la verdad, la religión u otras realidades nobles como la misma fe, han actuado violentamente contra los demás⁸. He ahí situación manifiesta de que el juicio sobre el ser le pertenece en exclusiva a Dios. Si bien nosotros hemos de juzgar los actos y los dichos, que pretenden justificar esos hechos.

Esto trasladado al análisis de las pulsiones que mueven a cada ser humano, no puede obviar que el egoísmo, ser el único protagonista de su historia, el contar con el otro sólo porque nos sirve a nuestros intereses, es la pulsión más fuerte, al menos en la superficie, de nuestro vivir. De ahí que sea necesario insistir en que el proyecto de nuestra vida consiste en hacer de ella un servicio al otro. Existen situaciones concretas en las que esa actitud brota de manera instintiva, como las relaciones de padres hacia sus hijos, la de los amigos que realmente lo son y la de aquellos que de manera entregada buscan la ayuda al otro, porque lo tienen incorporado a su vida, y hacen de ella un servicio.

7. El otro soy yo

En la base está entender que el otro no es el ajeno, sino el próximo, se es lo que se es como ser humano cuando nos vemos en el otro que entra en mi vida, la constituye. Es lo que no entendieron el sacerdote y levita que dan un rodeo para no verse con el hombre malherido: no era un prójimo, era alguien al margen de su vida, que no tenía por qué interrumpir su camino, sus proyectos. No así el samaritano que convierte su proyecto en atenderle porque es algo suyo. “¿Quién de los tres ha sido prójimo? ... El que practicó la misericordia” (Lc 10, 36-37). La condición social de nuestro ser no implica solo coexistir junto a otros, sino convivir, comunicar y recibir vida del otro.

Esto vale para cada ser humano y para las sociedades humanas. El nivel más elevado en estructura social y económica de la comunidad mundial que constituyen los países ricos no pueden ser comunidades humanas si no es en la medida en que entiendan que el mundo de la miseria, y, por tanto, el mundo de lo inhumano no es ajeno a él, aunque exista fuera de su territorio. El pueblo rico que no mantiene políticas de acercamiento a los pueblos o con políticas de cooperación, de ayuda – y no digamos si se aprovecha de ellos- les cierra las fronteras, no puede decirse que sea un pueblo humano.

Todo lo humano tiene dimensión social. Como lo tiene esa cualidad que nos hace ser lo que somos que es la libertad. Somos libres en la medida que nuestra libertad es social, es libertad también de los demás. No somos libres cuando nuestra libertad anula la libertad de los demás o la restringe. O todos tienen la oportunidad de ser libre o nadie lo es. Del mismo modo desde el ejercicio de la libertad y el poder que nos dio Dios de servirnos de la Naturaleza actuamos humanamente cuando entendemos que en la raíz esos bienes lo son de todos. A todos se los ofreció Dios. Porque lo existente, aunque se comparta a través de propiedad privada, nunca pierde el destino fundamental de estar al

⁸ “Os excomulgarán de la sinagoga, más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios” (Jn 16,2)

servicio de todos: es derecho anterior al de propiedad privada. Más aún tenemos derechos cuando los derechos son de todos. Como los deberes son también de todos. Nuestros derechos a lo indispensable para vivir humanamente –tener comida, educación, hogar, atención médica- son reales cuando nos esforzamos en que no sean sólo nuestros, sean de todos y nos comprometamos en que así sea.

8. *Misericordia*

Aunque la referencia a situaciones sociales de diverso tipo pertenece a un análisis de cómo vemos al prójimo a los ojos de Dios, la intención de estas reflexiones se centra sobre todo en la actitud interior de cada uno. Por supuesto en la confianza de que nuestro interior, formado y consolidado tenga manifestación en la vida social. De ahí que volvamos a la pregunta que le formula a Jesús el maestro de la ley (Lc 10, 25 y ss) ¿quién es el prójimo? Y en la respuesta que da el maestro de la ley después de que Jesús narrara la parábola y preguntara “¿quién actuó como prójimo? responde: “el que actuó con misericordia”.

Si se nos dice que el atributo más reiterado en el Antiguo Testamento asignado a Dios es el de la misericordia, quienes somos hechos a imagen y semejanza suya no podemos prescindir del ejercicio de la misericordia. San Mateo pone en palabras de Jesús “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (5,48), que Lucas, (6,36) interpreta “sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”, lo que muestra la íntima relación entre la misericordia y la perfección humana: se implican mutuamente.

8.1. *¿Qué es la misericordia?*

Al hablar de misericordia nos introducimos en el núcleo de lo que es el ser humano su corazón. Misericordia es *miseri cor dare*, entregar el corazón al necesitado. Sea cual sea su necesidad: de salud, de amor, económica, de compañía... Al dar el corazón se indica que la misericordia no es simple limosna. La misericordia une corazones, une sentimientos, personas, quien obra por misericordia obra desde el corazón, desde lo íntimo de su ser. No es pura condescendencia del superior al inferior, del que tiene más al que tiene menos, se realiza entre iguales que están en situaciones distintas. Por eso podemos llamarla “compasión” en el sentido etimológico del término: compartir sentimientos, porque al actuar con misericordia nos ponemos en el puesto del otro: su necesidad es la nuestra, como se siente él nos sentimos nosotros.

8.2. *Atributo de Dios y del ser humano*

La misericordia en la Sagrada Escritura se aplica fundamentalmente a Dios: Él es la “misericordia entrañable”, que dice Zacarías en su cántico (Lc 1,78). Compromete sus entrañas, lo íntimo de su ser con quien tiene misericordia, su pueblo. Esa misericordia de un Dios, que, si no padece, sí compadece, le lleva a compartir la miserable vida del pueblo. Y como uno de tantos, con corazón de hombre, siente lástima, misericordia, y cura, da de comer, resucita a muertos, vista a ciegos... Con la súplica Señor ten misericordia acuden a él ciegos, la cananea...

Ese mismo Dios quiere que el ser humano sea misericordioso: “misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 9,13). De modo que: “sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia. La misericordia es superior al juicio” (1P, 1,3). La parábola del Hijo pródigo es la expresión de la misericordia del Padre, de la falta de misericordia en el hijo mayor, cumplidor, sin embargo, de lo que el padre le encomienda. Como hemos indicado, para Lucas la perfección se cifra en la misericordia. Si para Juan Dios es amor, para Lucas Dios es misericordia.

8.3. Sentirse necesitado de misericordia

Es difícil tener misericordia si uno no siente la misericordia que Dios tiene –y en su caso el ser humano- hacia él. Desde la superioridad del que se cree autosuficiente: hijo mayor, fariseo de la parábola de la oración del fariseo y publicano, fariseo que invita a comer a Jesús, - no puede surgir la misericordia. El que se cree superior y autosuficiente no podrá ponerse en la situación del necesitado, llegará a dar limosna, pero sin entregar el corazón, sin amor, desde la distancia afectiva y real.

8.4. ¿Cómo nos vemos ante el necesitado de misericordia?

¿Cómo nos vemos nosotros a los ojos del que necesita nuestra ayuda? ¿Nos dicen algo los ojos de los desamparados que se elevan a nosotros suplicantes o que ni siquiera se atreven a elevar la mirada? ¿Cómo nos verán? ¿Y no son esos ojos del necesitado los ojos de Dios?: Lo que hicierais a uno de estos, los más pequeños a mi me lo hicisteis: “porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...” Mt 25,34 y ss.) En efecto se nos juzgará por la misericordia, porque se nos juzgará por lo que seamos. La misericordia nos hace ser lo que somos a los ojos de Dios, la dureza de corazón, la incapacidad para entregar el corazón a otros es actitud inhumana. Estamos hechos para la misericordia, no para la distancia afectiva, la dureza de corazón.

8.5. La misericordia, camino para la felicidad

Por eso en la misericordia alcanzaremos felicidad: “dichosos los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia”. La parábola del hijo pródigo es expresión de cómo la felicidad del padre, que ha encontrado al hijo perdido contrasta con la sequedad afectiva del hijo mayor, que ni siquiera quiere llamar hermano a quien se incorpora a la casa, “ese hijo tuyo”, ni quiere participar en la fiesta. No ve razón para alegrarse, para ser feliz. Merece un análisis detenido si en nuestros proyectos de ser felices, incluso de pasarlo bien, está presente el saber compartir afectos, sobre todo afectos, con los necesitados de afecto y de aquello necesario para que su vida pueda llamarse humana. La tentación a una felicidad insolidaria está presente de manera constante. Más no se ve que sea humana una felicidad en medio de la infelicidad de los demás. También la felicidad por ser humana ha de ser social. Hay más felicidad en acercarse al que sufre – reconociendo la propia debilidad – que en la satisfacción de sentirse superior. La felicidad de uno no puede convivir con la desdicha ajena. Hemos de ser felices todos. Nuestra felicidad ante Dios consiste, no en haber sido fiel a la ley, como presume el fariseo de la parábola, sino en sabernos acogidos misericordiosamente por él, y acoger a los demás necesitados.

9. Comunión

9.1. Comunión universal y también del espacio reducido en el que nos movemos

La misericordia, como el amor es universal: nadie ha de estar fuera del alcance de esos sentimientos y las actitudes y hechos que a ellos sigan. Todos somos, pues, dignos de amor y misericordia y todos debemos de ofrecer amor y misericordia a todos. Ahora bien, nuestro vivir social está sectorizado. Quiero decir, vivimos en espacios reducidos. De ahí que sobre todo en espacios reducidos hemos de vivir nuestra humanidad: hemos de luchar para que esos espacios sean realmente humanos. La globalización es una realidad cada vez más presente en las relaciones de diverso tipo: sociales, económicas, culturales. Pero la globalización, que hemos de tener en cuenta por el hecho que nos permite estar en comunicación o al menos saber de mundos y personas distintas y distantes, no supone diluir el hecho del grupo social que conformamos. En él las relaciones son más estrechas, continuas y determinantes de nuestro vivir.

El grupo no es excluyente. Por el contrario, vivir en grupo el amor, la misericordia, la capacidad de mutua comprensión y ayuda nos lanza salimos del grupo y pensar y sentir más allá de él. Aunque habrá que reconocer que existe la tentación del egoísmo colectivo, la mentalidad de secta, de exclusión de los que no sean “los nuestros”: mi familia, mi barrio o ciudad, mi partido o cofradía, mi comunidad parroquial o mi comunidad religiosa local...etc. Ese peligro es claro y cada día se vive y se sufre. Se sufre porque implica exclusión del “otro”, que no pertenece a mi grupo, o comunidad o partido o... La exclusión es un atentado a la inteligencia y al amor. Es inhumana. Es dar más relieve a lo que nos distingue, ¡nuestra ansia de singularidad! que a lo que nos une, lo que nos identifica: nuestra condición humana.

9.2. Comunión de los cercanos. Enemigos de ella

Dicho esto, que creo que es muy pertinente, porque padecemos la obsesión de lo singular, de lo singular individual y de lo singular colectivo, como contrapunto es necesario insistir en la comunión dentro del grupo que constituye la convivencia de nuestro existir cotidiano. La comunión tiene como adversario frontal, lo acabamos de decir, el ansia de singularidad, y unido a ella el querer ser superior: buscar los primeros puestos, tentación apostólica.

Aunque no sólo esos son sus enemigos, también reducir la comunión a coexistir juntos los que tienen en común la vida, y no lo que la vida implica de sentimientos, de acogida cordial de sensibilidad hacia el débil, de alegría honda con el gozo del otro... Como también enemigo de la comunión es centrarse en cumplir las normas del grupo, sin poner el corazón en ello, fiando la perfección del propio ser en ser buen cumplidor de lo establecido, haciendo a la ley más importante que las personas, reduciendo el deber a un compromiso, sin sentimientos, a ajustarse a las normas del juego social. Lo que a veces lleva a lo que es más grave: entender el grupo, la familia, la comunidad como algo de lo que servirse sin preguntarse cómo se puede servir a ellos: consumir comunidad, no conformarla, robustecerla.

9.3. Siempre es necesaria la comunión

Con todas sus tentaciones la comunión es el término amplio que puede expresar las relaciones más constitutivas del ser humano. Somos en gran parte lo que comunicamos. Aunque siempre estará presente la libertad del que recibe para acogerlo de una manera u otra. Comunicarse es una derivación de la comunión de vida. A la vez genera comunión. El término, que parece tener raíces religiosas, especialmente cristianas se usa ya en el ámbito civil para hablar de comunidad de vecinos, por ejemplo, o comunidades políticas como las llamadas comunidades autónomas. Quizás al extenderlo tanto pierde, de acuerdo con la ley de la lógica, comprensión, densidad y se diluye un tanto. Es término propio de aquellos que tienen mucho en común en su vida, como familia, comunidad religiosa, grupos unidos por la amistad o por objetivos concretos que conllevan la comunicación frecuente de aspectos que pertenecen a lo hondo del ser humano, como sus sentimientos, o los intereses referidos al modo de ser y vivir, como ejemplo, a vivir la fe o los procesos educativos...

9.4. La comunión se relaciona proporcionalmente con nuestra calidad de ser y con nuestra felicidad

El estilo de comunión en esos ámbitos determina los índices de satisfacción vital, incluso de felicidad. Tener éxitos en otros aspectos de la vida y sin embargo mantener deficiencias en el ámbito de la comunión determinan un fracaso de la vida. No tiene sentido distinguir el éxito en el ejercicio de diversas profesiones y el fracaso en el ámbito de la comunión como si se movieran en el mismo plano. La vida de comunión es mucho más determinante que lo que puede ser la profesional. Si se fracasa en la comunión se fracasa en la vida. Valga como leve explicación señalar que fracasar en un amor serio que constituye la comunión, por ejemplo, en la familia, supone un fracaso vital, porque amar, como decía san Juan es vivir, quien no ama está muerto.

No sabremos nada de nosotros si no nos formamos un juicio de cómo es nuestra vida de comunión, nuestro estilo de convivencia en los diversos ámbitos en los que discurre nuestro cotidiano vivir. Un juicio que ha de partir de la primacía de la comunión de sentimientos, por encima de los ámbitos en los que se pone en común otras dimensiones nuestras como nuestras habilidades o conocimientos profesionales, aficiones... Cuál es el nivel de nuestra comunión es, pues, vital para conocernos, para vernos a los ojos de Dios. Un Dios que es comunión y que a su semejanza quiere que nosotros la seamos. Nos jugamos en ello el sentido de nuestro vivir y el testimonio de vida que podemos dar a los demás: "mirad como se quieren" decían con asombro los paganos respecto a las primeras comunidades cristianas.

9.5. Para llevarla a la práctica, un texto de Juan Pablo II

Son muy iluminadoras las palabras que el Papa Juan Pablo II expone en un documento que tiene como razón el comienzo del segundo milenio de nuestra era y en las que se refiere a la iglesia. El texto es largo, pero entiendo que puede ser texto base para comprender y practicar la comunión no sólo en el ámbito eclesial, sino en cualquier ámbito de la vida humana. Incluido, por supuesto, incluso la familia.

“Hacer de la Iglesia la casa y escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo”.

La frase es determinante, pero el Papa no quiere que quede en una afirmación teórica y se pregunta “¿qué significa esto?” Y responde:

- “Antes de programar iniciativas concretas hace falta promover una espiritualidad de comunión, como principio educativo... del hombre el cristiano, los ministros del altar, las personas consagradas, los agentes pastorales, en las comunidades y en las familias.
- Mirar desde el corazón a la Trinidad que nos habita y que ha de ser reconocida en quien está a nuestro lado
- Sentir al hermano de fe en la unidad del Cuerpo místico, y, por tanto <uno que me pertenece> para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades
- Para ofrecerle una verdadera y profunda amistad
- Tener capacidad de ver ante todo lo positivo del otro, acogerlo y valorarlo, como don de Dios a mí
- Dar espacio al hermano llevando mutuamente las cargas del otro
- Rechazar tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianzas y envidias”

Y finaliza el número: “No nos hagamos ilusiones: sin ese camino espiritual de poco servirán los instrumentos externos de comunión. Se convertirán en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus medios de expresión y crecimiento” (NMI 43).

Decir: “Hacer de la Iglesia la casa y escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo”, es la proclamación de lo relevante que es la comunión no sólo en la vida de la Iglesia, sino en las personas todas, pues la Iglesia es y vive para testimoniar la verdad de la condición humana desde la perspectiva del Evangelio. Los afanes de cada día, el deseo del éxito social o económico o una vida aburguesada, que huye del compromiso conllevan a despreocuparse de construir comunión y de vivirla. Ello es un atentado contra la condición humana.

Si repasamos los aspectos concretos que construyen y configuran la comunión para que ésta no quede en sólo proclamación verbal, es fácil vernos retratados. Y por lo mismo nos ayuda a precisar cómo es nuestra vida en comunión:

1º “Una verdadera y profunda amistad”

Es una referencia sorprendente en un documento pontificio, recurrir a la amistad entre los fieles de la Iglesia. Soy consciente de que amistad es mucha palabra (y lo es sin añadir adjetivos, que, a la amistad, como a la libertad o el amor, se suelen añadir, en este caso “profunda y verdadera”). Normalmente se habla de cooperación, de ayuda mutua, de integración en proyectos comunes, pero no se suele acudir a la amistad, cuando se trata de vida en comunidad. Que la comunión eclesial –y humana en general- implique amistad, que siempre se reserva a un número pequeño de personas, podía incluso,

parecer que se reduce el alcance de esa comunión. La que se llama a veces comunión de amigos no siempre es comunión abierta, sino comunión de la secta. En realidad, la amistad, reducida sí a personas concretas, pocas, permite, sin embargo, estar abierto a sentir con los demás, a entender y apreciar al otro. La amistad es el amor menos exclusivo, aunque los amigos se elijan, porque tener amigos es tener intensidad afectiva, de esa intensidad emana que sea extensiva también a los que no son amigos. Y buscar la intensidad de la relación, de la comunión, que se manifestará de distinta manera con unos y otros, es lo que interesa.

Quien sabe de amistad no le será difícil lo que añade el texto del Papa:

- a) “Rechazar tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianzas y envidias”. Si algo atenta contra la comunidad, lo hemos indicado, es el centripetismo, la dificultad para salirse de sí, de pensar más allá de los propios intereses, y sí ver en los otros los rivales que tengo que superar, en una actitud, si no belicista, al menos de competición, que hace tomar cautelas respecto del otro, pues se piensa que tiene el mismo deseo de afirmarse a sí mismo frente a los demás que uno tiene.
- b) “Tener capacidad de ver ante todo lo positivo del otro, acogerlo y valorarlo, como don de Dios a mí”.

2º La comunión se construye en lo positivo

Nadie desea unirse a lo negativo. La comunión matrimonial se basa en los aspectos positivos que determinan una atracción mutua. Se es religioso y se vive en comunidad porque gusta ese estilo de vida. Gusta convivir con otros. Y gusta porque percibe aspectos positivos en el otro que llaman a convivir con él. No se trata de cerrar los ojos. Los novios que se deciden a contraer matrimonio deben ser conscientes de las limitaciones de ambos, y saber que les esperan dificultades que tendrán que superar para convivir. Lo mismo hemos de pensar respecto a los que formamos la comunidad eclesial, parroquial, religiosa, humana en general. Aceptar todo como bueno indiscriminadamente no une, acaba decepcionando. Tener ojos para lo bueno y decidir que, sin negar lo que haya de negativo, se eleve la mirada sobre lo no tan bueno o simplemente malo, y se fije en lo positivo, pertenece a vivir inteligentemente la comunión, hacerla posible. Como sucede en la comunión matrimonial, eso se consigue con inteligencia, pero sobre todo con afecto. Como dice el texto del Papa, queriendo al otro como un don de Dios, ...no alguien al que tengo que superar o vencer o servirme de él.

9.6. Institución y carisma

Dicho esto, es necesario añadir lo que apunta el Papa: “No nos hagamos ilusiones: sin ese camino espiritual de poco servirán los instrumentos externos de comunión. Se convertirán en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus medios de expresión y crecimiento”. Toda comunión, por muy carismática que sea necesita institucionalizarla, regularla, es decir: organizarla según unas normas. Prescindir de esa dimensión institucional sería diluir la comunión como un bello sueño. Lo que el Papa apunta es que por muy regulado que esté todo, si faltan esos aspectos que constituyen la comunidad, será estructura más o menos armónica, pero falta de vida, de humanidad.

Dios no está presente en la norma sino en el corazón. Si queremos vernos ante los ojos de Dios como parte de una comunidad, que comparte lo hondo de la vida, hemos de examinar si ponemos el corazón en esa vida en común. Bien está recordar el comienzo de una de las reglas que san Agustín escribió para monasterios por él fundados: “Lo primero por lo que habéis sido congregados en comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis una sola alma y un solo corazón en Dios”.

9.7. Comunión en la familia

Apliquemos lo dicho a la vida familiar. Ese amor sólido que constituye el matrimonio, que implica una sola carne, según los textos bíblicos, ha de ir perfeccionándose en la medida que camina hacia un amor de amistad: el más libre y generoso, que implica dar la vida por los amigos. Así lo entiende Santo Tomás de Aquino. No es así como hoy se considera la amistad, pues se le ha trivializado, de modo que se mueve con frecuencia en la superficie, en pasarlo bien con los amigos, pero sin ahondar en afectos serios. Por eso el Papa añade el adjetivo “profunda”, que es lo propio de la amistad, la hondura de los afectos. La amistad implica confianza y confidencia. Jesús llama amigos a los discípulos porque les confía lo que ha recibido del Padre. Confianza que permite confiar los afectos, los intereses, los proyectos que definen la vida de cada uno y los medios para llevarlos a cabo. Si en el matrimonio existe esa confianza, esa comunicación íntima, esa fácil y espontánea confidencia, el matrimonio está sólidamente construido. Y en esa sólida construcción surgirá y se desarrollará el afecto maternal, paternal, filial, fraternal, siempre desde la confianza y la confidencia mutua que, como decimos definen la amistad. Así los hermanos, que no son elegidos, como tampoco los padres, se verán envueltos en un clima de espontáneo y libre afecto. Cuando vemos las crisis matrimoniales y la crisis de la fraternidad y el distanciamiento afectivo de hijos a padres, bien está que apuntemos que todo surge por no cultivar la confianza, dejar que se ausenten las confidencias sobre lo más significativo de las relaciones humanas; y dar lugar a no ser transparentes, reservarse para sí espacios vitales que interesan al otro, e incluso permitir que surja la rivalidad para ver quién es quién, y quién ocupa el primer puesto. Cuando no se vive la comunión familiar sabemos que es difícil constituir cualquier otro ámbito de comunidad. La sociedad se resiente, la falta de comunión en familia impide que se entienda de comunión. La vida social será de lucha por la existencia, de modo que lo que interesa es imponerse sobre el otro.

9.8. Comunión en la vida religiosa

Si atendemos a ese otro estilo de comunión que es la comunión construida sin lazos de sangre, que es la comunión de la vida religiosa, es más perentorio, a falta de esos lazos de sangre, que se refuercen los afectos mutuos, que se busque la transparencia en la vida común y se habilite que haya confianza entre los que la componen y la confidencia encuentre campo abonado. Porque no existe el amor conyugal, ni el paterno ni materno es más necesario estimular el amor de amistad. La falta de amor esponsal y paterno maternal hace peligrar el desarrollo de la capacidad de amar, o la hondura de ese amor. La amistad ha de suplirlo. Sé que se puede hablar de maternidad y paternidad espiritual y también –en las mujeres– la relación esponsal con Dios, Jesús. Difícil será entender esos amores espirituales si no hay experiencia del amor –tan espiritual y humano– de la amistad entre los que conviven en comunidad. La sublimación del afecto puede ser un mecanismo de defensa de quien padece de él, como realidad activa o bien pasiva: ni

ama ni es amado. O el nivel no sobrepasa la superficie de llevarse bien, que permite que el tráfico comunitario se realice sin choques.

9.9. Examinémonos, pues, a la luz de la comunión

Examinarse en el nivel de comunión es examinarse en una dimensión esencial de la condición humana y cristiana. Es examinarse en cómo nos vemos ante esa realidad causa de nuestra felicidad, y, cuando falla, de infelicidad. Es examinarse sobre nuestra fidelidad a la fe y a nuestra condición humana. La fidelidad en los afectos se refiere a una dimensión más honda y definitoria de nuestro ser que la fidelidad a las convicciones. Por más que ésta sea importante, sobre todo cuando se trata de fidelidad a los principios que han de regir nuestro vivir, nuestro esperar. Ahora bien, un principio que no se puede olvidar es la dimensión social de nuestra existencia, que ha objetivarse en cercanía afectiva, que es lo que conforma la comunidad. Soy lo que soy con el otro a quien amo, del que espero la reciprocidad del amor: preocuparse por el otro es preocuparse por uno mismo: amarse a sí mismo sin amar al otro es contradicción, no amar al otro es odiarse a sí mismo, buscar lo peor para uno mismo.

9.10. La comunión se forja y se realiza en la interioridad humana

Tras lo dicho conviene que anotemos algo que estimo de relieve. La comunión, la confianza propia de la amistad, exigen reforzar la densidad interior de cada uno, pues como decimos, la comunión está en lo hondo del ser, más allá de las circunstancias que nos singularizan. Esa densidad interior exige tiempos de soledad y silencio, de ponerse ante Dios, de lo contrario nos pondremos en situación de trivializar la vida y solo comunicarnos en lo superficial. Cultivar la vida interior es necesario para comunicar lo realmente esencial de nuestro vivir. Esto a su vez, exige que la comunión no sea apoderarse del otro o dejarse apoderar por él. El otro es siempre tú, no es puro reflejo de mí yo, es distinto a mí, esa es la riqueza de la comunión. La comunión no es la homogeneización, no es la fusión, sino unión de la diversidad a base de entender la coincidencia en lo esencial. Por eso decía bellamente Antonio Machado: “Enseña Cristo: a tu prójimo amarás como a ti mismo, más nunca olvides que es otro. Dijo otra verdad: el tú que nunca es tuyo ni puede serlo jamás”.

9.11. La comunión es un proceso

Una última palabra que habría que aplicarla a nuestros esfuerzos por vernos a los ojos de Dios en general, pero que en lo que se refiere a la comunión, al amor al otro, tiene una mayor evidencia. La comunión nunca se realiza plenamente, es un proceso. Más aún la comunión se realiza como plan de reconciliación. Toda comunidad ha de ser comunidad reconciliada. Comunidad que pretende día a día superar lo que la puede debilitar o quebrar. Es comunión de pecadores, de personas débiles y frágiles. Pero la comunión no será frágil si se cuenta con el esfuerzo de avanzar en ella. A cada uno le corresponde vivir reconciliado o reconciliándose con el otro. Solo así vivirá reconciliado consigo mismo. Y con Dios. La comunión es tarea de toda la vida, que exige concentración para superar las tensiones inevitables entre personas distintas. No vale dejarse llevar o creer que ya está todo conseguido. Mucho menos abandonarse porque no hay nada que hacer a causa de los otros o porque uno mismo se ve sin recursos para construir comunión. La comunión tiene mucho de gracia. En el sentido de

que es algo gratuito, no está en función de nada, si no es de ser y vivir como tenemos que ser y vivir. Y también en el sentido de que exige la ayuda, la gracia de Dios: la comunión nunca ha de estar ausente de nuestra oración, para dar gracias a Dios por ella y para que nos ayude a mantenerla y mejorar: nos jugamos la vida en ello.

VIII. VERNOS A NOSOTROS MISMOS ANTE NUESTRO PECADO... A LOS OJOS DE DIOS

1. El pecado

Todo cristiano es un pecador. Pero por generalizado que esté el pecado no podemos tener una consideración liviana, superficial sobre él. Es pura desgracia. Es decir: lo contrario a lo que nos agracia, a lo que nos hace vivir en la bondad, y en la verdad de lo que somos. El pecado suele entenderse en el ámbito de lo religioso. Pero no es ajeno a la condición humana, es un fallo en el ineludible compromiso de ser lo que somos. Desde la perspectiva cristiana cuya propuesta de ser humano es desarrollar lo noble de la condición humana, el pecado es atentado contra esa condición humana. Como esa condición responde a lo que Dios quiso y quiere que seamos, el pecado hace referencia a Dios. Se entiende como ofensa a Dios: tiene una inequívoca dimensión religiosa, pero implica también a la naturaleza humana.

1.1. Dimensión humana

En su dimensión humana el pecado es un atentado contra la bondad moral. Ser moralmente bueno es lo que todo hombre y mujer debe pretender ser. Podemos expresarlo con la frase sencilla y reiterada, ser buena persona. El compromiso moral es el más enraizado en la condición humana y del que somos más responsables. Podemos ser deficientes en otras dimensiones, como la intelectual, o la artística o en la capacidad para relaciones sociales, o en el ejercicio de diversas habilidades..., ello no atentará contra nuestra dignidad humana. Fallar en la dimensión moral rebaja esa dignidad.

Del mismo modo, con el tiempo nuestras fuerzas van debilitándose, las intelectuales, las que nos posibilitan para intervenir en los procesos productivos, incluso las que nos permiten valernos por nosotros mismos; en el orden de la moral no puede haber retroceso, como no lo hay en nuestra condición humana: siempre hemos de ser buenas personas; cada día mejores, que la muerte nos encuentre en el vértice de nuestro esfuerzo por ser personas humanas.

1.2. Dimensión religiosa del pecado

Dicho esto, vamos a centrarnos en la dimensión religiosa del pecado. Insisto, sin olvidar que tiene una dimensión que rebasa lo religioso y vale también para quien carece de esos sentimientos. Desde la perspectiva religiosa, lo hemos recordado, el pecado se considera una ofensa a Dios. Por eso vernos pecadores es vernos directamente ante Dios, vernos a los ojos de Dios.

Cuando hablamos de pecado no hablamos de un simple borrón en nuestra vida, es decir quedarnos en un atentado a lo estético. Tampoco es un simple error; un fallo en los mecanismos de la convivencia. Tampoco una simple infracción de una norma administrativa, o de una legislación a la que nos hayamos acogido. Más aún, en cristiano no es un simple faltar a un deber, como diría Kant, siendo esto tan

significativo. El pecado en cristiano puede ser algo de lo anterior, pero sobre todo es un atentado contra una persona. Esa persona es Dios. Un Dios al que le debemos obediencia, sin duda, cuyo nombre hemos de respetar, voluntad cumplir, por su proyecto sobre el ser humano luchar, pero al que sobre todo debemos corresponder con el amor que Él nos brinda. Somos, lo hemos indicado, producto de su amor. Al amor sólo se le responde amando. El pecado en cristiano es una mala respuesta al amor de Dios a nosotros.

1.3. La ofensa a Dios, precisiones

Lo dicho es algo conocido y de muchas maneras expresado, pero hemos de precisarlo. Ofender a Dios si se entiende como una ofensa que a Él llega, como sucede con la ofensa que hacemos a nuestro prójimo, no pasa de ser un modo de hablar. Nuestra ofensa no llega a Dios, es como escupir al cielo. Quiero decir, que a Él no le hace mella nuestro pecado. La ofensa cae sobre nosotros, es en nosotros donde produce mella.

Sucede, sin embargo, que en nuestra fe cristiana Dios mismo asumió la condición humana sometiéndose a convivir con otros seres humanos: recordemos lo que dice Pablo a los filipenses, “haciéndose uno de tantos”, “como un hombre cualquiera”. Y ¡vaya si el pecado hizo mella en la naturaleza humana por Él asumida..., acabó con ella! Jesús de Nazaret, la encarnación del Verbo, nuestro Dios fue ultrajado, despreciado, traicionado, vendido, torturado, ejecutado. En él se atentó contra Dios al atentar contra su condición humana.

Pero eso fue historia, aunque haya marcado la nuestra y nos ilumina para entenderla. Jesús de Nazaret ya no puede ser ofendido, quiero decir, ninguna ofensa puede perturbar el triunfo definitivo de su naturaleza humana. El pecado sigue volviendo contra nosotros. Pero lo que aconteció en su período histórico nos permite examinarnos: Si en nuestra propia historia se dieran las condiciones que entonces se dieron, ¿cómo reaccionaríamos? ¿Habría lugar para la traición por las monedas que fueran, para la envidia de las autoridades religiosas, para el desprecio y la frivolidad de Herodes, para el abandono de los discípulos, para lavarse las manos como Pilatos...?, si pensamos en los responsables más directos de su pasión y muerte. Cómo acogeríamos su palabra es fácil de deducir pensado cómo las acogemos ahora: ¿cuál es nuestra actitud ante las bienaventuranzas, el perdón, el amor generalizado, incluso a los enemigos, el entender la vida como servicio, lavar los pies a los demás, confiar en el Padre, tener como alimento hacer su voluntad...?

Y más aún, él dijo que estaba en el pobre, hambriento, sediento, enfermo, en el niño, en el apaleado, en el prójimo, en general, luego actuar no evangélicamente contra cualquiera de ellos es ofender a Jesús mismo. En la persona no bien tratada ofendemos a Cristo. Y en general, el pecado es atentar contra nosotros mismos, reducir nuestra condición moral, y atentar contra quien apostó por nosotros, el mismo Dios, al hacerse uno de tantos. Dios, pues, está siempre en nuestro vivir y hacer, por ello en nuestro pecado.

2. Pecador y “justo”

Quisiera describir quién es el pecador a la luz del evangelio. Para ello quiero acudir a tres textos del evangelio de Lucas: la parábola del hijo pródigo, (Lc 15, 11-32), la parábola de la oración del fariseo y del publicano (Lc 18, 9-14) y el episodio de la invitación que el fariseo Simón hace a Jesús a comer en su casa (Lc, 7,36-50).

Si leemos detenidamente estos textos descubriremos que los personajes que aparecen son: el oficialmente justo, el oficialmente pecador y Dios Padre o Jesús. Un examen de lo que los textos nos dicen de ellos ilumina lo que es el pecador a los ojos de Dios.

1º Los justos oficiales son el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, el fariseo que ora erguido y Simón que invita a Jesús a comer. En ellos podemos descubrir características semejantes:

- Son institucionalmente los buenos: el hijo mayor de la parábola del Hijo pródigo hace ver al padre que ha sido un fiel cumplidor de lo que se le ha mandado. El fariseo en su oración da gracias a Dios por ajustar su vida a la ley, ayuna y paga el diezmo; no es como los demás hombres: ladrones, injustos adúlteros; ni “como ese publicano”. Simón es un fariseo que marcará distancias respecto a la mujer que tiene deferencias con Jesús. Se creen buenos, perfectos, no hay indicio alguno de que crean necesitar de perdón.
- Son cumplidores, pero sin afectos, no aman. El Hijo mayor se manifiesta distante de su hermano: no lo llama hermano, dice a su padre, “ese hijo tuyo”. No lo quiere en casa. La parábola de la oración del fariseo y el publicano la dedica Jesús “a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás”: para nada aparece el amor en el “bueno” del fariseo. Simón invita a comer a Jesús, pero no tiene ninguna deferencia con él, se manifiesta frío y distante: Jesús se lo reprochará: “no me has dado agua para los pies..., no me diste el beso de paz..., no me ungiste la cabeza con unguento...”
- Les falta alegría. Algo lógico, porque la alegría humana se funda en el amor: El hijo mayor no quiere entrar a la fiesta: no tiene nada que celebrar. Tampoco Simón el fariseo, su comida es fría, no es banquete. En la parábola de la oración el fariseo no pasa de ser un cumplidor de la ley que vive a disgusto en medio de tanta “mala gente”.
- No conocen a Dios, al Dios representado por el padre en la parábola del Hijo pródigo, ni a Jesús invitado a comer por el fariseo Simón. El hijo mayor se sorprende con disgusto de la manera de actuar el padre con el hijo pródigo. Entiende que las consideraciones del padre hacia su hijo, el simple acogerlo de nuevo en casa, debería responder a méritos contraídos. Y no es el caso, sino lo contrario: el hijo pródigo suma méritos para no tener consideraciones con él y para ser rechazado fuera del hogar paterno. Él si tiene méritos para vivir en su casa y para que el padre tenga consideraciones con él. No entiende el obrar del padre: no lo conoce ni reconoce como padre. El fariseo manifiesta la actitud positiva de dar gracias a Dios, pero de manera incorrecta: las gracias son por lo bien que cumple la ley que le hace ser distinto de los demás, y despreciarlos, distinto en concreto de ese publicano que se atreve a venir al templo. Simón no

llegó a conocer quién era Jesús. Él, fariseo, creía que Jesús a quien llamaban maestro, lo era de la ley, tenía que distinguir entre buenos y malos para saber con quién se relacionaba y con quien no debía admitir relación alguna. No entiende que acepte las deferencias de la pecadora siendo él persona íntegra. Tampoco entenderá que Jesús diga a la pecadora tus pecados te son perdonados “¿quién es éste que hasta perdona pecados?”

2º Los pecadores y la pecadora: el hijo pródigo, el publicano de la oración, la mujer de mala fama que acude a encontrarse con Jesús. También tienen notas en común:

Se sienten pecadores. Al hijo pródigo la vida le hizo tomar conciencia de que había obrado mal: “pequé contra el cielo y contra ti”. El publicano “no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que golpeaba el pecho diciendo <Señor ten compasión de este pecador>”. La mujer “pecadora” simplemente lloraba, algo le disgustaba de su vida.

- Confían en el perdón. La confianza en el perdón del padre se cifra en que se sabe que es más que un jornalero de su padre. Equivocadamente prepara un discurso para convencerle y hacerse acoger en la casa. El padre no necesita discursos, lo interrumpe con un abrazo. El publicano de la parábola sabe que Dios es compasivo y misericordioso, por eso ha acudido al templo a pedir compasión. La mujer pecadora, con el atrevimiento que exige el amor, se acerca a Jesús en la casa de un fariseo. Confía en ese Jesús bueno y compasivo, que sobre todo ama.
- Saben del amor: el hijo pródigo entiende que si el padre es bueno con los jornaleros lo será con él a pesar de lo que ha hecho, en su amor confía. En el publicano se ve tanta humildad, está tan aplastado por lo pecador que él se ve, que sólo cabe la compasión que pide. Donde hay compasión está el amor. En el episodio de la comida en casa de Simón, Jesús ofrece la gran lección de la relación entre amor y perdón. El ejemplo es la pecadora cuyos “muchos pecados han sido perdonados porque ha amado mucho”, que se completa con la relación recíproca entre perdón y amor “y al que poco se le perdona poco ama”. Así se establece una peculiar relación: sólo desde el pecado, reconocido, se sabe de amor. Desde la prepotencia del “justo”, del que se cree justo, no hay opción para el amor. ni necesita ser amado ni se rebaja a amar. Le basta sentirse superior, perfecto.
- Tienen sentido de la fiesta. El hijo menor participa en el banquete. Transforma su presencia exterior, el padre le ofrece la mejor túnica, el anillo, las sandalias, como se transformó previamente su interior: de autosuficiente que no necesita de su padre para vivir y se va con “lo que es suyo, su herencia”, a la convicción de que sólo la misericordia del padre le permitirá vivir, vivir con él en su casa. Es hora de vestirse con lo mejor que le ofrecen y participar en el banquete también selecto, porque “ha vuelto a la vida”. Es mucho lo que hay que celebrar, sobre todo vivir en la casa del padre y sentirse agraciado por su amor. Cuando Simón invita a Jesús, la comida debió ser selecta. Lo dicen los escrituristas al interpretar la expresión “se recostó en la mesa”. Esa postura se tomaba en las comidas especiales, como las de los sábados. El banquete tiene siempre sabor a fiesta. No sólo se come, se celebra. La celebración más

entrañable y real es la de la pecadora con sus besos, sus perfumes, su cariño hacia Jesús. Disfruta de su presencia más que el anfitrión.

El publicano salió del templo adonde se dirigió a orar justificado y enaltecido. Es un ejemplo de lo que en otro lugar dice Jesús sobre la alegría en el cielo por el pecador que se convierte. El cielo mismo celebra el perdón del que se considera pecador y se arrepiente. La alegría de sentirse justificado es el gran motivo de fiesta del cristiano. Esto sólo es posible cuando se considera pecador.

3° El padre, Jesús:

- Un Dios que ama. La parábola del Hijo pródigo es sobre todo una parábola sobre el Dios de Jesús. Es la parábola de la revelación más reiterada sobre Dios en el Antiguo testamento, que recoge y eleva Jesús: Dios es padre lleno de misericordia, y como tal está lleno de amor hacia el hijo, amor que es amor-misericordia ante la miseria humana del hijo. Ya el salmo 135 proclamaba la misericordia eterna de Dios, y Zacarías nos cantaba “la entrañable misericordia de nuestro Dios”. Cuando el padre vio lejos al hijo pródigo...”se le conmovieron las entrañas”. Misericordia de entrañas maternas. Ese es el Dios de Jesús. El que a su vez nos va pedir cuentas, más que del cumplimiento de la ley, del nivel de nuestra misericordia. Como hemos indicado, nunca se asentará en nosotros la misericordia hacia el otro si nosotros no nos vemos necesitados de la misericordia de Dios a causa de nuestro pecado. Hemos visto cómo Jesús establece la relación entre perdón y amor. Jesús ama y perdona, cuanto más perdona más amor muestra. Y quien se siente perdonado, en esa medida ama a quien le perdona.
- En el amor toma la iniciativa el padre: “cuando todavía estaba lejos su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas y echando a correr se le echó al cuello y lo cubrió de besos”. Sin necesidad de que el hijo pronunciara el discurso que tenía preparado para conmovier a su padre y le admitiera en casa. Dios nos amó primero, dice san Juan.
En el episodio de la pecadora arrepentida, ésta toma una iniciativa que sorprendió a Simón, el fariseo, que Jesús, sin embargo, entendió enseguida. Esa actitud de arrepentimiento, de cariño no la hubiera tomado si no supiera del amor que emanaba de Jesús, de cómo acogía a los considerados socialmente pecadores, a los excluidos por los “justos”.
¿Cómo el publicano de la parábola, que tan pecador se siente se atrevería a ir al templo y orar humillado, si no intuyera que había alguien que iba a acoger su oración y le iba a perdonar?
- El padre sabe esperar. El tiempo no diluye el sentimiento de pérdida de algo importante en su vida como es su hijo: está pendiente de su vuelta. Lo ve cuando aún está lejos, dice el texto. No lo había olvidado. Por muy apartado que haya estado de él mientras se fue a “un país lejano” mantenía la esperanza de su vuelta. Por muy grave que sea el pecado, por muy apartado que se haya estado de Dios, aunque se haya derrochado lo de Dios recibido para vivir disolutamente, aunque sea toda una vida de lejanía de Dios, siempre hay tiempo para la vuelta, para la conversión y con ella para recibir el abrazo del padre, para ser cubierto de besos por Él. Puede ser una vida como la de la “pecadora”, al margen de la ley, como interpretan la expresión los estudiosos, con Dios en el

olvido; Dios, como Jesús acogerá siempre, basta el amor, el reconocimiento del publicano, “¡oh Dios!, ten compasión de este pecador”.

- El padre sí tiene sentido de la fiesta. “comamos y celebremos un banquete”. No es un día más. Hay mucho que celebrar, “este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Es la alegría del cielo, decíamos, por el pecador que se convierte. La vida es una fiesta, a pesar de que abunden los males, cuando sentimos la cercanía del hijo, del hermano que se nos había ido, cuando el hogar recupera al perdido, cuando la familia se reencuentra unida en la casa del padre, de Dios. La vida es fiesta cuando las lágrimas van acompañadas de perfumes, de besos de cariño, como hace la pecadora. Ser cristiano es tener sentido de fiesta. Es tener que celebrar. Es absurdo participar en celebraciones sin la alegría propia de cualquier celebración es “no estar en lo que se celebra”.

3. Nuestros pecados

No es que vayamos a enumerar una lista de pecados. Sí quiero resaltar algunos que pueden pasar más desapercibidos y que la lectura de los textos que vengo comentando ayuda a descubrir y valorar:

El primero es no vernos como pecadores. El pecado del fariseo de la parábola. La autosuficiencia es pecado de siempre, de manera especial de una sociedad orgullosa de sus éxitos, de sus posibilidades y también de la necesidad de situarse bien en ella. Es el pecado de orgullo más o menos larvado: de ser tanto como Dios. Que en muchos casos es pecado de vanidad adolescente, verse perfecto, deseado. El de no ser capaces de convivir con nuestras limitaciones, en este caso limitaciones morales.

Para ello se hace desaparecer el pecado. El pecado, se dice, pertenece a religiosidad trasnochada. O bien asunto de niños de primera comunión. La madurez humana no puede detenerse en lo que quiera rebajarla. Se olvida de que hay que dar cuenta de la vida: la hemos recibido y se nos pedirá cuenta de qué hemos hecho con ella. De Dios la recibimos ¿cómo volverá a Él? La autosuficiencia cierra campos de la propia reflexión y análisis de lo que somos, como también de aquello que puede hacernos ver lo que de miseria hay en nosotros.

La frivolidad. Es buscar sobre todo la apariencia, cómo han de vernos los otros: de pie erguidos en la vida, felices por nuestra perfección y mirando por encima del hombro a los demás: corruptos, ladrones, miserables..., como reza ¿? el fariseo. Dar limosna, ayunar, hacer oración para que nos vean como limosneros, mortificados, orantes: para que nos vean los hombres, su mirada es la que importa, no la de Dios. Tampoco se desea una mirada hacia sí mismos sin telarañas, prejuicios, sin deseos de engañarnos a nosotros mismos.

Silenciar el amor. O reducirlo a momentos concretos con personas concretas, para satisfacer nuestro leve análisis de cómo y qué hondos son nuestros afectos, nuestra capacidad de sentirnos amados y de amar. Convertir lo que llamamos amor en amorío adolescente. O bien silenciarlo bajo la capa del cumplimiento de la ley o de sentirnos irrefragables porque lo hacemos todo según ley. También puede silenciarlo reducir la

vida de la fe a una proliferación de actos piadosos. Silenciar el amor que se ha de realizar en la misericordia, el perdón, la acogida del excluido, la comprensión del que yerra o falla...

No rebasar nuestro yo. Eso está presente en todo pecado. Vivir de espaldas al otro. Y por lo tanto de espaldas al Otro cristiano. Pasar de la aceptación necesaria de nuestro yo, a la egolatría. Agujero negro del que nada emerge, todo se pierde en la oscuridad del egoísmo. Desde ese culto al yo nada se puede celebrar, no hay sentido de fiesta, es la soledad altiva que se diluye en el mísero espacio del yo. En el pecado lleva la penitencia de la soledad sin sentido que dirá el salmo. Esa soledad sentida llevaría a la penitencia que significa arrepentimiento; pero si de algo creyera que tiene que arrepentirse su yo se desbocaría de la peana. Comparada esa actitud con la Cristo “que no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango...” como leemos en la carta a los Filipenses, es manifiesta la distancia entre ser cristiano, hombre de Cristo y la egolatría.

Es pecado contra el Espíritu Santo, del que Jesús dice que no hay perdón. Santo Tomás lo llama presunción, entender que no necesita el perdón porque no se ve pecador. No hay nada de qué pedir perdón, y no se pide. Dios no limpia el pecado si no hay conciencia de él. Santo Tomás en sentido contrario califica también como pecado contra el Espíritu Santo la desesperanza, es decir, entender que su pecado es imperdonable, que tiene más fuerza que la misericordia de Dios. Condenarse a sí mismo porque se ve sin remedio. Creer, por lo tanto, que es inútil acudir a Dios. Estos pecados no se dan normalmente en estado puro, y reconocido, pero sí en formas que tienen que ver con ellos. El renunciar al esfuerzo que exige la fidelidad a nuestra condición humana y cristiana, propia de la actitud aburguesada y cómoda, se justifica ya porque no merece la pena tal esfuerzo; ya porque se está bien como se está, no hay por qué complicarse o endurecer la vida; o bien porque no hay nada que hacer, por más que lo intente no podrá liberarse del pecado. En este caso el pecado es de pereza mental, afectiva, religiosa, moral, existencial en general, que abunda en una cultura que busca solo la satisfacción inmediata, el amor líquido, que diría Baumann, el pensamiento débil, y la mirada corta del *carpe diem*.

El pecado de esconder el nuestro y encontrarlo en los demás. A veces se acude al confesionario no para acusarse, sino para acusar o excusarse en el otro. Jesús lo advirtió con claridad en el símil de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. El pecado del juicio acusador del otro, de vivir a la defensiva porque el mal está fuera de mí, de entender al otro como mi rival que quiere ocupar mi espacio y al que de alguna manera hay que descalificarle...

La dureza de corazón hacia el hermano, que Pablo atribuye a los gentiles y que no debe existir en el cristiano. Secar el corazón para que la miseria del prójimo no altere nuestro vivir, como la del malherido no interrumpió el caminar del sacerdote ni del levita camino de Jericó. La insensibilidad ante el dolor ajeno. No saber llorar con el que llora. No entender de compasión, y refugiarse en llevar una vida social y religiosamente correcta. El pecado es ante todo cuestión de sentimientos o de falta de ellos.

Esto nos introduce a un pecado que discurre transversalmente por los demás o bien es la base de ellos. El pecado de la superficialidad, de no buscar una densidad interior. En ese interior, lo hemos apuntado, somos lo que somos a los ojos de Dios; y es en ese interior donde se origina y yace el pecado, como con claridad lo dice Jesús: “lo que sale de la

boca brota del corazón; y esto es lo que hace al hombre impuro: porque del corazón surgen los pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias”. Estas cosas son las que hacen impuro al hombre” (Mt 15, 19,20). No cuidar nuestra vida interior es, dice santa Teresa, rebajarnos al nivel de las bestias, actuar irracionalmente. El ambiente en que nos movemos, al que reiteradamente he hecho alusión, induce a que la apariencia, lo que puede ser captado por los medios de imagen, sea lo que realmente interesa. Es lo que lleva a analizar lo que hacemos o dejamos de hacer sin preguntarnos por las razones últimas, los intereses o afectos que nos mueven a ello. La falta de cultivar la vida interior, lo interior de nuestra vida, permite que nos deslicemos por esa vida de modo superficial, con lo que traicionamos o damos la espalda a lo que realmente nos hace ser lo que somos.

Para ver nuestro pecado hemos de vernos ante Jesús de Nazaret, como indicamos en reflexión anterior. En concreto ante la generosidad eucarística de un “cuerpo que se entrega”, “una sangre que se derrama por vosotros y todos”. Es esa generosidad la que hemos de analizar para ver si caemos o no en la tentación de vivir nuestra vida y nuestra fe sin comprometernos en las causas nobles, refugiados en nuestros exclusivos problemas. Si nos preocupamos o no de quienes de nosotros necesitan, que de ellos nos ocupemos para ayudarles en su vida y en su fe. Es tentación firme tener fe sin compromiso, construir una vida “digna” sin generosidad.

4. Valorar el pecado

Necesitamos valorar lo que de pecado existe en nosotros desde un análisis riguroso, sincero con nosotros mismos, a lo que se ha de unir “un corazón contrito y humillado”, que como dice el salmo 50 dirigiéndose a Dios “tú no lo desprecias”. Precisamente repasar algunos versículos de ese salmo nos ayuda a ahondar en la realidad de nuestro pecado, y vernos ante Dios desde nuestra condición pecadora.

El salmo empieza recabando la misericordia de Dios para que se borre nuestra culpa. Lo que exige el reconocimiento de ella –“yo reconozco mi culpa”-; conscientes de que a Dios “le gusta un corazón sincero”. Para lo que Dios “le inculca sabiduría” y así descubra la verdad de lo que es. Es necesario que Dios intervengan para “purificar el corazón y ser renovado por dentro con espíritu firme”. El resultado de verse sinceramente ante Dios y de su intervención para purificarnos nos conduce a percibir la “alegría de la salvación” y “afianzarnos en un espíritu generoso”.

a) El perdón donde existe conciencia de pecado y arrepentimiento

El perdón de Dios no es como nuestro perdón de la ofensa que nos pueden otros hacer. Nosotros perdonamos, pero lo que hubo de pecado en la ofensa no podemos limpiarlo. La madre puede perdonar –debe – perdonar al asesino de su hijo, el mártir perdona a quien le condena a muerte, pero el pecado continúa en el asesino y en el que condena. De ese pecado sólo lo puede limpiar Dios. Dios no lo hará mientras no se arrepienta de él. El cristiano, sin embargo, ha de perdonar incluso aunque quien le ofende no se arrepienta del pecado. Esa es la exigencia del amor a los enemigos que proclama Jesús en el Sermón del Monte.

Hablamos de borrar el pecado, decimos que eso sólo lo puede hacer Dios, una vez que el pecador se sienta tal, y desee quedar limpio de él. Sin penitencia, es decir arrepentimiento –*paeniteo*, arrepentirse- no ha lugar al perdón. Es esencial reconocer el hecho o la omisión, el pensamiento o el deseo como pecado, pero se ha de ir más allá: tener conciencia de ello ha de inducir a un sentimiento de que eso nos aparta del modo como hemos de configurar nuestro ser ante nosotros mismos y ante Dios, sentirnos a disgusto existencial, con sensación de fracaso, es decir: no estar a gusto con nosotros mismos y sentirnos defraudados por nosotros mismos. Y desde ese momento y en sentimiento sincero tratar de enmendarnos. Sólo así es posible el perdón.

b) No sentirnos aplastados por el pecado

Dicho esto, es esencial apuntar que el pecado no nos aplasta ni es aconsejable el agobio o la ansiedad a que puede llevarnos sentirnos en pecado. Esos sentimientos surgen a veces de un concepto demasiado elevado de lo que somos y de lo que podemos esperar de nosotros mismos. El pecado nos da nuestro perfil verdadero en su dimensión negativa, que es muy real. Nos hace ser realistas ante nuestros propios ojos. Desde ese momento sabemos que dependemos del perdón de Dios. Es el perdón de un padre, no de un juez implacable. No hay razón para desconfiar de su perdón por mucho que queramos elevar nuestro pecado. Sería, como hemos indicado, pecado radical creer que nuestro pecado puede más que su perdón. San Pablo lo dijo con claridad: “donde existe el pecado sobreabunda la gracia” (Ro 5,20).

c) Propósito de enmienda

Es necesario para el perdón, que parecería no tener lugar cuando reiteradamente volvemos al pecado. Nos suscita dudas en algunos casos si realmente queremos enmendarnos. Nosotros podemos cansarnos de nuestro pecado, despreciarnos, -no lo debemos hacer- por la insistencia en el pecado, a pesar de sinceros propósitos; podemos prever que éstos no se van a cumplir; pero no podemos pensar que Dios se canse de perdonar. Tenemos que ser sinceros con nosotros mismos, y aceptar nuestra labilidad. Dios nos quiere como somos, débiles, pecadores. Nosotros hemos de querernos también así. No tratar de ser impecables, perfectos para aceptarnos y querernos. Hemos de vernos en la lucha, no en la victoria definitiva. En una lucha no prometeica que confía sólo en las propias fuerzas, sino acompañadas de la ayuda de Dios. Propio del pecador evangélico, lo hemos visto en los textos a los que hemos acudido, era descubrir el amor de Dios Padre o de Jesús. Desde la conciencia y la experiencia de ese amor nosotros hemos de ver nuestro pecado, nuestro arrepentimiento, y también nuestra reincidencia en el pecado.

5. El sacramento de la reconciliación

Una característica de nuestro pecado que no se suele tener en cuenta es su dimensión social. El ser humano es esencialmente social: lo que hace, o deja de hacer repercute en la sociedad tarde o temprano, de una manera u otra. En cristiano repercute en la comunidad eclesial. La Iglesia la conformamos todos. Es Iglesia de pecadores. En su constitución es Iglesia santa, pero en su realidad histórica está constituida por pecadores. Nuestro pecado tiene una dimensión eclesial. Ese es el fundamento de que el

perdón de Dios se realice a través de los apóstoles - “recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20,23)- y se continúe a través de la Iglesia. Esa dimensión social del pecado justifica un signo visible del perdón, el sacramento de la reconciliación. El signo, por serlo hace referencia a una o varias realidades. El signo que es el sacramento de la reconciliación cuenta con la conciencia de pecado, el arrepentimiento sincero y la voluntad de apartarse de él. Si esas actitudes no existieran al signo le faltaría lo que significa, sería signo inane y por tanto no habría sacramento. Es un sacramento de la misericordia de Dios, que es el que perdona, a través de su Iglesia y ésta a través de sus ministros, misericordia siempre más potente que el pecado o la lista de pecados que se confiesen. Con eso hay que contar siempre.

La dimensión social del pecado nos lleva a reconocernos pecadores no solo ante Dios sino en la comunidad a la que pertenecemos. San Pablo en la segunda carta a los Corintios dice que quien conoce de verdad a Cristo, “no según la carne”, es una “creatura nueva”, renovada, reconciliada con Dios. Es Dios quien otorga a algunos “el ministerio de la reconciliación”. Así que les exhorta “en nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios”. Y esa exhortación es “como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros” (II Co 5, 16-21).

6. Reconocer en común nuestro pecado

Sin tener carácter sacramental es conveniente hacer gestos de reconciliación comunitaria, pues la comunión se construye, lo hemos indicado, a base de reconciliación entre sus componentes. Así se entendió en las primeras comunidades cristianas, por eso en la Carta de Santiago leemos. “Por tanto confesaos mutuamente los pecados y rezad unos por otros para que os curéis” (Sant 5,16). Confesarse los pecados tiene, pues, un carácter terapéutico que conviene resaltar. Vernos pecadores, confesarnos públicamente de serlo nos cura de muchas pulsiones de querer ser superior, buscar primeros puestos, engañarse a sí mismo viéndose como no se es y sí se quiere aparecer ante los demás. La verdad de lo que somos es también la verdad de nuestro pecado. Si el pecado tiene una dimensión comunitaria bien está mostrar el carácter comunitario del perdón. Dios es el que perdona, pero también hemos de perdonarnos unos a otros. Dios es el que reconcilia, pero nosotros debemos ser agentes de reconciliación mutua.

IX. VERNOS A LOS OJOS DE MARÍA

1. *Aproximación a María*

De María decimos en la *Salve* que tiene unos “ojos misericordiosos” que queremos que se vuelvan hacia nosotros. ¿Cómo nos vemos ante sus ojos? Si nuestra reflexión se centrara en la *Salve*, nos veríamos “desterrados hijos de Eva”. Nos dirigimos a ella “gimiendo y llorando en este valle de lágrimas”. La *Salve* es, pues, como un SOS que dirigimos a María porque ya no resistimos más en esta vida. Sin embargo, quienes la rezamos no parece que estemos ansiando abandonar este “destierro”, salir de este “valle de lágrimas”. Por más que sea la oración a María, junto al avemaría la más recitada, en su seno guarda una cierta hipocresía. Cuando la rezamos para pedir algo pocas veces será para abandonar el destierro. Será para hacerlo más agradable, para que en ese valle haya menos lágrimas y más alegría. El identificar la oración con el rezo de petición nos lleva a esas situaciones peculiares.

No deja de ser sorprendente que la popularidad de la *Salve* sea muy superior a la del *Magnificat*. En el *Magnificat* lo que se hace presente no es nuestra miseria, sino la grandeza de María. No es la petición, sino la constatación, de que esos ojos misericordiosos –su misericordia– miran a los fieles a través de todas las generaciones, constatación de las proezas que Dios hace para dar de comer a los hambrientos y enaltecer a los humildes. Es el canto de la alegría de María por lo que Dios ha hecho en ella. A la espiritualidad tradicional de nuestro pueblo pertenece más prescindir de lo de Dios recibido que agradecer los bienes que nos otorga. La visión pesimista de este mundo que se ha ido propagando como lugar de miseria y de maldades, con cierta lógica “espiritual” y piadosa, conduce a pedir huir de él. Está fuera de esa espiritualidad lo que Jesús dice a Nicodemo: “tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo único” (Jn 3,16). Algo bueno tendrá el mundo cuando Dios ha hecho lo impensable por él. Y el mundo somos nosotros.

A los ojos de María no somos los desterrados en el valle de lágrimas. Nuestro mundo es el que fue el suyo. Ni mejor ni peor. Basta ver cómo trató el mundo a su hijo. Ese mundo fue amado por Dios. Sobre ese mundo Dios derrama innumerables gracias, que se origina en su creación y continúan a través de la historia, sobre todo a través de las que el Hijo ha derramado en nuestra historia. Mundo de lágrimas y gozos. Claro que hay razones para pedir que desaparezcan las lágrimas. Pero para ello tenemos que dar relevancia a los gozos, a lo que Dios nos ha concedido, y nosotros, con su ayuda, hemos conseguido. Veámonos ante los ojos de María del *Magnificat* y del Avemaría más que ante la María de la *Salve*. Eso sí, incorporaremos los calificativos de María: reina y madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra...clemente” –no hay por qué emplear el superlativo de la traducción española– piadosa y sobre todo dulce. Y veámonos a sus ojos.

Hemos de advertir que el desarrollo de la devoción a María y la espiritualidad que la coloca en la vida y devoción del cristiano se ha realizado más desde el sentimiento popular que desde la reflexión teológica, que ha ido detrás de las manifestaciones del pueblo cristiano sobre María. El ejemplo al que hemos aludido de la *Salve*

“imponiéndose” al *Magnificat* lo manifiesta. En los últimos tiempos ya se ha desarrollado una teología más razonada sobre María. E igualmente los Papas en diversos documentos han precisado mejor el lugar de María en la vida cristiana, y cómo ha de ser el culto que le tributemos. El Vaticano II, tras discusiones entre los padres conciliares sobre si dedicar a María un documento conciliar o incluir su figura en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, dedica un capítulo en esta Constitución a la Virgen. En él se recoge la sensibilidad popular hacia María y a la vez la reflexión teológica. El Concilio “exhorta también con empeño a los teólogos y predicadores de la palabra de Dios a que eviten con cuidado toda falsa exageración, así como una cierta estrechez de espíritu al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios” (LG n. 67). E igualmente recuerda “los fieles, además, deben recordar que la verdadera devoción no consiste en un sentimiento pasajero y sin frutos ni en una credulidad vacía. Al contrario, procede de la verdadera fe, que nos lleva a reconocer la grandeza de la Madre de Dios y nos anima a amar como hijos a nuestra madre y a imitar sus virtudes” (LG id).

2. *María ante los ojos de Dios*

El Vaticano II nos sitúa, pues ante lo que ha de ser María “a nuestros ojos”: María no es sólo nuestra intercesora, a quien acudimos con el espíritu de la *Salve*, es el ejemplo a seguir. María nos dice cómo hemos de vernos a los ojos de Dios. Vernos como ella se vio. Para eso hemos de vernos a sus ojos, dejarnos penetrar por su mirada para conocernos mejor. Cuando María es sólo la intercesora y no modelo de virtudes, por tanto, de cómo ha de ser nuestra vida, la devoción está distorsionada: el lugar de María en la espiritualidad está no solo reducido al rezo, sino que este mismo rezo es vacío.

Para encontrarnos con los ojos de María hemos de seguir lo que los textos evangélicos nos dicen de ella. Cierto es que nos hubiera gustado que fueran más explícitos en lo que fue su presencia en la vida sobre todo pública de Jesús, así como en los momentos de su pasión y muerte. Conocer cómo se enteró del hecho de la resurrección y cómo cooperó en la vida de las primeras comunidades cristianas. Pero los textos evangélicos que hacen referencia a ella nos iluminan lo suficiente para poder mirarnos a sus ojos.

2.1. *María discípula de Dios. Acoge su palabra. La pone en práctica*

Cómo se ve María a los ojos de Dios ha de ser la primera reflexión. Los textos evangélicos de Lucas en su evangelio de la infancia responden con precisión a esa pregunta. El texto de la anunciación de su maternidad virginal (Lc 1,26-38), tras la lógica e inicial sorpresa y la objeción por su condición “de no conocer varón”, se resume en “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra”. María se ve como esclava del “amo” que es Dios, que quiere que sea madre de quien “será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin” (Lc 1,32).

El “amo” es generoso, le ha concedido la gracia esperada por las mujeres judías, ser madre del “esperado de las naciones”. Pero para ello tiene que creer que eso imposible lo puede hacer Dios. Sin fe no declararía “hágase en mí según tu palabra”. La fe es la que le hace madre antes que conciba. San Agustín lo recuerda y Jesús lo proclamaría cuando dirá “mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21). Y san Mateo (8,49) precisa quiénes son “estos”: “extendiendo

su mano hacia los discípulos, dijo éstos son mis hermanos y mi madre”. Lo mismo se refleja en otro episodio que sólo relata Lucas, en el que alguien enaltece a la madre, la declara bienaventurada por haber tenido como hijo Jesús, y éste responde: “Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28)⁹.

Desde esa fe, esa confianza en Dios, ese ponerse en sus manos, surge su actitud de discípula, que hemos señalado como una actitud que debemos descubrir en nosotros cuando nos miremos. El primer atributo y el más determinante es ser discípula de Dios. Desde la condición de discípula que escucha y acoge la palabra llegará a ser Madre. Su condición de discípula continuará a lo largo de la vida. Hemos indicado la similitud entre ser discípulo y ser obediente. La obediencia de María, el estar abierta a lo que Dios quiere de ella fue el inicio de nuestra salvación, el contrapunto a la desobediencia de Eva. “El nudo de la desobediencia de Eva por su falta de fe, lo desató María la obediencia de María. Lo que ató Eva por la falta de fe, lo desató la Virgen María por su fe” (LG 56).

2.2. La fe de María

Como buena discípula María estará atenta a lo que Dios le dice a través de los acontecimientos. No será tarea fácil. No todo se lo dieron hecho a María. No fue la claridad, la evidencia lo que reguló su vida, sino su reflexión cordial, en el corazón, su fe en el Dios con quien mantenía intimidad, que le hacía ver todo con sus ojos, interpretar todo con su Palabra, mas siempre en el misterio. Misterio era el nacimiento “en un pesebre, porque no había sitio para él en la posada” (Lc 2,7) de quien el ángel había anunciado como Hijo del Altísimo, que heredaría el trono de David. A María no le quedaba más que ver y guardarlo lo que ve meditándolo en su corazón, como también dice Lucas. Misterio entraña que Jesús, ante un hecho tan evidente de falta de buena relación filial, abandonara la compañía de sus padres, y mereciera el reproche de su madre “¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2,41 y ss). Misterio “las cosas de su Padre” a las que tenía que dedicarse, según les responde Jesús: no entendieron lo que les decía apunta el evangelista. Misterio que Jesús viviera como un adolescente y joven más, en su estilo familiar de vida estando “sujeto” a sus padres. Como también les produjo admiración a ella y a José las palabras sorprendentes, mezcla de felicidad y de augurios tristes de Simeón cuando presentaron al Niño en el templo: “su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño” (Lc 2,33). Ciertamente lo de María fue una peregrinación en la fe, como dice el Vaticano II (LG n.58). A los ojos de Dios María aparece con una actitud humilde, propia de la discípula que se esfuerza en descubrir esa Palabra a la que quiere ser fiel, obediente: “hágase en mi según tu palabra”. Vive la dificultad de entender lo que sucede en su entorno, y desde la confianza en Dios reflexiona en el corazón qué es lo que tiene que hacer. Se cruzan en su vida el deseo de entender y el de ser fiel a Dios en sus misteriosas decisiones.

⁹ San Agustín comenta el episodio y dice: “Les suplico que escuchan lo que el Señor tuvo que decir cuando extendió sus manos a sus discípulos...<Aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre. ¿De esto vamos a entender que la Virgen María no hizo la voluntad del Padre?... En verdad ella hizo la voluntad del Padre y para ella era más grande ser discípula de Cristo, que ser su madre. Hay más alegría en ser su discípulo que en ser su madre”.

2.3. *María feliz*

En medio de las dificultades que implica ser fiel a la Palabra de Dios, más aún de descubrir qué pide de ella esa palabra, Lucas en varios pasajes del Evangelio de la infancia nos presenta a María llena de alegría. Más aún, llevando la alegría adonde va.

a) Isabel la proclama dichosa. La felicidad de vivir juntas Isabel y María María ante la comunicación que el ángel le hace de que Isabel después de tanta angustiada espera, ya en su ancianidad, iba a ser madre, se apresura, “María se puso en camino de prisa hacia la montaña” (Lc 1,39) a ayudar a Isabel en su gestación extemporánea. Fue su saludo a Isabel lo que desencadenó la alegría de ésta por ver a María en su casa y ver además la felicidad en ella, proclamarla feliz, porque había creído. La felicidad de María según Isabel surge de su fe, “bienaventurada la que ha creído porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1,45), alegría pues en la lucha, en la peregrinación mental y cordial, por ser fiel al Dios en quien confía, capaz de realizar lo que para ella es imposible.

Isabel, según el texto de Lucas, proclama la felicidad de María al sentir el alborozo alegre de su hijo en su seno y llena del Espíritu Santo reconoce también la maternidad de María. Maternidad de su Señor que la hará bendita entre las mujeres, como también al hijo que María lleva en su seno. El episodio que surge, como hemos indicado, de una decisión de amor, de solidaridad de María con su pariente, cuya gestación presumía que no sería fácil, dada su edad, y en la que María quería estar presente para ayudar –con ella se quedó los tres meses que faltaban antes de dar a luz-, de un acto sencillo, cordial, se convierte en una proclamación feliz, gloriosa, que genera un ambiente de satisfacción y gozo que acompañará la vida en común de Isabel y María. Ese compartir la vida de las dos futuras madres, es compartir gozos y esperanzas, es compartir haber sido agraciadas por Dios y de verse ante la mirada de Dios.

b) La felicidad de María al verse ante los ojos de Dios. El *Magnificat* (Lc 1,46-55) María proclama su alegría porque Dios la ha mirado, ha mirado la humildad de su esclava. Mira a quien se había declarado su esclava. Él la hace madre del Hijo del Altísimo, ella se reconoce como esclava. Ha sido esa actitud ante Dios la que ha originado la mirada de Dios hacia ella. Está alegre también porque todas las generaciones la felicitarán “porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí”. Ella será felicitada a lo largo de la historia, no porque lo que es en su pequeñez, - término que mejor que humildad describe lo que Dios ve en ella -, sino por lo que Dios ha hecho en ella. Es la humildad auténtica, la humildad verdad: somos poco, pecadores, pero agraciados por Dios. Son las obras de Dios las que nos engrandecen.

María precisa esas obras: las que surgen de su misericordia, de un corazón que se entrega al necesitado, como hemos señalado que indica el término *miseri-cor-dare*. Actitud, sentimiento hondo que se manifestará en obras, en obras que son “proezas”, “obras grandes” como las que realizó en María. Esas obras grandes lo son porque supone revertir situaciones de inhumanidad: hacer que desaparezca la soberbia del corazón, abajar a los poderosos de sus tronos, que los ricos sepan de no tener, mientras que los humildes –los pequeños – serán engrandecidos, los hambrientos saciados. Son obras que sólo Dios puede hacer desde su misericordia. No son las proezas que se destacan como tales en la historia humana. Proezas bélicas, que llevan al triunfo del más poderoso o más capaz y la derrota de los que lo son menos. Las proezas de Dios no le permiten subirse al carro del vencedor, sino hacerse presente entre los derrotados y

humillados. El hambre del pobre quedará saciada con sentir que Dios está de su parte, el mejor bien que se le puede dar. Los humildes se sentirán enaltecidos cuando sepan que Dios no les olvida, no porque se conviertan en poderosos.

María reconoce las maravillas que el Señor ha hecho en ella, no porque le ha dado poder y la ha saciado de bienes terrenos, sino porque Dios está de su parte, y ella de parte de Dios y la ha comprometido en un proyecto salvador, que no le concederá honores momentáneos ni solucionará económicamente su vida, pero sí traerá el bien supremo que Dios puede ofrecer, su hijo y con él un proyecto de liberación humana. En ella el Dios de la promesa ha llegado a ser el Dios de las realidades salvíficas. Dios lo hace desde su misericordia, pero es misericordia que es justicia, pues pone orden en la vida humana. María será madre de quien, fruto de la misericordia y del amor de Dios al mundo, se va a comprometer en esa causa, en esas proezas necesarias para que la vida humana, la sociedad humana sea como Dios la quiere, justa. María es la portadora de esa promesa, recuerda en su cántico, que Dios había hecho a “Abrahán y a su descendencia por siempre”. ¡Cuánta razón existe, pues, para alegrarse de ser elegida por Dios para que en ella se inicie esa acción divina!

3. Nosotros a los ojos de María

La espiritualidad que surge en torno a persona de María ha de considerar a María como modelo a imitar. Ella es tipo de la Iglesia como dice el Vaticano II. “Figura de la Iglesia en el orden de la fe, del amor y de la unión perfecta con Cristo”, decía san Ambrosio y lo recuerda el Vaticano II (LG 63) Es la Iglesia naciente, según Von Balthasar. Los ojos con que mira a Dios son los ojos en los que tienen que reflejarse los nuestros. Ella nos ha mirado primero. Se lo pedimos en la *Salve*: “vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”. ¿Cómo nos vemos a sus ojos?

3.1. Nuestra fe

A nadie se ha propuesto un plan tan imposible como el que el ángel anuncia a María. Tener fe en ese plan es creer en lo imposible. Demasiado para el ser humano, que confía sólo en su capacidad de entender e interpretar la realidad para definir su ser y elaborar su proyecto de vida. Sin duda magnífica esa capacidad nuestra de interpretar la realidad para poder tomar decisiones. Pero la misma razón nos advierte de sus limitaciones. En la vida de cada hombre y mujer se toman decisiones que no están avaladas por unos razonamientos bien conducidos. Por ejemplo, el hecho del enamoramiento. En nuestra vida ordinaria actuamos fiándonos unos de otros, sin necesidad de estar probando o comprobando la seguridad de lo que hacemos o dejamos de hacer. El origen de nuestro más elevado modo de pensar, la filosofía, está en la admiración o asombro por el hecho de que algo que existe no sabemos por qué ni para qué, ni cómo... No podemos conocernos con exactitud ni a nosotros mismos. El misterio nos envuelve. Además, sabemos, que por más que avancemos en tratar de conocerlo, algo que debemos hacer, siempre habrá zonas misteriosas en nosotros mismos. No digamos cuando queremos conocer a los demás. La vida siempre es aventura. Lo desconocido pertenece a nuestro vivir. Por eso la confianza, manifestación comunitaria de la fe, es siempre necesaria, pertenece al vivir humano.

Es el mismo hombre el que busca más allá de sí mismo para ver si desvela misterios y encuentra explicaciones de lo que sucede. Es el mismo ser humano el que busca lo trascendente. El que se introduce en el misterio de lo divino, de lo que le rebasa. En la fe cristiana entendemos que Dios cuenta con esa manera de ser de hombre y mujer y se abaja a revelarnos las razones últimas de nuestro ser, de nuestro obrar, cuáles han de ser nuestras esperanzas, que hemos de hacer para conseguirlo. Lo hizo al hacerse presente en nuestra historia en Jesús de Nazaret. Desde el misterio de Jesús nosotros nos acercaremos a conocer el misterio de lo que somos, debemos ser y podemos esperar.

Ahora bien, esa decisión de Dios exige de nosotros la fe en lo que no es evidente, pero es fiable, porque viene de Él. Somos lo que hemos de ser en la medida que respondamos a esa confianza en Dios. Peregrinando en las oscuridades de la vida, pero fiándose de su palabra. Con humildad y obediencia como María. Y con constancia, también como ella. Las peregrinaciones no se refieren a caminos cortos ni a tiempos limitados. Peregrinar es saber a dónde se va superando dificultades, pero alentado por llegar adonde se quiere llegar para dejarse ver por quien espera al final. María lo hizo, veámonos a sus ojos como peregrinos en la fe.

3.2. Nuestra alegría

A veces el creyente teme ser tachado por los que no lo son de ingenuo, cuando no de ignorante. O bien de rebajar el nivel de su vida hasta someterla a creencias religiosas que dejan esa vida sin sabor, le impiden disfrutar de ella. El creyente ha de sentir sobre él la mirada de María creyente que mereció que Isabel la proclamara feliz, precisamente por creer. El creyente ha de sentirse feliz ante los ojos de Dios en quien cree, como María se sintió y lo proclamó en el *Magnificat*. Desgranemos levemente esto:

a) *Un Dios que mira: ("la humillación de su esclava")*

Nada humano le es ajeno. Más aún nos mira con preocupación y amor. Está interesado en nosotros. Sobre todo, en lo más pequeño y humilde. Mira lo que nadie mira, lo que pasa desapercibido a ojos de muchos. ¿Quién conocía a María en su tiempo? Lo que atrae su mirada no son nuestros brillos: intelectuales, sociales, económicos, ni siquiera morales; es atraída simplemente por nuestra condición humana. Es la mirada de padre/madre a su hijo, que puede ser una mirada de satisfacción o de preocupación, pero siempre una mirada tierna. Y más insistente cuanto más preocupante sea la vida de su hijo. Dios miró la esclavitud de su pueblo en Egipto, como la esterilidad de Ana e Isabel, como la humillación de su esclava, María. Conocemos muchos cuadros en los que María mira dulcemente a Jesús su hijo. Esa es la mirada de Dios a nosotros. Es su ternura que tan bien reflejan los ojos de María fijos en su hijo, la que le lleva a fijar sus ojos en nosotros.

Como María hemos de sentir esa mirada de Dios. Ahora bien, sólo la percibiremos desde la actitud humilde de María. Si nos hacemos niños, débiles en sus brazos. El rico, el poderoso, el autosuficiente no se siente mirado por Dios, ni cree necesitar su mirada. No se ve con necesidad de salvación. Es hijo sin padre ni madre. No cree necesitarlos. Su destino es encontrarse solo en la vida.

b) Dios que actúa. (“El poderoso ha hecho cosas grandes en mí”)

Para que haga grandes cosas es necesario que nosotros no nos creamos los autores de todo lo grande, que no nos juzguemos los únicos protagonistas de nuestra vida. Lo somos para el mal, no para el bien. Dios está comprometido en nuestra historia para derramar bienes sobre ella. Pero actúa a través de mediaciones. El mediador por excelencia es Jesucristo, su hijo. En esa mediación María tuvo un papel esencial, de su carne y sangre se formó Jesús, también hijo suyo. A través de ella sigue actuando Dios, sigue siendo mediación de gracias. También nosotros estamos llamados a colaborar en ese plan de Dios, como María. Hemos sido llamados, no por nuestra fuerza, sino por nuestra disponibilidad, a ser mediaciones de Dios. La realidad femenina de María, su capacidad femenina de acogida, de generar vida, de cuidar la vida, es la parábola de cómo hemos de ser los brazos de Dios para que haga cosas grandes en nosotros y, a través de nosotros, en los demás.

c) Desde la misericordia y la justicia

Nos hace felices sentir que la misericordia de Dios llega a nosotros, pues la necesitamos. A esos ojos misericordiosos de Dios se unen los de María, que en la *Salve* pedimos que se vuelvan a nosotros. La misericordia de Dios y María percibidas cambia nuestro mirar. También se hace misericordioso. La misericordia la proclamó Jesús como causa de bienaventuranza. Por tenerla y por merecerla en la medida que la tenemos. Nuestra alegría debe contar con la misericordia de Dios, para poder nosotros extenderla a los demás. Lo que, como hemos indicado, es razón de bienaventuranza, como Jesús proclamó.

d) Causa de nuestra alegría

El saludo del ángel a María se puede traducir como: “alégrate María llena de gracia, el Señor está contigo”. Antes de anunciar la responsabilidad de ser madre el ángel la felicita porque Dios no sólo está de su parte, está con ella, por lo que en ella reside la plenitud de la gracia. La plenitud de gracia en María, una de nuestra raza, que pisó nuestra tierra, manifiesta hasta dónde tiene que caminar nuestra condición humana. Estamos llamados a la plenitud que se adquiere en la medida en que Dios esté con nosotros, contemos con él, como con alguien con quien estamos familiarizados. Ahí está el fundamento de lo que sobre todo ha de alegrar nuestra vida. María es así, como reiteradamente la proclamamos, causa de nuestra alegría. Su familiaridad con Dios, su proximidad maternal a Jesús la permiten cumplir el deseo que le expresamos en la *Salve*, “muéstranos a Jesús”. Y me permito añadir: antes incluso de dejar “este destierro”. Es la alegría reflejada en la preocupación de María en Caná cuando falta vino e insta a Jesús a que remedie la situación. Es interesante ver el paso del evangelio de Lucas en el episodio de la pérdida del Niño en el templo, cuando Jesús manifiesta que hay decisiones que tienen que surgir de él, y sus padres, aunque no lo comprendan, han de aceptar, y el evangelio de Juan en el relato de las bodas de Caná, cuando María es la que decide lo que Jesús ha de hacer a pesar de su leve protesta “no ha llegado mi hora”. Continúa la alegría de la fiesta por decisión de María y el poder de Jesús. Alegría producida por algo tan propio de “este destierro” como el vino en el banquete de bodas.

Hay algo que va unido a la misericordia y por ello a la alegría, según vengo diciendo, es la dulzura. La *Salve* termina con unos piropos admirativos hacia María: la califican de

clemente, piadosa, dulce. Así la ha entendido la tradición cristiana. Los textos del evangelio que venimos recordando dan pie para ello. Esa dulzura de sus ojos cuando miraba al Niño, que nos han ofrecido los artistas cuando representan su maternidad, se extiende hasta nosotros. La necesitamos en medio de una existencia tantas veces dura en nuestra sociedad competitiva en la lucha por la existencia, donde nuestro rostro con demasiada frecuencia muestra facciones duras que reflejan la tensión de esa lucha y expresan el olvido de las relaciones cordiales, dulces, incluso tiernas, que nos harían más fácil la vida. Es necesario que ante los dulces ojos de María que a su hijo miran, dejemos espacio a la dulzura, a tener sus ojos, su mirada, como ella los tiene hacia nosotros. Lo tierno, amable pertenece a lo más hondo del ser humano. Es la actitud afectiva de quien no espera más del otro, como del niño, que una sonrisa o unos ojos que brillen. Es actitud que nos eleva por encima de la pobre rutina o de la tensión del vivir convertido en querer vencer, porque es actitud que no quiere compensaciones ni victorias, sino solo suave y cálida presencia compartida. Los ojos de María son nuestra referencia para ver qué espacio dejamos a la dulzura en nuestra vida.